

*Entre el sexo y el amor
solo hay un obstáculo:
el matrimonio*

INÉDITO

EL CONTRATO

CATHERINE BYBEE



DEBOLSILLO

Annotation

BLAKE HARRISON:
Rico, noble, encantador... Y a punto de perder una inmensa fortuna si no encuentra esposa antes de dos días. Para solucionar su acuciante problema ha contratado los servicios de Sam Elliot, que no resultará ser el hombre de negocios que esperaba, sino una atractiva mujer, provocadora, atrevida y dueña de una voz digna de la

más sensual de las
operadoras de línea erótica.

SAMANTHA

ELLIOT: Propietaria de la
agencia matrimonial
Alliance, soltera y fuera de
la lista de candidatas... Hasta
que Blake Harrison le
propone un contrato de un
año y una remuneración de
diez millones de dólares. Lo
único que tiene que hacer es
guardarse la irresistible
atracción que siente hacia su
recién estrenado esposo para
ella solita y mantenerse
alejada de su cama. Pero los
dulces besos de Blake y su

innegable encanto no se lo van a poner nada fácil. Ahora solo le queda proteger su corazón para salir airosa cuando su mercenario matrimonio llegue a su fin.

CATHERINE

BYBEE

El contrato

Novias de la semana N°1

Debolsillo

Título Original: *Wife by
Wednesday*

©2011, Bybee,
Catherine

©2013, Debolsillo

ISBN: 9788490321317

Generado con:

QualityEbook v0.63

AGRADECIMII

Antes de nada, quiero enviar un gran abrazo editorial a Crystal Posey, también conocida como la diosa de todo lo relacionado con páginas web y cubiertas de libros. Sé que tenías tus dudas respecto al trabajo de la cubierta, pero con esta te has superado. Gracias es una palabra demasiado nimia para definir cuánto te agradezco lo que haces.

Como siempre, un

gracias enorme para mi compañera y crítica Sandra Stixrude, también conocida como Angel Martinez. Sin tu ojo editorial no habría sido posible publicar este libro.

Unas últimas palabras para mis amigos y fans de Facebook, que me ayudaron a dar con el título de este libro. Dios, adoro las redes sociales.

1

—Necesito una esposa, Carter, y la necesito para ayer.

Sentado en la parte de atrás de su coche, de camino ni más ni menos que a un Starbucks, Blake Harrison miró el reloj por décima vez en menos de una hora.

La carcajada de sorpresa de Carter acabó de crisparle los nervios.

—Pues escoge a una cualquiera y dirígete al altar.

El consejo despreocupado de su mejor amigo le habría resultado útil si Blake confiara en las mujeres de su vida. Tristemente, no podía hacerlo.

—¿Y arriesgarme a perderlo todo? Me conoces bien. Lo último que necesito es que las emociones se interpongan en algo tan importante como un acuerdo matrimonial. —

Precisamente eso, un acuerdo, era lo que Blake necesitaba. Un contrato, un convenio mercantil que

beneficiara a ambas partes durante el curso de un año. Luego podrían tomar caminos distintos y no volver a verse nunca más.

—Algunas de las mujeres con las que sueles aparecer en público estarían encantadas de firmar un acuerdo prematrimonial.

Ya había pensado en ello, pero había trabajado tan duro para construirse una reputación de cabrón insensible que ahora no veía la necesidad de arruinarla fingiéndose enamorado, y todo con el objetivo de

conseguir que una mujer accediera a subir con él las escaleras del juzgado.

—Necesito a alguien que esté de acuerdo con mi plan, alguien por quien no sienta ni la más remota atracción.

—¿Estás seguro de que este servicio de citas es lo más adecuado?

—De parejas, no de citas.

—¿Cuál es la diferencia?

—No te buscan a alguien que se adapte a tus intereses amorosos, sino a tu

plan de vida.

—Qué romántico. —El sarcasmo de Carter sonó con tanta contundencia como un grito.

—Al parecer no soy la única persona en mi situación.

Carter se atragantó en medio de una carcajada.

—En serio —consiguió articular—, no conozco a ningún hombre con tu título y tu dinero que necesite llamar a un extraño para que le ayude a sentar la cabeza.

—Este tipo tiene muy buenas referencias. Es un

hombre de negocios que ayuda a hombres como yo en situaciones similares.

—¿Cómo se llama?

—Sam Elliot.

—Nunca he oído hablar de él.

A dos bloques del lugar del encuentro les pilló un atasco en la intersección de dos calles. Los segundos no dejaban de pasar y ya llegaba tarde a la cita. Maldición, Blake odiaba llegar tarde.

—Tengo que irme.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Estoy haciendo negocios, Carter.

Su amigo resopló para mostrar su desaprobación.

—Lo sé. Son las relaciones las que se te dan como el culo.

—Que te follen. —Pero Blake sabía que su amigo tenía razón.

—No eres mi tipo.

El chófer de Blake dio un golpe de volante y cambió de carril. Implacable, justo como le gustaba a su jefe.

—Quedamos esta noche para tomar algo.

Blake colgó el teléfono, lo guardó en el bolsillo del abrigo y se reclinó en el respaldo del asiento. Llegaba tarde, ¿y qué? Los hombres de su posición podían presentarse media hora después de lo acordado y aun así la gente se deshacía en atenciones como si fuera culpa suya. Mucho dependía de aquel encuentro. Tenía que encontrar esposa antes de una semana si quería conservar la propiedad ancestral de su familia que iba unida al título, por no

mencionar lo que quedara de la fortuna de su padre, y todo ello dependía de Sam Elliot.

Confiaba en que el contacto que le había proporcionado su asistente personal supiera lo que se hacía. En caso contrario, Blake se vería obligado a tratar el asunto del matrimonio con Jacqueline, o quizá con Vanessa. Jacqueline prefería su independencia al dinero que él pudiera proporcionarle, y el hecho de que tuviera algún que otro amante

además de Blake la eliminaba automáticamente de la ecuación. Solo quedaba Vanessa. Guapa, rubia y una muy firme candidata a convertirse en su ex por los comentarios sobre la exclusividad que solía hacer de vez en cuando. Sin embargo, no le gustaba la idea de tener que recurrir a ella. Ciertamente, a veces se comportaba como un cabrón, pero nunca era cruel; aunque seguro que más de una no estaría de acuerdo. Los tabloides le tildaban de astuto y pretencioso; si

descubrían lo que se traía entre manos, publicarían la historia y lo convertirían todo en una broma de mal gusto. Prefería evitar el escándalo. No obstante, la vida siempre era implacable, por lo que necesitaba que su falso matrimonio pareciera lo más real posible si quería tener contentos a los abogados de su padre.

Neil detuvo el coche, largo y negro, junto a la acera y se apresuró a abrirle la puerta. Habían llegado al punto de encuentro acordado, una de las

famosas cafeterías de la cadena blanca y verde. Blake se dirigió hacia la puerta del establecimiento, con el maletín en una mano e ignorando las miradas que se volvían a su paso. Mientras observaba las mesas en busca de un hombre que coincidiera con la imagen que se había hecho de Sam Elliot, el delicioso aroma de los granos de café recién molidos inundó sus sentidos. Blake esperaba encontrarse con un tipo trajeado y con una carpeta repleta de

informes sobre futuribles esposas.

El primer repaso no dio ningún fruto, así que se quitó las gafas de sol y empezó de nuevo. Una pareja joven, armado cada uno con un portátil, tomaban café con leche sentados el uno frente al otro en una mesa pequeña. Junto a ellos, un hombre con bermudas y camiseta discutía con alguien por teléfono. Frente al mostrador esperaba una pareja con un carrito de bebé. Blake se dirigió hacia el fondo del local y

descubrió la pequeña silueta de una mujer sentada de espaldas a la puerta, con una abundante melena rizada de color castaño rojizo. No paraba de mover los pies como si estuviera nerviosa, o quizá estaba escuchando música por los auriculares que llevaba puestos. Sin dejar de estudiar a la clientela, Blake divisó a un hombre sentado a solas en un sillón. Llevaba unos pantalones de sport y aparentaba casi cincuenta años. En lugar de un maletín, el tipo sostenía un

libro. Blake entornó la mirada hasta captar su atención, pero en lugar de reaccionar, el hombre bajó de nuevo los ojos y siguió leyendo.

Maldita sea, quizá Sam Elliot estaba atrapado en el mismo atasco del que él acababa de escapar.

Llegar tarde nunca resultaba oportuno en lo que a futuros clientes se refiere, fuera cual fuese el negocio en cuestión.

Si Blake hubiera tenido otra elección, se habría marchado de allí sin

pensárselo dos veces.

Pasó junto a la morena solitaria, rodeó el carrito y pidió un café solo, resignado a sentarse y esperar unos minutos. Dejó el maletín sobre una mesa vacía y, cuando oyó que el chico que atendía tras el mostrador decía su nombre, se dio la vuelta para recoger el pedido.

De pronto sintió el peso inconfundible de una mirada recorriéndole la espalda. Examinó la sala en busca de la persona que lo observaba. Al instante, unos ojos verde

esmeralda se entornaron mientras lo miraban de arriba abajo. La mujer menuda que esperaba a solas no estaba escuchando música o leyendo una revista. Lo miraba directamente a él.

Sus ojos, de una belleza impresionante, se posaron por un instante en un pequeño ordenador portátil que descansaba frente a ella antes de regresar nuevamente a Blake. Un destello iluminó el rostro de la mujer cuando lo reconoció. Él ya había visto

aquella expresión antes, cada vez que alguien relacionaba su nombre con su imagen. Allí, en California, la frecuencia de aquella reacción no era tan habitual como en su país, pero aun así Blake la reconoció al instante.

La mujer parecía bastante inofensiva. Al menos hasta que abrió la boca y se dirigió a él.

—Llega tarde.

Dos palabras, solo dos, pronunciadas con una voz tan grave que rezumaba pecado y que dejaba en

ridículo a las operadoras de las líneas eróticas, fueron más que suficientes para dejar a Blake sin habla.

—¿Disculpe? —

consiguió decir al fin, al comprender las palabras de la mujer.

—Es usted el señor Harrison, ¿verdad?

La pregunta era sencilla, pero Blake era incapaz de entenderla. Contestó como si tuviera conectado el piloto automático, absolutamente desconcertado por aquella mujer que tenía delante.

—El mismo.

Ella se puso de pie. Apenas le llegaba al hombro.

—Sam Elliot —se presentó, y le ofreció la mano a modo de saludo.

Blake no estaba acostumbrado a que le pusieran los puntos sobre las íes. Sin embargo, la mujer que tenía delante acababa de hacerlo y apenas había necesitado un par de palabras para conseguirlo. Blake estrechó la mano que ella le ofrecía y sintió una oleada de calor recorriéndole

el cuerpo. Cuando sus manos se tocaron, la mirada penetrante y la sonrisa confiada de ella desaparecieron de su rostro durante una milésima de segundo. Tenía la piel fría, a pesar de que su actitud denotaba un control absoluto.

—No es un hombre. —
Blake reprimió un grito. Aquello era probablemente lo más estúpido que le había dicho a una mujer en toda su vida.

La señorita Elliot, sin embargo, no se alteró ni un

ápice.

—Nunca lo he sido. —
Le dedicó una sonrisa de
dientes perfectos mientras
retiraba la mano que Blake
empezó a echar de menos al
instante.

—Me esperaba a un
hombre.

—Me pasa a menudo.
Eso casi siempre juega a mi
favor. —Señaló la silla que
tenía delante—. ¿Por qué no
toma asiento y nos ponemos
manos a la obra?

Él dudó, debatiéndose
entre seguir adelante con
aquella «entrevista» u optar

por un posible cambio de género de la mujer que tenía enfrente. Nunca se había considerado sexista, pero mientras pensaba en ella y observaba cómo cruzaba las piernas, enfundadas en unos elegantes pantalones de vestir, sintió que toda su atención se alejaba del que era su objetivo y se centraba en Sam Elliot. Aquella mujer era la viva imagen de la contradicción y Blake todavía no sabía nada de ella.

Le daría diez minutos de margen para que le

demostrara que podía ocuparse de sus necesidades. En caso contrario, pasaría página y exploraría otras opciones.

Blake se desabrochó el primer botón de la americana antes de ocupar su lugar en la mesa.

—¿Sam es el diminutivo de Samantha?

—Sí. —Sin levantar la mirada, Samantha sacó unos papeles del pequeño maletín que descansaba a un lado de su silla. La breve sonrisa había desaparecido y en su lugar sus labios dibujaban

una fina línea recta.

—¿Se hace llamar Sam para engañar a sus clientes?

La mano de Samantha dudó un instante antes de empujar el montón de papeles hacia Blake.

—¿Habría venido si hubiera sabido que soy una mujer?

«Probablemente no.»

La miró con detenimiento, sin decir lo que pensaba en voz alta. Samantha inclinó la cabeza a un lado y continuó.

—Usted mismo se delata, señor Harrison. Déjeme ver si soy capaz de

leer sus intenciones. En su cabeza, me ha concedido un tiempo máximo para demostrar mi valía. ¿Cuánto? ¿Veinte minutos?

—Diez —le espetó Blake, incapaz de contenerse. ¿Qué tenía aquella mujer de voz aterciopelada para haberle robado la capacidad de morderse la lengua?

Samantha sonrió de nuevo y Blake sintió un nudo de deseo, inoportuno e inesperado, en la boca del estómago.

—Diez minutos —

repitió ella—. Para perfilar al detalle un plan con el que encontrarle la esposa perfecta, teniendo en cuenta sus problemas de tiempo. Un hombre de negocios como usted espera eficiencia, rapidez y ningún tipo de lastre emocional que pueda complicar las cosas. —Lo miró y sus ojos verdes no flaquearon ni un segundo. Mientras pronunciaba cada palabra con aquella voz de línea erótica, su nariz, respingona y cubierta de pecas, se le antojó demasiado inocente sobre

unos labios de un color rosa delicioso—. De momento, ¿estoy en lo cierto?

—Completamente.

—Las mujeres son seres emocionales, por eso su asistente se puso en contacto conmigo para contratar mis servicios. Si no me equivoco, muchas mujeres venderían el alma al diablo para casarse con usted, señor Harrison, pero no confía lo suficiente en ellas como para hacerlas merecedoras de su título.

Casi siempre era él quien perfilaba sus

necesidades, por lo que debería sentirse expuesto con un cambio de papeles tan radical como aquel. Sin embargo, al escuchar a Sam Elliot, que obviamente no era un hombre, exponer su dilema con tanta claridad no se sintió vulnerable, sino más bien reconfortado. Había acudido al lugar acertado para encontrar la solución a su problema.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de la mujer que usted me encuentre?

—Investigo a todas las candidatas de mi agenda a

conciencia, al igual que lo hago con el cliente. Cuentas detalladas, obligaciones fiscales, hábitos personales y cualquier posible secreto familiar.

—Habla como un detective privado.

—No llego a tanto, pero entiendo que a usted se lo parezca. Me dedico a unir a personas.

Blake se reclinó en la silla y cruzó los brazos. Decidió que le gustaba aquella mujer, así que añadió diez minutos más al tiempo que le había

concedido.

—¿Le parece que continuemos?

Él cogió su café y asintió. Sam sacó un bolígrafo del maletín y giró el montón de papeles que había dejado sobre la mesa de modo que Blake pudiera leerlos.

—Me gustaría hacerle unas preguntas antes de decidir si quiero seguir adelante con esto.

Blake arqueó una ceja al oír aquello. Interesante.

—¿Cuánto tiempo tengo para demostrarle mi

valía, señorita Elliot?

—Cinco minutos —
respondió ella, mirándole a
través de sus largas pestañas.

Él se inclinó hacia
delante, intrigado por lo que
Samantha pudiera sacar en
claro de él en tan poco
tiempo.

—¿Le han detenido
alguna vez?

Su historial estaba
limpio, pero esa no era la
pregunta. Sabía que si le
mentía, Sam recogería sus
cosas y saldría
inmediatamente por la
puerta.

—Con diecisiete años le di un puñetazo a un chico que iba detrás de mi hermana. Los cargos fueron retirados. —Como ocurría con todos los chicos de su mismo estatus social.

—¿Alguna vez ha pegado a una mujer?

Los músculos de su mentón se tensaron.

—Nunca.

—¿Y ha sentido la necesidad de hacerlo? — Ahora lo miraba fijamente, sin apartar los ojos.

—No. —La violencia no cuadraba para nada con

su personalidad.

—Necesito el nombre de su amigo más cercano.

—Carter Billings.

Sam tomó nota del nombre.

—¿Peor enemigo?

Blake no se esperaba esa pregunta.

—No estoy muy seguro de qué contestar a eso.

—Entonces permítame que se lo pregunte de otra manera. ¿A qué persona de su entorno le gustaría ver que sufre usted algún tipo de daño?

Su primer impulso fue

repasar la lista de socios que pudieran haberse sentido menospreciados por su culpa a lo largo de los años. A esas alturas de la vida, ninguno de ellos se sentiría mejor si a él le pasara algo. Solo se le ocurría una persona que podría ver las cosas desde otra perspectiva.

—¿En quién está pensando, señor Harrison?

Blake tomó un trago de café y sintió cómo se precipitaba hacia el fondo de su estómago con un sonido sordo.

—Solo hay una

persona.

Samantha levantó la mirada, expectante.

—Mi primo, Howard Walker.

Una leve vibración en la mandíbula, una caída imperceptible de hombros, eso fue lo único que reflejó el impacto de sus palabras en ella. Para sorpresa de Blake, Samantha Elliot anotó la información y no siguió preguntando. Cogió la primera página del montón de papeles y le entregó el resto.

—Necesito que rellene

esto. Me lo puede enviar por fax al número que aparece al final de la página ocho.

—¿He pasado su examen, señorita Elliot?

—La honestidad es algo que debe ser mantenido a lo largo del proceso. Hasta el momento, estoy conforme con el resultado.

Ahora le tocaba a él sonreír.

—Podría haber mentido sobre los cargos por agresión.

Samantha empezó a recoger sus cosas.

—Su nombre era Drew

Falsworth. Usted tenía diecisiete años y dos meses cuando le rompió la nariz en un partido de polo en la escuela privada a la que ambos asistían. Drew tenía reputación de salir con chicas el tiempo suficiente para llevárselas a la cama antes de dejarlas e ir a por la siguiente. Su hermana fue lista y se mantuvo alejada de él. Si no hubiera golpeado a ese cabrón para proteger a su hermana, o si me hubiese mentido y yo lo hubiera descubierto, esta entrevista se habría acabado y ni

siquiera le habría dado tiempo a sentarse.

—¿Cómo demonios...?

—Tengo una lista de contactos muy larga. Estoy segura de que sabrá los nombres de muchos de ellos antes de que se acabe el día.

Por descontado. Estaría hablando por teléfono con su asistente antes de llegar al coche.

—¿Cuánto me va a costar esto, señorita Elliot?

—Considéreme su agente. Cuando sus abogados redacten el acuerdo prematrimonial,

tenga en cuenta que tendrá que pagarme el veinte por ciento de lo que le ofrezca a su futura esposa. Por adelantado.

—¿Y si solo le ofrezco un pequeño estipendio?

—Las mujeres con las que trabajo tienen un mínimo establecido que consta en ese montón de papeles.

—¿Y si la mujer que me encuentre no se atiene a su parte del trato? ¿Y si al pasar el año intenta oponerse al acuerdo?

Samantha se puso en

pie y Blake no tuvo más remedio que imitarla.

—No lo hará.

—Parece muy segura de ello.

—La cantidad de dinero predeterminada, la parte que le corresponde a ella, va directamente a una cuenta. Si su futura esposa intentara conseguir más, ese dinero serviría para que sus abogados la aplastaran. El sobrante sería para usted. El único supuesto en que esto cambiaría sería con la llegada de un niño, siempre que una prueba de

paternidad demostrara que usted es el padre. No soy muy partidaria de los tribunales de familia, y menos con niños de por medio. Depende de su capacidad para controlar sus instintos más básicos, señor Harrison. Eso, claro está, si su intención es poner punto final al matrimonio una vez pasado el año acordado. En caso contrario, les deseo que sean felices y que le pongan mi nombre a su primer hijo.

Lo tenía todo pensado. Decir que Blake estaba impresionado sería quedarse

corto.

—Necesito esos papeles esta misma tarde, antes de las tres. Me pondré en contacto con usted sobre las cinco, con una lista de posibles candidatas. Concertaremos los encuentros para mañana, si es que sus obligaciones se lo permiten.

Blake se agachó, recogió el bolso de Samantha y se lo entregó. Ella apartó un mechón rebelde de sus ojos y se colgó el bolso del hombro.

—¿Tiene alguna otra

pregunta para mí, señor Harrison? ¿O debería llamarle excelencia?

La lentitud con la que su lengua envolvió el tratamiento con aquella voz tan hipnótica se le antojó algo a lo que podría acostumbrarse fácilmente. No le importaría volver a escucharlo, quizá por teléfono...

—¿Qué tal Blake?

En cuanto estuvo segura de que nadie la observaba, Sam se deslizó tras el volante de su coche,

sonrió de oreja a oreja, algo que llevaba un buen rato queriendo hacer, y se marcó un bailecito más bien ridículo frotando el trasero contra la suave piel del asiento.

—Ya era hora — susurró, hablando consigo misma.

El apuesto duque supondría su ascenso a primera división. Desde que creó Alliance, siempre había imaginado a clientes como Blake Harrison haciendo cola para conseguir sus servicios: hombres ricos que

necesitaban encontrar esposa para tachar una línea más de una larga lista de tareas pendientes. Su trabajo consistía en encontrar esposas para una clase de hombres que carecían del tiempo o de la voluntad necesaria para someterse al juego del cortejo. No buscaban amor, sino compañía. Algunos querían casarse para que sus amantes dejaran de exigirles un anillo de compromiso. Hasta la fecha, había conseguido un buen número de referencias que la estaban ayudando a

construir su empresa y a conseguir unos ingresos regulares con los que poder vivir.

Con Harrison y los beneficios que había calculado que conseguiría gracias a él, podría cubrir los gastos más elevados durante dos o tres años. O al menos eso esperaba.

A Harrison, que era millonario por méritos propios, no le hacía falta el dinero de su fallecido padre, pero sería una lástima que la fortuna de la familia, más que suficiente para

comprarse un país pequeño, acabara en el cajón de sastre de la caridad o en manos del primo que Blake había mencionado. Con toda la corrupción y los escándalos relacionados con las asociaciones benéficas, estaba claro dónde acabaría ese dinero o qué bolsillos engordarían gracias a él.

Sam sabía que el dinero que se destinaba a causas humanitarias a menudo caía en las manos equivocadas.

La situación de Harrison supondría distracciones con las que

hasta entonces nunca se había encontrado. Su título nobiliario sería el principal problema a superar. Tendría que seleccionar a las candidatas con especial cuidado, asegurándose de que no albergaran el sueño infantil de convertirse en duquesas. Las películas de Disney habían hecho mucho daño. Además, Harrison era especialmente agraciado, por lo que las candidatas tendrían que estar ciegas para no querer de él algo más que su dinero o su título.

Las fotografías que había visto de él no le hacían justicia. Con su metro sesenta y cinco, Sam estaba acostumbrada a levantar la cabeza para mirar a los hombres a la cara, pero Blake medía uno ochenta y cinco como mínimo y tenía los hombros anchos y musculosos. Había visto fotografías suyas en una revista. Estaba en una playa de Tahití y, bajo el traje de neopreno, se insinuaba un físico espectacular. Al entrar en la cafetería, no se había dado ni cuenta de que todos

los ojos se fijaban en él; se había limitado a examinar el local para localizarla. Con cualquier otro cliente, Sam se habría puesto de pie nada más verle atravesar la puerta, pero con Blake había necesitado un minuto para serenarse. Su mandíbula firme y sus ojos, de un asombroso color gris, habían penetrado en el temperamento normalmente calmado de Sam, hasta el punto de que el corazón le dio un vuelco.

El físico de su nuevo cliente supondría una

distracción añadida. Lo mejor para todos sería que Blake y la mujer de su elección vivieran en países distintos. Cualquier mujer con sangre en las venas y que pasara un tiempo mínimo con él no podría evitar la tentación de meterse en su cama.

Sam sacó el móvil del bolso y llamó a su ayudante.

—Alliance, al habla Eliza.

—Eh, soy yo.

—¿Cómo ha ido? —

Eliza no esperó ni un segundo para hacer la

pregunta.

—Genial. ¿Has buscado los archivos y hecho las llamadas?

—Sí. Joanne es la única que no está disponible.

Sam visualizó a una morena de gran estatura.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Al parecer, tiene novio.

Eso solía arruinar cualquier matrimonio con otro hombre. Sin Joanne, aún le quedaban tres candidatas perfectas. A menos que Blake tuviera un problema con las mujeres

guapas, el miércoles ya estaría casado. Y solo era lunes.

—Ella se lo pierde.

—¿Vas a venir?

—Tengo que hacer un recado y luego voy para allí.

—Trae algo para comer.

Eliza y Sam hacía tiempo que eran amigas, mucho antes de entablar una relación laboral.

—Teniendo en cuenta que soy tu jefa, ¿no deberías ser tú la que se ocupara de traerme la comida a mí?

—No si la negrera de

mi jefa apenas pasa por la oficina y no se ocupa ni de las llamadas.

La oficina, menudo chiste. Sam utilizaba una habitación que le sobraba en casa.

—Estaré ahí en media hora —respondió entre risas.

—Antes deberías llamar a Moonlight.

Sam se incorporó en el asiento del coche.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —La inquietud se apoderó de su estómago, una sensación de pánico que le resultaba familiar.

—Nada urgente. Jordan no come como debería. Dicen que te pases por allí para hablar con ella.

Samantha respiró tranquila y se obligó a relajar los hombros.

—Vale.

Sus planes para aquella tarde se verían ahora complicados por un viaje no planeado al centro en el que estaba ingresada su hermana pequeña. La última vez que Jordan había dejado de comer, acabó en el hospital con una infección que se le extendió por la sangre. Sam

esperaba que su hermana estuviera deprimida y no enferma, por muy triste que le resultara que esas fueran las opciones más optimistas por las que Jordan podría haber dejado de comer.

Pero ¿de qué otra cosa podía tratarse? Una depresión había sido la causa por la que su hermana había intentado suicidarse, para acabar sufriendo un derrame cerebral en lugar de morir.

—Llegaré tarde, pero si no te importa esperar, traeré algo para comer.

—Avísame si te entretienes.

—Lo haré. Gracias.

Sam colgó el teléfono, arrancó el motor y partió hacia el Centro Asistencial Moonlight. El centro le costaba más de cien mil dólares al año y por eso Samantha necesitaba los ingresos que pudiera conseguir de un contrato con Blake Harrison. Llevaba un mes de retraso con sus gastos personales y siempre enviaba los cheques a Moonlight una o dos semanas tarde. Lo último

que quería era hundirse bajo el peso de las deudas y acabar ingresando a Jordan en un centro del Estado. En un sitio así seguro que la ignorarían y en menos de un mes acabaría con una infección y llena de llagas tras pasar demasiadas horas en la cama. No, Sam preferiría dormir en el coche antes de dejar que eso pasara.

Al pensar en el duque, supo que las cosas no acabarían tan mal. Blake se arriesgaba a perder trescientos millones de la

herencia de su padre si no se casaba antes de fin de mes. Estaba dispuesto a pagarle una cantidad importante a la mujer que se prestara a acompañarlo al altar y, en consecuencia, a pagarle a Alliance una suma de dinero suficiente para mantenerse a flote durante un tiempo. Sam solo tenía que colocar a las candidatas en fila y asegurarse de que ninguna de ellas apretara el botón del pánico.

Pan comido. O eso esperaba.

2

Blake acarició las fotografías de las tres mujeres que Samantha le había enviado. Todas eran perfectas: cultas, con estudios y preciosas. Entonces ¿por qué se habían apuntado a una agencia de citas para encontrar un marido temporal? Tenía que haber algún tipo de conexión entre ellas y la propia señora Casamentera, pero Blake no conseguía dar con ella.

Candidata número uno, Candice... Sin apellido. Según el informe, era estudiante de derecho de segundo año y tenía las típicas deudas de estudios. Le encantaba el arte y dedicaba su tiempo libre a correr maratones. Blake volvió a mirar la fotografía. El parecido con Jacqueline era desconcertante. Samantha había pensado en todo, hasta el punto que había incluido las medidas y el peso de la chica al final de la página. Debajo de la fotografía, Sam había escrito

una nota explicando que las agencias de citas solían utilizar imágenes antiguas del instituto retocadas con Photoshop, pero que Alliance actualizaba las suyas cada seis meses.

Candidata número dos, Rita... De nuevo, sin apellido. Ayudante en la consulta de un médico y preparándose para entrar en medicina. Le encantaba la navegación y pasar temporadas en lugares exóticos. Había viajado por muchos países, pero los papeles de Sam no hablaban

de cómo se lo había costeado.

Candidata número tres, Karen... Blake no se molestó en buscar el apellido. Sabía que no aparecería por ninguna parte. Karen podría haberse dedicado al mundo de la moda. Sus ojos, de un azul increíble, y su hermoso cabello de un rubio blanco como la nieve eran suficientes para dejar sin respiración a cualquier hombre. Karen no iba a la universidad y tampoco tenía préstamos de estudios pendientes. Dirigía una

especie de hogar para ancianos y hacía de mentora para chavales en un club para niños y niñas.

Las tres eran perfectas. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que ninguna de ellas encajaba?

Se inclinó hacia delante y cogió el teléfono.

—¿Y bien, Mitch? — preguntó cuando su ayudante respondió al otro lado del teléfono.

—Todavía tengo un par de llamadas sin respuesta, pero he encontrado algunos datos interesantes acerca de

la señorita Elliot.

—Genial, tráeme lo que tengas.

Blake se acercó al ventanal de su despacho, que ocupaba toda una pared desde el suelo hasta el techo, y miró hacia abajo, a la ciudad que se extendía a sus pies. Llevar su negocio de transporte marítimo desde cuatro puntos distintos del mundo le daba ventaja sobre sus competidores. Había levantado la empresa desde la nada a pesar de la oposición de su padre. Blake quería demostrarle que no

necesitaba su dinero, ni su título, y esa misma determinación le servía de combustible para seguir adelante. Sin embargo, el apellido Harrison le había abierto muchas puertas a lo largo de los años, y menospreciar el grueso de su herencia no era algo que estuviese dispuesto a hacer, especialmente ahora que el viejo llevaba tiempo muerto.

Mitch llamó a la puerta del despacho antes de entrar. Blake se dio la vuelta y señaló con la cabeza hacia la mesa de café que ocupaba

una esquina de la estancia, donde podría ver los documentos que Mitch llevaba en la mano.

—Pongámonos ahí.

Mitch se sentó y rápidamente repartió los papeles sobre la mesa para que Blake los revisara.

—Samantha Elliot, veintisiete años, nacida en Connecticut, hija de Harris y Martha Elliot.

Blake tomó asiento.

—¿Por qué me suenan esos nombres?

—Deberían sonarte. Harris era un pez gordo de

los medios hace ya bastantes años. Fue acusado de evasión de impuestos y malversación de fondos. Él y su familia vivían en una mansión de veinte millones de dólares y tenían propiedades en Francia y Hawai. El sueño americano, vamos.

Blake lo recordaba. El gran hombre de negocios neoyorquino había canalizado todos sus fondos a través de una estafa piramidal. Firmaba pólizas de seguros para casas, terrenos, negocios y

propiedades varias con víctimas que no sospechaban nada y a las que no tenía intención de pagar un solo dólar. Si la memoria no le fallaba, los federales no consiguieron pillarlo por corrupción pero se las arreglaron para meterlo en la cárcel por evasión de impuestos. Sus cuentas y todas sus propiedades fueron embargadas y su familia al completo se desmoronó.

—Martha, la esposa, no pudo soportar semejante declive en su estatus. Se tomó una caja de pastillas

con ginebra y nunca volvió a despertar.

Mitch relataba los detalles de la vida familiar de Samantha Elliot como si se tratara de un culebrón.

—Según la prensa, la hermana de Samantha, Jordan, intentó seguir el ejemplo de su madre sin éxito y acabó sufriendo daños cerebrales. Estoy esperando que me pasen los detalles de dónde está la chica ahora. Samantha sobrevivió a la debacle, pero acabó recogiendo los trozos que quedaron de la familia.

Dejó la universidad, donde estudiaba empresariales. Seguramente consiguió esconder una pequeña cantidad de dinero de la que el Gobierno no sabía nada para pagarle un centro a su hermana. —Mitch tomó aire y entregó una lista de nombres a Blake.

—¿Qué es esto?

—Es gente con la que la señorita Elliot se relaciona. Crecer rodeada de gente rica y bien relacionada le proporcionó algunas amistades que han perdurado en el tiempo. Los adultos

cortaron cualquier lazo que los uniera a los Elliot, pero los amigos de Samantha no. Esta lista incluye a la hija de un senador y a dos abogados en rápida ascensión. Todavía no estoy seguro de cómo averiguó cosas de tu pasado, pero tengo una llamada pendiente.

Blake pasó las páginas y encontró una fotografía de la familia Elliot cuando aún eran felices. Iban a bordo de un yate. Martha estaba delgada como un lápiz y sus hijas, ambas en bañador, posaban detrás de ella.

Samantha llevaba el pelo recogido en una coleta, pero aun así el viento lo había empujado hacia su cara en el momento en que se había tomado la fotografía. Jordan, mucho más joven que Sam, tenía el cabello oscuro de su madre y un cuerpo minúsculo. Harris, con al menos veinte kilos de sobrepeso, tenía una mano apoyada en el hombro de su mujer y sonreía a la cámara.

Las fotografías eran engañosas. Recordó la imagen de un retrato familiar muy parecido al de

Samantha. El padre de Blake posaba de pie detrás de su mujer, con una mano sobre su hombro. Los nudillos de la madre se aferraban, blancos de la tensión, al brazo de la silla en la que descansaba. Aún recordaba el día en que se había tomado la instantánea. Blake había discutido con su padre porque quería hacer unas prácticas de verano que le ayudaran a mejorar sus posibilidades de entrar en una buena universidad. Edmund se negaba a que Blake trabajara para nadie, y

menos sin cobrar. Su padre creía que los estudios solo eran necesarios para fanfarronear con los amigos. El trabajo, sin embargo, era una palabra de siete letras con la que ningún Harrison tendría jamás relación alguna mientras él tuviera algo que decir al respecto.

—Y yo que creía que mi familia era disfuncional —susurró Blake.

—Creo que la señorita Elliot se lleva el premio.

Blake sabía que aquel era un premio que no merecía la pena ganar.

—¿Dónde vive Samantha?

—Vive de alquiler en una casa en Tarzana.

—¿Algún compañero de piso?

—Es difícil saberlo.

—¿Novio? —preguntó, sin saber muy bien por qué.

Mitch le clavó la mirada.

—No lo he comprobado, pero lo haré.

—Justo en ese preciso instante, el teléfono de Mitch sonó dentro del bolsillo de sus pantalones. Lo sacó y comprobó el

número—. Es sobre la hermana —explicó antes de atender la llamada.

Mitch habló mientras Blake estudiaba los nombres que aparecían en el papel que sujetaba entre las manos. Samantha tenía muchos amigos. Se preguntó si alguno de ellos la ayudaba económicamente.

Mitch silbó, con el teléfono todavía en la oreja, y llamó la atención de Blake.

—De acuerdo, gracias —se despidió antes de finalizar la llamada.

—¿De qué se trata?

—Está claro que la señorita Elliot realmente necesita tenerte como cliente.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Su hermana está ingresada en el Moonlight Villas. Bonito nombre para un centro asistencial para adultos que cuesta ni más ni menos que seis cifras al año.

Blake se quedó pálido.

—¿Y nadie ayuda a la señorita Elliot con los pagos?

Mitch sacudió la cabeza.

—No que yo sepa. Puede que sus amigos la aconsejen, pero la única fuente de ingresos constantes es la empresa.

Una empresa a la que Blake ya había investigado y de la que conocía hasta el último detalle.

—Interesante.

—¿Y cómo es ella? — Era la primera pregunta personal que le hacía Mitch.

Blake visualizó su piel de alabastro y la firme línea de su mandíbula. Y esa voz. Dios, solo recordarla fue suficiente para querer volver

a hablar con ella.

—Es una mujer de negocios —le dijo Blake a su ayudante—. Te gustaría.

Tener el control era parte de su trabajo, de modo que cuando Blake Harrison insistió en cenar con ella para hablar de las candidatas a convertirse en su futura esposa, Samantha imaginó diferentes escenarios.

Quizá Blake había reconocido a alguna de las mujeres o relacionado un apellido con una cara. Samantha siempre obviaba

los apellidos para que sus clientes tuvieran que valorar los méritos de cada mujer teniendo en cuenta sus atributos, no los de sus familias. Ella misma tenía que sufrir que la gente la juzgara por las acciones de sus padres. Tras la caída de su familia, Samantha había llegado a considerar la opción de cambiar de nombre e incluso de color de pelo. Al final decidió mudarse a la costa Oeste y evitar a la prensa. Y funcionó, porque los tabloides pronto dejaron de

prestarle atención. En cuanto apareció un nuevo escándalo, la gente se olvidó del suyo. Al vivir cerca de Hollywood, se aseguraba de que los focos iluminaran siempre a otra persona. Además, su cara no había aparecido en prensa desde el funeral de su madre.

Si Samantha hubiera sido una belleza o una yonqui de los medios, los periódicos la habrían seguido sin dudarlo, pero un buen día empezó a vestirse como la fea del baile, y evitar a los periodistas fue

coser y cantar.

¿De qué querría hablar Harrison? Quizá ya se había puesto en contacto con su abogado y necesitaba los detalles que no constaban en la documentación que le había entregado. Cuando fundó la empresa, Samantha había tenido en cuenta hasta el último detalle para que no quedara ningún cabo suelto. Siempre pagaba sus impuestos («Gracias, papá») y guardaba los contactos a buen recaudo. Nada de lo que hacía, en lo referente a comprobaciones o detectives

privados, era ilegal. Cuando necesitaba información, solía recurrir al género femenino. No es que creyera que las mujeres no cometían ilegalidades, no era tan tonta. El problema venía de su falta de confianza hacia los hombres. En su vida eran pocos los que no la habían traicionado de una forma u otra. En realidad, si se paraba a pensar en ello, no se le ocurría ninguno.

El sol todavía no se había puesto cuando entró con su coche en el aparcamiento del restaurante

más caro de Malibú, en primera línea de mar. No pudo evitar al aparcacoches, así que dejó el motor de su sedán de fabricación americana en marcha y se bajó. Le dio las gracias al chico y vio como este se sentaba tras el volante y aparcaba apenas a unos metros de ella. Su GMC parecía fuera de lugar rodeado de tantos Lexus, Mercedes y Cadillac.

Samantha entró en el restaurante y dejó que el delicioso olor del ajo y las hierbas le embargara los

sentidos. Había pasado un año desde la última vez que cenó en un restaurante de cinco tenedores, con una de sus clientas felizmente casadas. Hacía tiempo que Sam había renunciado a los restaurantes caros y al estilo de vida opulento del pasado, pero a veces lo echaba de menos. Entre sus objetivos a corto plazo estaba el de dejar de comer comida para llevar o preparados para microondas.

Cuando se disponía a entrar en el salón y buscar a la maîtresse del restaurante, un

hombre la abordó por la espalda.

—¿Señorita Elliot?

No llevaba el uniforme del personal. Quizá era el gerente.

—¿Sí?

—El señor Harrison la espera.

«Seguro que es el gerente.» Samantha le siguió a través del restaurante hasta un reservado con vistas sobre el Pacífico. Blake Harrison, que la había visto acercarse, se levantó para recibirla.

Al igual que en su

anterior encuentro, Samantha vio los rasgos cincelados del rostro de Blake y la forma en que el traje de firma que llevaba se amoldaba a su cuerpo y no pudo evitar sentir un estremecimiento recorriéndole la piel. Aquel hombre dominaba el espacio con su sola presencia.

Él, por su parte, recorrió el cuerpo de Sam con la mirada y una pequeña sonrisa afloró en la comisura de sus labios. Samantha había escogido un vestido sencillo, no demasiado

informal pero tampoco apropiado para acudir a la gala de los Oscars. Y a juzgar por la expresión en el rostro de Blake, no le había defraudado. No es que ella se vistiera para recibir su aprobación, pero tampoco quería parecer fuera de lugar sentada a su lado. Lo miró a los ojos y sintió que una descarga le recorría la espalda.

—Llega tarde —dijo él con voz burlona.

Sam se quedó con la boca abierta como un pez, a punto de responder, pero

decidió no hacerlo.

—*Touché.*

Blake sonrió.

—Me he tomado la libertad de pedir una botella de vino. Espero que no le importe.

Aguardó hasta que ella estuvo cómodamente instalada en su lado de la mesa para coger la botella de vino de la cubitera.

Samantha lo observó mientras él servía el pálido líquido en una copa de cristal, concentrando todos sus esfuerzos para que su mirada no resultara

demasiado intensa.

—¿Celebremos algo?

—Quizá —respondió él mientras dirigía la botella hacia su copa.

Quería acelerar la conversación, preguntarle qué candidata era la elegida. Claro que todavía no las conocía, así que no creía que ya se hubiera decantado por una.

Blake levantó su copa en alto y esperó a que ella se le uniera en un brindis.

—Por una relación de negocios exitosa.

Un escalofrío de

incertidumbre recorrió la mano con la que Samantha se disponía a coger su copa. Había algo raro en la forma en que Blake había pronunciado la palabra «relación». Tras chocar la copa contra la de él y tomar un sorbo de vino, descansó las manos sobre el regazo para ocultar el leve temblor que la delataba.

—Espero que el trayecto en coche no le haya causado problemas.

Vale, no irían directos a hablar de negocios como a ella le habría gustado. En

lugar de presionarlo, prefirió dejar que la conversación siguiera su curso.

—La autopista del Pacífico siempre es un problema a última hora de la tarde.

—Gracias por acceder a reunirse conmigo.

—Me sorprende que haya elegido este sitio. Para una cena de negocios sería más apropiado un local menos formal. —Menos romántico, le habría gustado añadir.

Blake se relajó en su asiento. Sam, por su parte,

apenas podía concentrarse en la razón por la que estaba sentada frente a él. Los rasgos de su cara eran perfectos, casi pecaminosos. Resultaba muy fácil perderse en la belleza de aquellos ojos grises y caer en la trampa de su cálida sonrisa.

—Va contra mis normas invitar a una mujer hermosa a un bar a tomar un cóctel.

Vaya por Dios, hora de poner los pies en el suelo. Samantha sabía que no era guapa, atractiva como mucho, y que el tipo de

belleza que atraía a aquel hombre estaba totalmente fuera de su alcance.

—Es usted encantador, señor Harrison, pero pierde el tiempo conmigo. Supongo que ha tenido oportunidad de revisar los documentos que le he enviado por fax.

Blake entornó los ojos, pero no dijo nada. Samantha tragó saliva y juntó las manos sobre el regazo. En lugar de evitar su mirada, se la devolvió, aunque prefirió mantener los labios sellados.

Tuvo que ser el camarero quien rompiera la

tensión. El chico, de unos veinte años, enumeró los platos especiales del chef mientras Samantha escogía de la carta. Blake Harrison era su cliente y la tradición mandaba que fuera ella quien se ocupara de la cuenta, aunque el restaurante se escapara del presupuesto. Al final, escogió el pez espada acompañado de una pequeña ensalada e hizo todo lo posible por ignorar los precios del menú. Lo cargaría a su tarjeta de crédito con la esperanza de poder cobrar el cheque del

señor Harrison antes de que le pasaran el cargo.

—Dígame, Samantha, ¿por qué cree que malgasto mis encantos con usted? — le preguntó Blake cuando se quedaron a solas.

Pronunció su nombre como la caricia suave y delicada de un amante. A Sam le pareció captar un leve dejo inglés, un acento que en realidad debería ser mucho más marcado en alguien con un título nobiliario como el suyo.

—Estamos aquí para hablar de su futura boda con

una de las tres mujeres que están a mi servicio —le recordó ella—. No sé de qué le sirve a usted emplear sus encantos conmigo.

—¿Todo tiene que tener alguna utilidad?

—En los negocios, sí.
—Al menos así funcionaba en su mundo.

—¿Y en su vida personal?

Blake se inclinó hacia delante y se le abrió la chaqueta. Fue entonces cuando Sam se dio cuenta de que no llevaba corbata. Los dos primeros botones de la

camisa estaban desabrochados y dejaban al descubierto unos centímetros de piel bronceada en la que Sam no había reparado hasta ese momento.

—No estamos aquí para hablar de mi vida privada.

—Yo no estaría tan seguro de eso. El resumen que ha hecho esta mañana de mi vida me ha llevado a hacer algunas averiguaciones por mi cuenta.

Samantha se preparó para afrontar el juicio de

Harrison. Nunca intentaba ocultar su pasado, pero sabía que se arriesgaba a perder un cliente por culpa de los errores de su padre.

—No es necesario cavar muy hondo para desenterrar mi pasado, señor Harrison.

—Creí que habíamos decidido que podía llamarme Blake y, ya que estamos, ¿te parece que nos tuteemos?

Nombres propios, tuteos y conversaciones sobre relaciones. Aquello no iba nada bien. Samantha tomó un buen trago de vino,

deseando que fuera algo más fuerte.

—Mi padre es un hombre horrible. Mi madre era una cobarde. Ninguno de los dos me representa a mí ni a mi modo de hacer negocios, Blake.

—No he dicho lo contrario.

El tono de su propia voz a la defensiva y la mirada de compasión en los ojos de Blake le sentaron como un tiro.

—Ignoras los apellidos de las mujeres a propósito. ¿Por qué?

Perfecto, otra vez de vuelta a los negocios.

—No soy la única cuyos padres han afectado negativamente en la opinión que la gente tiene de mí. Soy consciente de que la familia puede suponer un problema en cualquier relación, aunque se trate de una relación de negocios. Empezar solo con la información de ellas y no de su entorno ayuda a mantener la puerta abierta a todas las posibilidades.

—¿Son todas niñas ricas que viven del dinero de

papá o son hijas de estafadores convictos?

—Nada más lejos de la realidad. Las tres han cortado los lazos familiares, al menos en el aspecto económico, y por eso buscan seguridad en lugar de amor.

Blake acarició el borde de su copa. Sam siguió sus movimientos con la mirada y por un instante se preguntó cómo sería sentir sus manos sobre la piel, acariciándole los brazos, recorriéndole los muslos. Notó que un calor intenso le subía por el cuello y tuvo que apartar la mirada.

—Si insistes, puedo darte sus apellidos. Si va a influir en tu decisión, es mejor que lo sepas.

—No es necesario. Ya he escogido a la mujer que quiero.

Samantha lo miró fijamente. De pronto apareció el camarero con las ensaladas y no tuvo más remedio que morderse la lengua y esperar a que terminara de sazonar los primeros con pimienta negra recién molida y rellenara las copas de vino. El suspense la estaba matando. ¿A quién

habría escogido y por qué? ¿Cómo podía decidir con quién quería casarse sin ni siquiera haberlas conocido? Era demasiado arriesgado, incluso para un millonario como el que tenía delante. O quizá no. En realidad, ¿qué sabía ella de Blake Harrison? Que le gustaban las mujeres delgadas, con mucho pecho y las piernas largas. No había encontrado ni una sola foto de él sin una modelo de esas características colgando del brazo. De ahí que Samantha hubiese escogido a las tres

mujeres más guapas de su pequeña agenda negra —que en realidad era una libreta—. Aun así, ¿cómo había podido escoger basándose únicamente en unas fotografías?

—¿No quieres conocerlas antes?

De pronto, la idea de que fuera capaz de escoger esposa a partir de una imagen le pareció demasiado superficial, incluso para sus estándares. ¿Una cara bonita era suficiente para decantar las intenciones de un hombre? La respuesta era sí.

Sam sabía que Blake Harrison podía ser tan superficial como el que más, sin embargo, no podía evitar sentirse decepcionada al comprobarlo en primera persona.

—¿A las chicas de las fotografías?

Sam asintió, confundida.

—Por supuesto, ¿a quién si no?

—No. —Blake cogió el tenedor y se lo llevó a la boca.

¿No? Mierda. Había decidido casarse con otra.

De pronto, los pequeños símbolos de dólar que llevaba grabados en la retina desde el mismo día en que había oído hablar del duque por primera vez empezaron a desvanecerse lentamente

—¿Has encontrado a otra dispuesta a casarse contigo?

—No ha dicho que sí, al menos no de momento. — Blake comió otro bocado, siempre controlando la situación y sin darle mayor importancia.

Si él no pensaba utilizar sus servicios, ¿qué demonios

hacía ella allí?

—Entonces, ¿Alliance es una especie de plan B? — Quizá todavía no tenía intención de deshacerse de ella. Los hombres como Blake Harrison no hacían nada sin un motivo.

—No exactamente.

Samantha dejó el tenedor sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Lo siento, señor Harrison, pero hay algo que no entiendo. Esta misma mañana buscaba a una mujer dispuesta a firmar un acuerdo con el que satisfacer

sus necesidades. ¿Ha cambiado algo en las últimas horas? ¿O es que no está satisfecho con las mujeres que le he presentado?

Blake dejó de fingir interés en la comida y puso las manos sobre la mesa a ambos lados del plato.

—Tutéame, por favor. Las mujeres que has escogido son perfectas. Demasiado. Como sabes, no tengo demasiado tiempo para escoger esposa, por lo que conocer a cada una de esas adorables mujeres y tomar una decisión al

respecto es un lujo que no puedo permitirme. —Metió la mano debajo de la mesa y sacó un maletín que Sam no había visto. Cogió una carpeta de su interior y la deslizó hacia ella por encima de la mesa.

—¿Qué es esto?

—El contrato que mi abogado y yo hemos redactado esta misma tarde.

Sam se moría de ganas de abrir la carpeta, pero en lugar de hacerlo la cubrió con una mano.

—¿Qué contrato?

Los ojos grises de

Blake no se apartaban de los suyos.

—Te estoy ofreciendo un acuerdo de matrimonio.

El corazón de Sam se desplomó en el interior de su pecho con un golpe seco.

—Yo no estoy en el menú, señor Harrison.

Empujó la carpeta hacia Blake, pero él cubrió su mano y la sujetó firmemente. El contacto desató la misma descarga de la primera vez, una corriente que se propagaba por su cuerpo hasta la punta de los pies y subía otra vez. Se le

aceleró el corazón y sintió que el vello se le ponía de punta. Todo su cuerpo se estremecía y lo único que estaba en contacto entre los dos eran sus manos.

—Todo el mundo tiene un precio, Samantha.

—Yo no. —Intentó retirar la mano, pero él le apretó los dedos para evitarlo.

—Voy a crear un fondo fiduciario para ocuparme de Jordan de por vida. Aunque te pasara algo a ti, Jordan recibiría todos los cuidados necesarios.

Sam abrió la boca y volvió a poner cara de pez, y es que una explosión no podría haberla sorprendido más. Blake venía con los deberes hechos, sabía lo de su hermana y las necesidades especiales de esta.

—Mi hermana solo tiene veintiún años y podría vivir hasta los cien. —Según los médicos, eso era poco probable, aunque tampoco existían indicios de que fuera a morir joven.

—Y sus cuidados te cuestan ciento seis mil

dólares al año. El gasto no hará más que subir. —Su mano se relajó, pero Sam no retiró la suya.

—¿Estás dispuesto a pagarme más de ocho millones de dólares a cambio de que sea tu esposa durante un año?

—Más el veinte por ciento. Esos son tus honorarios, ¿no?

Samantha asintió lentamente y luego sacudió la cabeza.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué no? —El pulgar de Blake empezó a

moverse por su mano, pero ella seguía demasiado impresionada como para moverse.

—No soy tu tipo.

—¿Mi tipo?

—Alta, rubia, espectacular.

Blake soltó una carcajada que devolvió a Sam a la realidad. Aquello no era más que un trato, un acuerdo comercial, nada más ni nada menos. Blake le había dado la vuelta a su mano y ahora le estaba acariciando la parte interna de la muñeca, describiendo

círculos lentamente. Bueno, quizá un contrato matrimonial era algo más que un acuerdo de negocios.

Sam apartó la mano.

—¿En qué consistiría para ti este matrimonio?

—Tu vida no cambiaría en nada —respondió Blake, mientras se llevaba la copa de vino a los labios—. Una escapada rápida al juzgado, quizá a Las Vegas. Tendríamos que hacer algunas apariciones durante los primeros meses para satisfacer a los abogados que mi padre contrató antes de

su muerte y también a mi primo, que sería el principal beneficiado si todo esto no funcionara. Yo paso la mitad de mi tiempo en Europa y la otra mitad aquí, en Malibú, así que no nos estorbaríamos el uno al otro.

—¿Y por qué no buscar esposa en Europa?

—Para minimizar la atención de la prensa de allí. En Estados Unidos no hay revistas del corazón dedicadas a reyes y reinas, duques y duquesas. Aquí la novedad de mi matrimonio se olvidaría pronto.

Según las condiciones del testamento de su padre, Blake tenía que estar casado y asentado antes de cumplir los treinta y seis años si quería heredar la fortuna familiar, además de conservar el título. Tras un largo debate, los abogados habían decidido que, cuando se cumpliera el primer año de matrimonio, el Estado renunciaría a la herencia y levantaría cualquier otra restricción legal que existiera. Al menos eso era lo que los contactos de Samantha en Londres le

habían contado.

—¿Qué tipo de apariciones?

—Una pequeña recepción y unas cuantas apariciones en actos públicos. Tendrías que viajar a Londres conmigo para firmar con los abogados los papeles referentes a mi título. A nuestros títulos, vamos.

Sam tragó saliva. Por un momento había olvidado que el hombre que tenía delante era duque.

—No tengo ni idea de cuáles son las atribuciones

de una duquesa.

Blake cogió el tenedor y se dispuso a comer.

—Serías la primera, así que yo tampoco estoy muy seguro.

Samantha no pudo evitar que se le escapara la risa.

—Esto es una locura.

—Me sorprende que pienses eso. Para mí, el acuerdo tiene todo el sentido del mundo.

El camarero volvió con los segundos y se marchó rápidamente.

Samantha recordó el

consejo que le había dado a Blake ese mismo día: «Depende de su capacidad para controlar sus instintos más básicos, señor Harrison». Quizá la había escogido porque con ella le resultaría más fácil permanecer lejos de su cama. Eso sí tenía sentido. Quizá había visto las fotografías de las candidatas y se había dado cuenta de que, tarde o temprano, acabaría acostándose con ellas.

—¿Qué ocurre? — preguntó Blake.

Tenía que mejorar su cara de póquer cuanto antes.

—Nada. Es que... son muchas cosas de golpe. No me lo esperaba.

—Pero lo estás considerando.

—Sería estúpida si no lo hiciera.

—A mí no me pareces estúpida —le dijo él, mientras se llevaba un trozo de carne a la boca.

No, Samantha Elliot no era estúpida.

—Mañana le echaré un vistazo al contrato.

—Excelente.

3

El avión alcanzó la altura de crucero y el piloto les comunicó que podían desabrocharse los cinturones de seguridad durante los cuarenta y cinco minutos que duraría el vuelo hasta Las Vegas. Samantha apenas había abierto la boca desde que habían embarcado.

Después de que Samantha accediera a ser su esposa durante un año, Blake había planeado un

viaje relámpago a la Ciudad del Pecado que incluía una breve visita a una capilla. Estaba convencido de que una boda romántica en Las Vegas resultaría mucho más creíble ante los abogados de Parker y Parker que un viaje al juzgado.

Blake se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó del asiento del jet privado para coger una botella de champán. Cuando miró a su prometida, se dio cuenta de que Samantha no dejaba de tocarse las manos. Qué curioso, pensó, él podía

perderlo todo y, sin embargo, era ella la que no podía estar quieta.

—Toma, puede que esto te ayude. —Le dio una copa de champán y se sentó frente a ella en una de las enormes butacas de piel del avión.

—¿Tan evidente es?

—Los nudillos blancos te delatan.

Samantha se bebió la mitad de la copa de un trago.

—Nunca he querido ser actriz.

—Pues seguro que muchos estudios estarían

dispuestos a contratarte como dobladora por un dineral.

Ella se encogió de hombros.

—Si me dieran un dólar por cada vez que he oído eso...

Blake estaba seguro de que era así.

—Tienes una voz increíble.

Samantha apartó la mirada y sus mejillas empezaron a teñirse de un ligero color rosado.

—Creo que esto del matrimonio funcionará

mejor si no encontramos nada increíble en el otro. No es nada personal.

—Seguramente tienes razón, pero recuerda que hemos acordado ser sinceros el uno con el otro. Y tienes la voz más sensual que he escuchado en toda mi vida.

Merecía la pena enseñar las cartas solo para ver cómo se removía incómoda ante el cumplido. A esas alturas ya estaba colorada como un tomate, lo cual era adorable.

Sin apenas darse cuenta, Samantha ya había

vaciado la copa de champán por segunda vez.

—No sé si darte las gracias o pedirte que seas menos superficial.

—Ay.

—Eres tú quien pedía sinceridad.

Blake la observó mientras se quitaba los tacones con los pies y escondía las piernas bajo el asiento. Sus dedos empezaban a recuperar el color. No sabía muy bien cómo tomárselo, pero era evidente que meterse con él la ayudaba a sentirse más

cómoda.

—La única persona que se atreve a llamarme superficial es Carter.

—¿Tu mejor amigo?

—Mi único amigo de verdad.

—¿En serio? Pensaba que alguien con tu fortuna tendría un séquito de amigos.

—El dinero atrae a la gente, no a los amigos — respondió él.

—Amén a eso. Supongo que Carter sabe lo nuestro. Lo del acuerdo, quiero decir.

—Lo sabe.

—¿Y tus amigas?

¿También lo saben?

Ahora le tocaba a él sentirse incómodo. Aunque su matrimonio iba a ser una farsa, se le hacía raro hablar de sus amantes con la que en breve se convertiría en su esposa.

—Contárselo a mis amigas, como tú las llamas, sería como llamar a la Inquisición y concederle una entrevista a doble página. — Blake apuró el champán y se levantó para rellenar de nuevo las copas.

—¿No confías en ellas?

—En esto no.

—¿Cómo lo hacéis los hombres?

—¿Qué hacemos?

—Acostaros con mujeres en las que no confiáis. —Samantha le dio las gracias por el champán y esta vez empezó a beber de su copa tomando pequeños sorbos.

—Se llama atracción.

—Se llama lujuria —le corrigió ella, riéndose.

—Eso también.

Blake empezaba a sentir una agradable

sensación de calidez por dentro. ¿Cuándo había hablado por última vez con una mujer sobre las motivaciones masculinas? Nunca. Y, para su sorpresa, le gustaba hacerlo.

—Entonces, ¿qué les has dicho a tus...? ¿Cómo llamas a las mujeres con las que te relacionas? ¿Amantes?

Amante sonaba demasiado personal.

—Todavía no les he dicho nada.

Samantha arqueó las cejas, perfectamente

depiladas.

—Lo que daría por ver una de esas conversaciones por un agujerito. «Ah, cariño, por cierto, que me he casado este fin de semana pasado» —se burló, incapaz de contener la risa.

—No creo que se lo diga así. —No sabía muy bien cómo darles la noticia y, para ser sincero, tampoco es que hubiera pensado mucho en ello.

—Eres consciente de que te arriesgas a perderlas a ambas, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que son

dos? —Blake sacudió lentamente la cabeza y levantó una mano para detenerla—. Da igual. No recordaba tu trabajo intensivo de investigación. No tienes que preocuparte por ellas. Ni siquiera las conocerás.

Samantha se llevó una mano al pecho y sonrió.

—Superficial y un poquito iluso.

Dios, ya estaba otra vez metiéndose con él.

—¿Perdona?

—Si tú y yo estuviéramos saliendo y de

pronto tú te casaras con otra, me las ingeniaría como fuera para conocer a esa mujer a cuya altura, a juzgar por tus acciones, parece que yo no estoy. Y que conste que me odiaría a mí misma por hacerlo. Las mujeres son criaturas emocionales, señor Har... Blake. Por mucho que intentara deshacerme de esa peculiaridad de mi género, lo más probable es que no fuera capaz de controlar mis impulsos. Dudo bastante que Vanessa y Jackie...

—Jacqueline

—la

corrigió Blake.

—Perdón, Vanessa y Jacqueline sean diferentes. ¿A cuál de las dos es más probable que le rompas el corazón?

Lo de la sinceridad estaba yendo demasiado lejos. Aunque aquella especie de recorrido por su vida personal sirviese para aliviar los nervios de su prometida, Blake no se sentía cómodo. Samantha había subido los pies a la butaca y se mostraba relajada por primera vez desde que se conocían. Su sonrisa no parecía forzada y

sus ojos verdes desprendían un brillo de picardía. Le hubiese gustado llevarla a ese estado de ánimo sin tener que hablar de las que hasta entonces habían sido sus amantes, porque ya no lo eran. Pensó por un momento en qué dirían Vanessa y Jacqueline cuando supieran lo de su boda. Vanessa seguramente le daría un tortazo y se alejaría indignada. Jacqueline no sería tan dramática, pero era demasiado arriesgado prolongar una relación con ella.

—Las dos saben de la existencia de la otra.

—Pero ¿cuál de las dos quiere más?

—No me puedo creer que mi futura esposa me esté preguntando esto.

—¿Cuál, Blake?

Samantha era implacable.

—Vanessa. Aunque dudo que quisiera verte cara a cara. Además, vive en Londres y solo viene a Nueva York de vez en cuando.

—Sí, y Jacqueline vive entre Nueva York y España.

De pronto la voz del piloto anunció por los altavoces del avión que se acercaban al aeropuerto de Nevada.

—Veo que has hecho los deberes. —Blake volvió a su asiento, al lado de Samantha.

—Siempre —dijo ella, y parecía orgullosa de sí misma.

—¿Me avisarás si alguna de las dos se presenta en tu casa?

Samantha bajó los pies al suelo y se puso el cinturón de seguridad.

—Serás el primero en saberlo.

El jet inició el descenso y Samantha desvió la mirada hacia la ventana. Entre el champán y la conversación, ya no parecía una novia a la fuga. Blake la cogió de la mano y sintió que se sobresaltaba.

—Deberías intentar controlar esas reacciones — le sugirió.

Samantha clavó los ojos en sus dos manos entrelazadas y respiró profundamente.

—Lo intento.

Blake no retiró la mano y decidió repetir el ejercicio a menudo. ¿Se había sobresaltado porque le molestaba que la tocara o porque le gustaba? Quizá le gustaba y eso le molestaba. Pues tendría que acostumbrarse.

Mientras el avión descendía sobre la pista de aterrizaje y las ruedas derrapaban sobre el asfalto, Blake observó las distintas emociones que se iban alternando en el rostro de Samantha. La sonrisa que hacía apenas unos minutos

iluminaba sus labios, rosados y generosos, se había convertido en una línea recta. Con cualquier otra mujer, Blake se habría acercado a ella y le habría hecho olvidar las preocupaciones con un beso. ¿A qué sabrían sus labios? Dulces como el champán, pensó. Imaginó aquella voz tan sensual susurrándole al oído, animándolo a no detenerse en un simple beso, y algo despertó bajo su vientre. Desvió la mirada y le apretó la mano con fuerza.

Cuando el piloto

anunció que ya podían desabrocharse los cinturones, Blake se volvió hacia Samantha.

—¿Lista para casarte?

Ella movió la mano para poder entrelazar los dedos con los de Blake.

—Por qué no. No tengo un plan mejor para hoy.

Blake echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas.

Después de un breve trayecto en limusina hasta el hotel más nuevo de la ciudad, Samantha se plantó

frente al altar de la pequeña capilla, sujetando la mano de su futuro marido. Durante la ceremonia, ella le entregó la alianza que él mismo había preparado, pero cuando Blake deslizó en su dedo un diamante enorme de cuatro quilates rodeado de zafiros, Sam no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—Para mi duquesa —le dijo. Hasta el cura abrió la boca al ver el anillo.

En algún momento entre la limusina y el intercambio de alianzas, Samantha cayó en la cuenta

de que lo más probable era que, al final de la ceremonia, Blake la besara. ¿Por qué no habría de hacerlo? Los abogados podían interrogar al cura y a los testigos, por lo que a Blake le interesaba que creyeran que estaban perdidamente enamorados y que se habían fugado. De modo que, en lugar de pensar en sus votos matrimoniales, unos votos que ninguno de los dos tenía intención de mantener, Sam no podía quitarse el beso de la cabeza.

En la capilla empezaba

a hacer calor y a Samantha le sudaban las palmas de las manos. Repitió sus votos y escuchó como Blake prometía renunciar a cualquier otra mujer.

—... yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Samantha tragó saliva.

Estaba segura de que el suelo se abriría bajo sus pies en cualquier momento y se la tragaría. Blake, sin embargo, era la personificación del autocontrol. Pasó un brazo alrededor de su cintura y

bajó la mirada hasta encontrarse con la suya. Sus hermosos ojos grises desprendían un brillo especial y en sus labios, tan perfectos, se dibujaba el principio de una sonrisa.

Samantha se pasó la lengua por los labios e intentó sonreír, pero se le hizo un nudo en el estómago en cuanto él empezó a acercarse. Blake utilizó la mano que tenía libre para sujetarle la mejilla y se detuvo un segundo, dubitativo, sobre sus labios. Samantha sintió la calidez

de su aliento y dejó que su cuerpo se relajara.

Y de pronto sus labios estaban allí, húmedos, firmes y absolutamente embriagadores. Sintió una descarga eléctrica en el cerebro que se extendió por todo su cuerpo. Aun con tacones, tuvo que ponerse de puntillas para devolverle el beso. El brazo de Blake estrujaba su cuerpo contra el de él, sus pechos aplastaban el busto firme del que ya era su marido. Samantha abrió la boca sorprendida y sintió que la lengua de Blake se

deslizaba entre sus labios.

Fue entonces cuando se olvidó del cura, de los testigos, y se dejó llevar por el placer que Blake Harrison despertaba en lo más profundo de su cuerpo. Habían pasado siglos desde la última vez que la habían besado, y ninguno de aquellos besos podía compararse ni remotamente. Quizá era porque estaba conociendo una nueva faceta de él, o tal vez fuera el hombre en sí mismo, quién sabe. ¿Y si todos los duques besaban como aquel?

Alguien carraspeó y Samantha y Blake se separaron. Un halo de confusión se había instalado en los ojos de él. ¿Era posible que Blake hubiera sentido aquel beso con la misma intensidad que ella? Samantha pensó en las dos mujeres a las que su marido tendría que dar explicaciones y decidió que era imposible que el beso le hubiera afectado tanto como a ella. Blake, su marido, era un jugador nato. A partir de ahora tendría que tenerlo siempre presente.

—Felicidades, señor y señora Harrison. Si son tan amables de seguirme para firmar un par de papeles, podrán empezar su luna de miel enseguida. —El cura los llevó desde la pequeña capilla hasta un despacho en el que Samantha estampó su firma en el certificado oficial junto a la de Blake.

Y, sin más, se convirtió en una mujer casada.

Blake no estaba seguro de cómo había imaginado su noche de bodas, pero lo que sucedió la noche anterior no

se le parecía en nada. A pesar de haber reservado una suite nupcial en un lujoso hotel y casino de Las Vegas, al final había acabado durmiendo en el sofá, oyendo a su esposa dar vueltas por la habitación hasta que se fue a dormir sobre la una de la madrugada.

El recuerdo del beso aún le resultaba desconcertante. Había empezado como una pantomima, una muestra de afecto en público que, en caso de ser necesario, podría

llegar a oídos de los abogados. Pero desde el momento en que Samantha y él habían abandonado la capilla, solo podía pensar en repetirlo. La forma en que el rostro de Samantha se había iluminado y su incapacidad para mirarle a los ojos eran pruebas irrefutables de que había sentido lo mismo que él. Mierda, no debería desear a su mujer, una esposa de conveniencia, la persona que le hacía sonreír a menudo y por quien se cuestionaba su filosofía de donjuán y sus pasatiempos superficiales.

Ella misma le había aconsejado que controlara «sus instintos más básicos», o algo parecido. Tenía que alejarse de la señora Harrison y hacerlo cuanto antes, o controlar sus instintos acabaría convirtiéndose en una tarea imposible.

Blake guardó la manta y la almohada que había utilizado la noche anterior y esperó a que la luz que entraba por las ventanas del dormitorio despertara a Samantha. Ya había enviado una nota a la oficina de

Londres sobre su boda «relámpago» con la mujer de la que se había enamorado «a primera vista». La noticia no tardaría en extenderse. Lo más probable era que tuviera que presentar a su esposa en sociedad al cabo de un par de semanas para convencer a todo el mundo de que aquella boda era sincera y real. Invertiría ese margen de tiempo en mantener su libido bajo control con unas buenas vallas. No le preocupaba lo que le pudiera pasar a su corazón, pero si

rompía el de Samantha se arriesgaba a perderlo todo. Y ese era un riesgo demasiado peligroso.

Un suave golpe en la puerta lo alertó de que el servicio de habitaciones había llegado. Blake abrió la puerta y le indicó al joven uniformado que esperaba tras ella que dejara el carrito en el centro de la estancia. El rico aroma del café despertó sus sentidos y le hizo la boca agua. Mientras el camarero le entregaba la cuenta, se abrió la puerta del dormitorio y apareció la

figura aún medio dormida de su esposa, envuelta en una bata blanca.

—¿Huele a café? —La voz de alcoba de Samantha le atravesó el cuerpo sin previo aviso, arrancándole un gruñido. Incluso el chico del servicio de habitaciones olvidó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella.

—He pedido el desayuno.

—Qué bien, me muero de hambre. —Sam atravesó la estancia descalza. Con cada paso, una pequeña

abertura en la bata dejaba al descubierto sus delicadas piernas.

Al camarero se le escurrió el platillo de la cuenta de entre las manos. Blake se interpuso en su campo de visión para proteger la intimidad de Sam, y el chico, colorado como un tomate, recogió la cuenta y se la entregó. Blake la firmó rápidamente y lo acompañó hasta la puerta.

Antes de darse la vuelta, Blake inspiró profundamente y se cuadró de hombros, aunque sabía

que esta vez su fanfarronería habitual no le serviría para nada. En cuanto vio a Samantha levantando con una mano las campanas plateadas que cubrían los platos, mientras con la otra se sujetaba la melena alborotada, sintió que el vello de la nuca se le ponía de punta. Aquella mujer era la viva imagen de la sensualidad.

Sam cogió la jarra de café y llenó dos tazas.

—¿Cómo te gusta?

Él cerró los ojos y apartó las imágenes de

cuerpos desnudos de su mente pecaminosa.

—Solo.

Se acercó a la mesa y ocupó una de las sillas. Samantha le dio su taza en silencio y luego se puso azúcar en el café. Cuando el primer trago rozó sus labios, se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró. Fue un sonido ronco, casi gutural, que envió una segunda onda expansiva contra la piel de Blake. Tenía que largarse de Las Vegas como fuera o ya podía ir olvidándose de sus intenciones de no acostarse

con su esposa.

Ajena al efecto que provocaba en él, Samantha levantó las piernas y apoyó los pies en la silla que tenía delante. La bata se abrió, revelando una nueva porción de muslo.

Fue como si el cuerpo de Blake se vengara de él. La erección alcanzó niveles cercanos al dolor y tuvo que cambiar de posición sobre la silla para que Samantha no se diera cuenta.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó ella, sin molestarse en cubrir su

piel del color del alabastro.

—Bien —mintió Blake, intentando con todas sus fuerzas apartar la mirada de sus piernas.

—¿En serio? Yo no he parado de dar vueltas. Esto del matrimonio me preocupa más de lo que pensaba.

¿Por qué no contarle que él sentía lo mismo? Claro que entonces parecería que no tenía la situación bajo control. Blake tenía que manejar las riendas de su vida con mano de hierro, incluido su matrimonio.

—Seguro que acabarás

acostumbrándote, sobre todo cuando yo me vaya a Londres.

Samantha se inclinó hacia delante y cogió una tostada.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—¿Mañana? —repitió ella, aparentemente sorprendida.

—Te llevaré de vuelta a Los Ángeles y te presentaré a Carter y a mi equipo antes de prepararlo todo para mi marcha.

Samantha mordisqueó la tostada.

—¿No parecerá sospechoso que te vayas tan pronto estando recién casado?

—Puede que sí, así que tendremos que esforzarnos para que todo parezca normal. Llamadas diarias, algo que demuestre que hablamos a menudo. Los abogados de mi padre no tienen escrúpulos. Cuando iba a la universidad, contrataron a varios detectives privados para que le informaran de mis fechorías.

—¿Hasta ese extremo?

—Mi padre les ofrecía sobornos, sobornos muy lucrativos, por cada lío que descubrieran. Dudo que haya cambiado algo desde su muerte. —De momento, no tenía intención de ahondar más en la historia de su familia, así que preguntó—: ¿Tienes pasaporte?

—No desde que se lo quedaron los federales cuando tenía veinte años. No creo que tenga problemas para sacármelo otra vez. De todos modos, sería una buena excusa para explicar

por qué no voy contigo.

Lo dijo sonriendo, por fin despierta gracias a la primera taza de café del día. Blake estaba convencido de que Samantha se había dado cuenta de la brusquedad con la que había cambiado de tema, pero prefería guardarse las preguntas para sí misma.

—Empezaré con el papeleo el lunes.

—Me parece bien.

—Ayer por la noche, mientras intentaba quedarme dormida, estuve pensando en si debería adoptar tu apellido

o no. Muchas mujeres mantienen el suyo incluso después de casadas. Así sería más fácil. —Se inclinó hacia delante y se sirvió una ración de huevos revueltos.

A Blake no le gustó como sonaba aquello. Tendría que preguntarle por sus motivos, aunque más adelante.

—Si nos hubiéramos casado por amor y no por conveniencia, ¿habrías adoptado mi apellido?

—Pero no ha sido así.

—¿Pero si lo hubiera sido?

Samantha bajó la mirada hasta el anillo de herencia familiar que Blake le había puesto en el dedo el día anterior.

—Sí, seguramente sí.

Blake se terminó la taza de café con ánimo renovado tras haber conseguido la respuesta que buscaba.

—Pues entonces tendrás que cambiar de apellido. No quiero que nadie se haga preguntas innecesarias, sobre todo teniendo en cuenta que, para empezar, querrán saber por qué vivimos la mayor parte

del año en continentes diferentes.

Samantha quería discutir pero se conformó con un suspiro.

—Seguramente tienes razón.

—Antes de irme, abriré una cuenta a tu nombre y te daré las llaves de mi casa. — La imagen de Samantha paseándose por su dormitorio vestida únicamente con una bata blanca le arrancó una sonrisa.

—No hace falta.

—No estoy de acuerdo

—dijo él, mientras se servía un plato de huevos, salchichas y tostadas—. No dejaré a mi esposa sin recursos.

—Como quieras, pero no los usaré. No necesito tu dinero, ya no, ahora que te has ocupado de Jordan. Y tengo mi propia casa —respondió ella, mientras masticaba la comida lentamente antes de tragársela.

—Todavía te debo el veinte por ciento. Utiliza el dinero de la cuenta, Samantha. Es lo que haría

mi esposa. Además, no quiero que la gente vaya diciendo que no te cuido.

Ella dejó caer una mano sobre la mesa.

—No arruinaré tu imagen, Blake.

—Sí lo harás si vas por ahí conduciendo un coche viejo y escatimando en gastos menores. No digo que te compres un yate, solo que no te vean en centros comerciales. —Se imaginó a la prensa fotografiándola en un Walmart y no pudo reprimir una mueca de disgusto.

—Eres consciente de lo clasista que suena eso, ¿verdad?

—Me da igual. Mis novias compraban en tiendas de diseñadores, así que mi esposa no puede ir vestida de rebajas. —Blake notó que Samantha apretaba los dientes y se preparó para una discusión.

—¿Pasa algo malo con mi forma de vestir?

Vaya por Dios... Acababa de meterse en un campo de minas y sin chaleco de plomo.

—Yo no he dicho eso.

—Sí, sí que lo has dicho.

Blake dejó el tenedor sobre la mesa.

—Sabes que tengo razón en esto.

Samantha apretó los labios, pero no le llevó la contraria.

—Vale.

—Bien. —«He ganado.» Dios, ¿alguna vez había discutido con una mujer porque ella se negara a gastarse su dinero? Notó que se le escapaba una sonrisa.

—¿Qué es tan

divertido? —A Samantha le brillaban los ojos de pura ira contenida; era una visión maravillosa.

—Creo que acabamos de tener nuestra primera pelea de casados.

Samantha se relajó y sus hombros se empezaron a contraer de la risa.

—Creo que sí.

—Y he ganado yo —
puntualizó Blake.

Samantha lo miró con los ojos encendidos.

—No esperes que se repita a menudo.

No, murmuró él. No era

tan tonto como para creer que siempre se saldría con la suya. Sin embargo, ganar aquel primer encontronazo había sido como echar un poco de nata montada en lo alto del pastel de bodas.

Veintiséis horas después de pronunciar el «Sí, quiero», la prensa descubrió a Samantha y a Blake desembarcando de su jet privado. Gracias a Dios, Samantha había tenido la precaución de llevarse unas gafas de sol bien grandes consigo tras las que poder ocultar el estrés, que ya era evidente en sus ojos. Los periodistas no habían cambiado desde la detención

de su padre. Les bloquearon el paso, tomaron fotografías de los dos y les hicieron todo tipo de preguntas.

Blake la guió hacia el exterior del aeropuerto con un brazo posesivo alrededor de su cintura. Con un poco de suerte, antes de que llegara el fin de semana muchos ya se habrían bajado del carro, llevándose los focos a otra parte. De no ser así, tendría que enfrentarse a los paparazzi ella sola.

Blake dijo unas palabras, más bien pocas, mientras avanzaban. Cosas

como «el amor de mi vida» y «me hizo perder la cabeza». Parecía tan sincero. Si no estuviera al tanto del plan, Samantha le habría creído sin pensárselo dos veces. En una ocasión, Blake acercó los labios a su oreja y le susurró: «Será peor en Europa, así que saca a la esnob que llevas dentro y sonríe».

Sin dejar de sonreír, Samantha se apoyó en él para montarse en el asiento trasero del coche que les esperaba. La instantánea del momento apareció en los

canales de televisión más importantes y en tres revistas del corazón.

El amigo de Blake, Carter, resultó ser toda una sorpresa. Con su pelo rubio y su apariencia de surfista era el extremo opuesto a su marido. Siempre bien vestido, era inteligente, pragmático y tenía un gran sentido del humor. Le dio a Sam su número de móvil y la animó a que lo usara si necesitaba cualquier cosa mientras Blake estuviera fuera de la ciudad.

Tal y como habían

acordado, Blake le entregó a Samantha una copia de las llaves de su casa, que estaba en la zona más elevada de Malibú y cuyas vistas sobre el mar eran espectaculares. La casa era enorme: mil metros cuadrados en una propiedad de cuatro hectáreas. El servicio incluía cocinera, asistenta y un equipo de jardineros para cuidar de la finca. Neil, el chófer de Blake, se ocupaba del personal y vivía en la casa de invitados. Era tan corpulento que un equipo de fútbol americano al

completo se sentiría intimidado a su lado. Blake le contó que también hacía las veces de guardaespaldas.

Tras desearle un feliz vuelo a su marido, Samantha regresó a su adosado de alquiler sumida en sus pensamientos. El proceso de búsqueda de una esposa y su ejecución habían sido movimientos muy inteligentes por parte de Blake. Ni siquiera una mujer fuerte como ella podía evitar volver la cabeza y mirar cuando una fortuna como la suya pasaba junto a ella.

—No quiero ni saber cuánto cuestas —murmuró, admirando el anillo que brillaba en su dedo y haciéndolo girar. Tendría que devolverlo en cincuenta y cuatro semanas, pero hasta entonces disfrutaría de él.

La voz de Eliza gritó un «Sin comentarios» y luego se oyó un portazo.

—Madre mía, ¿cuánto tiempo vamos a tener que aguantar esto? —Eliza, más amiga que empleada, descolgó el bolso de su hombro y lo lanzó sobre la mesa de café.

—Se irán en un par de días.

—Pareces muy segura.

—Lo he vivido antes.

El divorcio atraerá todavía a más prensa.

Eliza lanzó sobre la mesa un periódico en cuya portada aparecían los rostros sonrientes de Sam y Blake.

—Sois muy convincentes.

Samantha sonrió. Se moría de ganas de que la prensa desapareciera, pero al mismo tiempo le gustaban las fotografías que les habían hecho. Al fin y al

cabo, eran las únicas fotos que tenía de su boda.

—No hacemos mala pareja.

—¿Mala pareja? Si parecéis felices como dos tortolitos.

—¿Las tórtolas tienen cara de felicidad? —se burló Sam.

—No tengo ni idea. Qué pena no haberlo conocido cuando te trajo a casa. —Eliza se desplomó en el sofá y apoyó sus largas piernas en la mesita.

—En realidad no me trajo él. Fue su chófer.

—¿Su chófer? —Eliza tenía unos ojos color chocolate absolutamente increíbles, unos ojos que se abrieron como platos al preguntar.

—Es rico. ¿Por qué conducir tú mismo cuando puedes pagar a alguien para que lo haga por ti? —Samantha se rió y puso los ojos en blanco, esbozando su mejor mueca de esnob.

—Vaya, vaya, usted perdone. —Pero su amiga se estaba riendo.

El teléfono de la empresa sonó y Eliza saltó

del sofá para cogerlo.

—Alliance.

Samantha escuchó con una oreja mientras su amiga prestaba atención a la persona que le hablaba desde el otro lado de la línea.

Lo cierto era que no quedaban tan mal el uno junto al otro, a pesar de que él le sacaba más de una cabeza.

—Sin comentarios — dijo Eliza—. No, no somos un servicio de señoritas de compañía... Le repito que no vamos a comentar nada al

respecto. —Y con un suspiro de frustración, colgó el teléfono.

—Debería habérmelo imaginado. —La prensa estaría dispuesta a reducir su negocio a añicos si con ello conseguía beneficios.

—Quizá podríamos redactar un comunicado oficial.

—Buena idea. Escribiré un primer borrador y se lo pasaré a Blake.

El teléfono sonó de nuevo; otro periodista en busca de respuestas. Media hora más tarde, Sam y Eliza

ya se habían dado por vencidas y habían desconectado la línea de la empresa. Con un poco de suerte, pronto la noticia empezaría a perder fuelle. La publicidad podría atraer a nuevos clientes, siempre que Samantha fuera capaz de mantener el anonimato, algo que no sucedería mientras toda la prensa del corazón del país estuviera instalada frente a la puerta de su casa. Por el momento, no le quedaba más remedio que posponer la búsqueda de nuevos clientes.

—Esto es una locura —
exclamó Eliza mientras
corría las cortinas de la sala
de estar. Un grupo de
paparazzi había acampado
en la calle y se las ingeniaba
para colar los objetivos de
las cámaras cada vez que
una de ellas abría las
cortinas.

—Prepararé algo para
cenar. No te importa
quedarte esta noche,
¿verdad? —Eliza había
ocupado la habitación libre
de la casa hasta que, seis
meses antes, se había ido a
vivir con su actual novio.

—¿Esa es tu forma de pedirme que me quede?

—Dios, sí. No quiero estar sola con esa gente en la calle. De todas formas, te seguirían hasta tu casa — respondió Sam.

—Está bien, pero yo escojo la peli. Dime que tienes vino.

—¿Alguna vez te he defraudado?

Samantha apagó las luces del porche y pasó el cerrojo de la puerta principal. Se pusieron cómodas, con pantalones de chándal y camiseta, y se

acomodaron frente al televisor con unas porciones de pizza barata y una buena botella de Merlot.

—Tengo la sensación de que ya no haremos esto tan a menudo —dijo Eliza entre bocado y bocado.

—¿Por qué dices eso?
—Sam estaba tomando algunas notas en una libreta, intentando dar forma al comunicado de prensa.

—Ahora eres una mujer casada.

—¿Y?

Ambas sabían que solo era de cara a la galería. En

aquel preciso instante, Blake estaría durmiendo plácidamente en la cama de su avión privado y ni uno solo de sus pensamientos sería para ella.

—Estás casada con un duque, Sam. ¿Tienes idea de lo fuerte que es eso?

—Es solo un título, como «señor» o «doctor», solo que Blake no ha tenido que trabajar para conseguirlo.

—Heredó el título automáticamente de su padre cuando este murió, ¿verdad?

—Eliza se había sentado con

los pies debajo del trasero y había colocado un bol de palomitas en el sofá, entre las dos.

Samantha asintió.

—¿Pero necesitaba casarse para heredar las propiedades?

—En la mayoría de los casos, el título y las propiedades van juntas y las recibe el primer hijo varón del duque y la duquesa, pero el padre de Blake era un gilipollas de primera categoría. Dejó estipulado en su testamento que las propiedades fueran

divididas, disueltas a todos los efectos, si Blake no sentaba la cabeza antes de cumplir treinta y seis años. Uno de sus primos recibiría una parte de las propiedades, la madre y la hermana tendrían una pequeña asignación y el resto se destinaría a causas benéficas.

—Qué frialdad. ¿El padre no lo dejó todo arreglado para que su propia mujer pudiera quedarse en la casa que ha sido su hogar durante tantos años?

—Supongo que no.

Eliza se inclinó hacia delante.

—Qué imbécil.

—Blake dice que un título sin las propiedades asociadas es como un rey sin país. Lo de la realeza es que me deja alucinada.

El móvil de Samantha vibró y en la pantalla apareció el nombre de Blake. Una descarga de emoción le recorrió la espalda.

—Hola.

—Quería hablar contigo antes de que te fueras a la cama —dijo

Blake. Parecía cansado y el ruido de fondo le impedía escucharle con claridad.

—Y yo que pensaba que estarías a veinte mil pies. ¿Dónde estás?

—El vuelo se ha retrasado, estoy en Nueva York. Salimos de aquí en menos de una hora.

El día para ellos había empezado muy temprano y no parecía que fuese a terminar pronto. Samantha se sintió mal por él.

—Oye, aquí la prensa se ha vuelto loca. He pensado que podríamos

hacer circular un comunicado de prensa. Para quitármelos de encima — sugirió Samantha.

—¿Estás bien? No te estarán acosando, ¿no? — preguntó Blake con una nota de preocupación en la voz.

—No, estoy...

—Me gustaría que te quedaras en mi casa.

—Ya hemos hablado de esto. Estoy bien aquí. —De fondo se oyó el sonido de un megáfono anunciando vuelos—. ¿Qué te parece esto? «El señor y la señora Harrison les ruegan que

respeten su privacidad mientras se ajustan a los rápidos cambios que están experimentando sus vidas. Tanto su noviazgo como el posterior matrimonio han sido una sorpresa para ellos tanto como para el resto del mundo. En estos momentos se está organizando una recepción para presentar a la pareja y revelar los detalles de su matrimonio por amor.»

—¿Matrimonio por amor?

Fue lo único que Blake cuestionó.

—Eso suena cursi. Ya

pensaré en otra cosa.

Blake se rió al otro lado del hilo.

—La única otra cosa que tienes que cambiar son nuestros nombres.

—¿Qué?

—Sí —respondió él con voz entrecortada—. Tiene que poner lord y lady Harrison, duque y duquesa de Albany. Escucha, tengo que dejarte. Te llamaré por la mañana. Llama a Carter o a Neil si necesitas algo.

La línea quedó en silencio.

Un pavor incontrolable

se desplomó sobre ella como el telón de un teatro.

—Oh, Dios mío...

—¿Qué? —Eliza dejó de meterse palomitas en la boca a puñados y miró a Samantha con los ojos abiertos de par en par.

—Esto me sobrepasa.
—¡Duquesa! Era duquesa de verdad. El peso del título le había bloqueado la capacidad para pensar con claridad.

—No has utilizado las tarjetas de crédito.

Esas fueron las

primeras palabras que salieron de la boca de Blake tres días más tarde.

Samantha estaba haciendo ejercicio por la playa con un manos libres con Bluetooth colgando de la oreja. La prensa había empezado a desaparecer de la puerta de su casa, pero las llamadas no cesaban. Finalmente había decidido darle a Eliza unas vacaciones más que merecidas y escapar de su casa tan a menudo como le fuera posible.

—Hola a ti también. —

Redujo la marcha para poder hablar cómodamente.

—Parece que te falta el aliento. ¿Qué estás haciendo?

—Correr.

—Vaya. —Parecía sorprendido—. ¿Qué es ese ruido?

—El viento. Estoy en la playa. —Samantha esquivó unas rocas y continuó su camino.

—¿Es seguro? ¿Hay alguien contigo?

Ella se rió.

—Sí, es seguro, detective Dan, y no, no hay

nadie conmigo. —Se burlaba de él, pero en el fondo le gustaba que se preocupara por ella. Sam no recordaba la última vez que a alguien se había preocupado por que ella anduviera sola por la calle —. Seguro que no has llamado para saber los detalles de mi rutina de ejercicios. ¿Qué pasa?

—Quería asegurarme de que has rellenado los impresos del pasaporte.

—El martes me pasé seis horas en la comisaría. Cambio de nombre,

pasaporte, el lote completo. Les pedí que se dieran prisa, pero dicen que tardará un mínimo de diez días laborables.

Mientras corría, el pelo se le pegaba a la cara, húmedo por la fría brisa y la niebla de la mañana. Le encantaba aquella hora del día. Había algunos corredores y una docena de surfistas. Intentaba ir a la playa al menos una vez a la semana para correr. Los días que no podía, hacía una ruta por el vecindario. Lo cierto era que la zona por la que

corría cada vez era menos fiable, así que a veces prefería coger el coche y buscar un recorrido más seguro o un parque. ¿Cómo sería correr en la playa frente a la casa de Blake?

—Diez días es demasiado. Haré un par de llamadas para que agilicen las cosas.

—Ya les he insistido yo y solo he conseguido que el proceso se reduzca de un mes a diez días. Según dicen, no puede hacerse más rápido. —Respiraba entre jadeos, pero aun así no se

detuvo.

—Ya me ocupo yo — insistió Blake, y a Samantha aquella actitud tan decidida le pareció divertida.

—¿Acaso alguien se atreve a decirle que no al gran y poderoso Blake Harrison? —se burló.

—Solo tú. ¿Por qué no estás por ahí de compras? Te dije que fueras generosa. — Había algo que no le hacía feliz, podía notarlo en su voz.

—Deja que lo adivine. Has visto una foto de mí en las revistas con unos

pantalones viejos y una camiseta.

Por un momento, Blake vaciló.

—Es eso, ¿no? —
Samantha rompió a reír y tuvo que dejar de correr para recuperar el aliento—.
Vamos, Blake, déjalo ya.

—Ve de compras, Samantha. La recepción congregará a altos dignatarios y a varias familias muy influyentes. Iremos al teatro, a ver partidos de polo... Lo que te apetezca.

—¿Mis tejanos

cortados no sirven? —
preguntó ella, a punto de
llorar de la risa.

—Hasta yo he visto
Pretty Woman. ¡Ve de
compras!

La idea de Blake
viendo una comedia
romántica solo sirvió para
avivar su risa.

—Espero que la mujer
valiera la pena.

—¿Qué mujer?

—La que te arrastró al
cine a ver *Pretty Woman*.

Blake se rió y el sonido
de su voz llenó la cabeza de
Samantha de imágenes de su

hermoso rostro y de aquellos ojos grises que ya había empezado a echar de menos.

—Fue mi hermana.

—Eso lo explica todo.

—Ganó una apuesta.

Tenía que llevarla al cine o perder su respeto. —De pronto, la voz de Blake parecía más relajada y la conversación siguió su curso. Siempre sucedía así tras unos minutos al teléfono con ella, hasta el punto de que Sam esperaba sus llamadas diarias con ilusión —. ¿Has dejado de correr? —preguntó Blake.

Samantha observó la playa desierta y apoyó una mano en la cadera.

—Sí —respondió entre jadeos.

Blake gruñó.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres que sea sincero?

—Siempre. —Se volvió cara al viento y concentró todos sus esfuerzos en respirar más despacio.

—Entre la respiración acelerada y esa voz que tienes, me está costando lo mío estarme quieto.

Samantha se mordió el

labio inferior, mientras el corazón le daba un vuelco dentro del pecho.

—Bueno, pues entonces será mejor que no te explique qué llevo puesto o qué pintas tengo para no arruinarte la fantasía.

Él soltó una carcajada.

—Estoy seguro de que los paparazzi andan por ahí y que mañana por la mañana tendré una foto de ti sobre la mesa.

Sam miró a su alrededor pero no vio a nadie con una cámara.

—Quizá.

—Antes de dejarte, otra cosa: he llamado a tu casa pero la línea estaba fuera de servicio.

—Se oía un ruido de fondo. Hoy por la mañana vendrán unos técnicos a arreglarla. He contratado un servicio de reconocimiento de llamada para controlar cuándo se trata de prensa. — Sam dio media vuelta y retomó la carrera de regreso al coche.

—Un plan muy sólido. Mañana te llamo.

—Ah, y Blake... — añadió ella, solo por

diversión y con una sonrisa en los labios.

—Dime.

Bajó el tono de voz todavía más de lo normal y respiró con fuerza contra el auricular de las manos libres.

—Tengo mucho calor y estoy sudada.

—Grrrr. —El gruñido de Blake hizo vibrar el manos libres que llevaba en la oreja.

Después de colgar, Samantha se preguntó si hacía bien al tontear con su marido. La sonrisa que le iluminaba la cara amenazaba

con dejarle unos hoyuelos grabados para siempre en las mejillas, así que decidió olvidarse de cualquier preocupación y disfrutar de que por fin un hombre se interesara por ella como mujer.

A pesar de que ese hombre era su marido.

La prensa se había rendido, pensó Samantha mientras subía las escaleras que llevaban a su casa. No quedaba ni uno solo de los cuarentones que, cámara en mano, se escondían entre los

arbustos o la enfocaban con el zoom desde alguna esquina. Entró en casa, tiró las llaves sobre la mesa de la entrada y se dirigió hacia las escaleras.

Cuando sonó el timbre, se dio la vuelta y abrió la puerta por impulso. A medio movimiento, se dio cuenta de que seguramente estaba provocando una fotografía no deseada, una fotografía que haría que al día siguiente Blake se tirara de los pelos.

Pero la persona que esperaba tras la puerta no era

un periodista ni un fotógrafo a la caza de dinero fácil.

Peor que eso.

Vanessa.

La mujer que la miraba fijamente era todo lo que Samantha no era. Tenía el pelo rubio —tan puro que no podía ser artificial—, los pómulos muy marcados y los ojos de un azul brillante. Un par de piernas largas y delgadas asomaban bajo la falda, una pieza de seda hecha a medida que nunca había colgado de la percha de un centro comercial.

Bueno, al menos Blake

tenía buen gusto con las mujeres, eso era innegable.

—Ya sabes quién soy.

Vanessa van Buren no parecía la típica amante despechada capaz de presentarse sin avisar, o al menos así lo había creído Samantha. Desde la distancia quizá, pero para llamar a la puerta se necesitaban agallas. Ella habría apostado por Jacqueline, que era una mujer mucho más escandalosa.

Pero se equivocaba.

—Y tú sabes quién soy

yo.

Vanessa miró a Sam de arriba abajo y una sonrisa le rozó las comisuras de los labios. Vanessa vestía de Gucci mientras que ella lo hacía de Target. Una vez, cuando Samantha era más joven, antes de la caída en desgracia de su padre, una amiga le había dado un consejo. Le dijo: «No te metas en batallas sin tener un arsenal completo». Por aquel entonces, Samantha y una de sus enemigas del instituto estaban intentando captar la atención del mismo

chico. Desde aquel día, nunca salía de su casa sin maquillar o sin una etiqueta de marca colgando de la espalda.

Samantha bajó la mirada, vio los pantalones cortos de algodón que llevaba y la camiseta con el lema «Los corredores mantenemos el ritmo» y no pudo reprimir una mueca.

—¿Me vas a invitar a entrar?

Ni en un millón de años.

—No veo para qué.

Vanessa dio un paso al

frente y entró de todos modos. Samantha consideró la opción de detenerla, pero para ello habría tenido que retenerla físicamente. Una imagen así en la portada de las revistas no era precisamente lo que Blake y ella necesitaban.

Samantha cerró la puerta y le bloqueó el paso para que no avanzara.

—Hasta aquí es más que suficiente.

—No tardaré mucho.
—Vanessa miró a su alrededor. A pesar de la situación, aquella mujer era

capaz de mantener un control férreo sobre la ira que se desprendía de su voz —. ¿Qué puede haber visto Blake en ti?

Sam se cruzó de brazos.

—¿Siempre llevas las garras puestas? ¿O te las quitas por la noche?

—Muy lista. ¿Sabías que se acostó conmigo no hará ni dos semanas?

A Samantha se le ocurrieron un montón de respuestas, pero consiguió controlarse.

—Blake y yo nunca hemos querido hacerle daño

a nadie. —Sam concentró todas sus fuerzas en evitar la imagen de Blake y Vanessa bailando un tango desnudos sobre la cama.

—Blake siempre hace daño a todo el mundo... antes o después. Lo descubrirás pronto.

—Creo que deberías irte. —Samantha se moría de ganas de dejar de ser educada. Aquella no era una mujer enamorada, era una serpiente preparándose para atacar.

—¿Sabe lo de tu padre? ¿Lo de la sórdida familia

—Hablas como una mujer desesperada, Vanessa, y he de decirte que no te favorece.

La sonrisa de la otra mujer se desvaneció.

—No hay nada en mí que se parezca remotamente a la desesperación. Tú, en cambio, eres la viva imagen.

—Ding, ding. Fin del asalto. —Samantha abrió la puerta de par en par, sin importarle quién tomara la foto—. Muévete o te pateo los Prada con mis Nike.

El corazón le iba a cien por hora, tanto que le

apetecía propinarle una buena patada.

—Ten cuidado, no sabes con quién estás tratando.

Samantha se acercó a ella tanto como pudo sin llegar a tocarla.

—Señorita, no tienes ni idea de qué soy capaz. Y pensar que cuando Blake me habló de lo vuestro, sentí pena por ti. Qué pérdida de tiempo. No sé en qué estaría pensando Blake.

Los ojos de Vanessa rezumaban veneno. Sin mediar palabra, dio media

vuelta, se puso unas gafas de sol oscuras y salió disparada hacia el deportivo rojo que la esperaba aparcado en la calle.

Samantha no estaba dispuesta a aceptar cuánto le había afectado aquella conversación, así que, en lugar de dar un portazo, cerró la puerta tras ella y se apoyó en el marco. Cuando la violencia del encuentro se filtró en su torrente sanguíneo, las manos empezaron a temblarle descontroladamente.

Oyó el sonido de la

gravilla bajo las ruedas de un coche.

—Muy bonito.

Se apartó de la puerta y fue a buscar el bolso. No le apetecía hablar, así que cogió el móvil, escribió un mensaje y se lo mandó a Blake.

«¿Gano algo si tengo razón?», le preguntó a su marido.

Mientras esperaba una respuesta, cerró la puerta con llave, subió las escaleras y se dirigió hacia la ducha.

El móvil vibró justo en el momento en que pisaba el

último escalón.

«¿Razón en qué?»

«Acabo de conocer a la víbora rubia. No sé qué pudiste ver en ella además de lo obvio.» Y puesto que no estaba segura de poder hablar, añadió: «Me meto en la ducha, hablamos después».

Sam tiró el teléfono encima de la cama y se dirigió al lavabo. Poco a poco, empezaba a recuperar la compostura. Observó su imagen reflejada en el espejo del lavabo. La niebla de primera hora de la

mañana había causado estragos en su pelo y encima todavía tenía las mejillas coloradas.

—Qué desastre.

Oyó el sonido del teléfono en el dormitorio pero lo ignoró. Luego se quitó la camiseta y la metió en la cesta de la ropa sucia. Las palabras de su amiga del instituto resonaban en su cabeza: «Arsenal completo».

—¿Sabes qué, Blake? Creo que te haré caso con lo de la tarjeta de crédito.

Con mujeres como Vanessa plantándose en la

puerta de su casa, lo mínimo que podía hacer era vestirse adecuadamente para la batalla. Había nacido en una familia pudiente y conocía las normas del juego, solo que había escogido no participar.

Hasta ahora.

Blake se frotó la cara por millonésima vez aquel día. El mensaje de Samantha lo había dejado descolocado y todavía no había podido hablar con ella.

¿En qué demonios estaba pensando Vanessa? ¿Qué le había dicho a su mujer? No llevaba ni una semana casado y ya tenía que pensar en la forma de mantener a su esposa y a sus amantes separadas. Blake ni

siquiera había hablado con Vanessa desde el día en que puso el anillo en el dedo de Samantha. Había intentado llamarla, una única vez, pero cuando el mayordomo le dijo que su señora no aceptaba llamadas, pensó que ya no tenían nada más que decirse.

Jacqueline le había enviado un frío «Lámame cuando te canses de ella».

¿Y qué había querido decir con «víbora»? Nada bueno, seguro.

Maldita sea. Si no tuviera que pasarse un día

entero volando, ahora mismo se montaría en su avión privado, aunque tomar decisiones precipitadas nunca había sido su estilo. El plan era volver a Estados Unidos el domingo por la tarde para recoger a su mujer y escoltarla de vuelta a Europa.

A menos que Samantha le necesitara antes, se mantendría fiel al plan original. La idea de verla seguía despertando en él un sentimiento que le dejaba sin respiración. Las conversaciones que

mantenía con ella por teléfono le alegraban el día de una forma que jamás hubiera imaginado. Tanto flirteo acabaría convirtiéndose en un problema en cuanto estuvieran en el mismo país. Un océano de por medio parecía una distancia segura. Quizá por eso últimamente tenía la sensación de estar abriéndose a ella. Para él, las mujeres siempre habían sido un juego al que no podía negarse a jugar. Primero a atraerlas, lo cual no le resultaba difícil, y luego a

seducirlas. Aunque hasta entonces nunca se había marcado un tiempo máximo, sus relaciones solían durar de media entre seis meses y un año. Sin embargo, la atracción que sentía por ellas solía apagarse mucho antes. Blake no conocía la monogamia, un rasgo que sin duda había heredado de su padre.

Con Samantha no le hacía falta jugar. Por primera vez en su vida adulta, se sentía cómodo siendo honesto con el sexo opuesto.

Su teléfono le avisó de la llegada de un mensaje con un pitido.

—Sam —susurró Blake, esperanzado.

Pero no era ella, sino un mensaje del banco informándole de los movimientos de la tarjeta que le había dado a su mujer.

Quizá al final la visita de Vanessa serviría para algo, pensó. Comprobó la cantidad del cargo y sonrió. De pronto recordó el comentario de Samantha acerca de que las mujeres

eran criaturas emocionales. Al parecer, su esposa no era inmune del todo.

Las épocas más traumáticas en la vida de una persona a veces despiertan en ella un sexto sentido sobre las cosas que la rodean, o al menos eso era lo que creía Samantha. Y es que nadie podía negarle que, a pesar de lo joven que era, había sufrido más que muchos otros en dos vidas.

Pronto la chusma de la prensa rosa la sustituyó por la sensación del momento,

una actriz que por culpa de las drogas y del mal comportamiento había dado con sus huesos en la cárcel. Gracias a Dios, se olvidaron de la nueva duquesa que vivía en las afueras de Tarzana, aunque Samantha no dejó de sentirse observada, de notar el peso de unos ojos ajenos sobre ella.

Y empezaba a estar harta.

El último año de libertad de su padre había sido exactamente así. Samantha descubrió a varios

estudiantes nuevos en el campus a los que luego nunca veía en clase pero que se cruzaban con ella continuamente. Coches oscuros seguían a su descapotable y aparcaban al otro lado de la calle. Los teléfonos de casa emitían un sonido cada vez que levantaba el auricular, una especie de clic. Llegó al extremo de vestirse en el lavabo o en el enorme vestidor de su dormitorio como medida de privacidad.

Blake no le había dado los detalles de quién sería el

encargado de vigilar su matrimonio durante el año siguiente, solo que alguien lo haría. El tiempo que pasaran juntos debería resultar convincente y el que estuvieran separados, difícil para ambos. Sam imaginaba que las llamadas diarias de Blake eran una forma de medir su afecto hacia ella. Al menos en los registros telefónicos aparecería una llamada cada día.

Samantha convenció a su esposo de que la visita de Vanessa no le había afectado. Aquella era

seguramente la única verdad a medias que le había contado hasta la fecha. No tenía por qué saber hasta qué punto le había hecho ver las cosas desde otra perspectiva. Claro que la tarjeta de crédito hablaba por sí misma. Samantha no tenía nada que envidiarle al personaje de Julia Roberts en *Pretty Woman*. Trajes de firma, vestidos, zapatos y bolsos. Se había pasado medio día sentada en un salón de estética haciéndose la manicura, la pedicura, un tratamiento facial y

cortándose el pelo. Un par de sombreros de ala ancha y unas gafas de sol oscuras la ayudarían a pasar inadvertida, aunque la sensación de saberse observada no la abandonaba en ningún momento.

—Te estás volviendo una paranoica —se dijo Samantha mientras corría las cortinas de casa a primera hora de la tarde del viernes.

Miró el reloj y calculó qué hora sería en Europa. Siempre era Blake quien llamaba, así que pensó que quedaría bien tomar la

iniciativa si, como creía, alguien le había pinchado el teléfono. Levantó el auricular del fijo y cogió un papel del escritorio en el que había apuntado el número de su casa.

Un tono, seguido de un clic, y un segundo tono.

Samantha se quedó petrificada.

Conocía aquel sonido, lo recordaba muy bien. Colgó el auricular y consideró sus opciones. Llamar a Blake con el móvil era una, pero por lo que sabía había una cámara

vigilándola y un micrófono escondido en algún punto de la casa. Menos mal que la mayoría de sus últimas conversaciones con Blake habían tenido lugar en la calle y siempre por el móvil.

Salir de casa para hacer la llamada era otra opción.

Y luego estaba la número tres. Si la persona que le había pinchado el teléfono esperaba escuchar una discusión sobre un matrimonio falso, la decepción sería mayúscula.

El Gobierno ya había invadido su privacidad en el

pasado con resultados terribles para su familia. Esta vez Samantha no se jugaba tanto, pero no tenía intención de permitir que nadie se quedara lo que por derecho era de Blake.

Le gustase o no, Blake era su marido, y seguiría siéndolo las próximas cincuenta y tres semanas.

Samantha se quitó los zapatos y volvió a levantar el auricular inalámbrico del teléfono. Con el móvil en la otra mano, primero envió un mensaje.

«¿Estás en casa?»

El móvil vibró. «Por primera vez en toda la semana.»

Empezó a marcar de nuevo el número. «Ten el móvil cerca y sígueme la corriente.»

Blake miró la pantalla del teléfono y sacudió la cabeza.

—¿Que le siga la corriente? ¿Qué se supone que quiere decir eso? —Se disponía a escribir la pregunta cuando de pronto sonó el teléfono fijo. Lo cogió y oyó la voz grave de Samantha prácticamente

ronroneando al otro lado de la línea.

—Hola, cariño.

¿Cariño? ¿A qué venía eso? Abrió la boca dispuesto a preguntar, pero Samantha siguió hablando, cada sílaba más insinuante que la anterior.

—¿Qué tal el día?

—Ocupado. Tengo ganas de tomarme medio día libre mañana. —El móvil de Blake vibró. «¿Has oído ese clic en la línea?»

Leyó la pregunta de Samantha y empezó a responder en voz alta.

—Samantha, ¿qué está...?

—Dios, cómo te echo de menos. Ojalá me llegue pronto el pasaporte y podamos reunirnos.

Blake abrió los ojos como platos. No parecía que Samantha hubiera estado bebiendo, aunque le gustaba la idea de que le hubiera echado de menos. Aun así, era capaz de reconocer una mentira cuando la oía.

«Alguien me ha pinchado el teléfono. Sigue hablando.»

—¿Qué? —¿Le habían

pinchado el teléfono?

—He dicho que te echo de menos —respondió la voz entrecortada de Samantha.

—Yo también te echo de menos —le susurró él mientras tecleaba «¿Qué coño está pasando?»

Samantha se rió.

—¿Sabes en qué llevo pensando todo el día?

Su voz de línea erótica se confundía con los mensajes de texto y Blake empezaba a perder el norte. Si alguien le había pinchado el teléfono, eso significaba

que habían estado en su casa. De pronto, empezó a dolerle la mandíbula de la tensión y sintió un calor muy intenso en su interior. Estaba demasiado lejos para llegar hasta ella.

—No, ¿por qué no me lo cuentas?

«Me vigilan. Creo que alguien nos escucha ahora mismo.»

—Pues he estado pensando en esa sonrisa tan sexy que tienes.

Blake respiró profundamente antes de seguir con el mensaje que

estaba escribiendo.

—¿Crees que mi sonrisa es sexy?

—Sabes que sí. Echo de menos ver la sonrisa en tus ojos cuando estamos juntos.

Blake sabía que aquellas palabras eran para la persona que estaba escuchando la conversación, pero no por ello era menor el efecto que causaban. Samantha no era actriz, pero lo estaba haciendo de fábula.

«Tengo que sacarte de ahí.»

—¿Sabes qué es lo que

yo echo de menos de ti? — preguntó Blake, siguiendo el hilo de la conversación.

—Dime.

«Estoy de acuerdo contigo», respondió ella.

Blake se sorprendió de que accediera sin oponer resistencia.

—¿Qué?

—Que me digas qué echas de menos de mí —le recordó Samantha.

Blake dejó el móvil a un lado y se concentró en sus palabras.

—Echo de menos tu pelo salvaje sobre mi

almohada. —No era la primera vez que imaginaba aquella estampa, a pesar de que nunca la había presenciado... todavía—. La forma en que te humedeces los labios justo antes de besarme.

—¿En serio? —La voz de Samantha era aún más grave.

—Echo de menos el olor a lavanda de tu piel. Voy a hacer que los jardineros planten lavanda para que, cada vez que pase por allí, me acuerde de ti. —
¿De dónde había salido eso?

¿Y desde cuándo era un poeta?

El teléfono permaneció en silencio unos segundos.

—¿Samantha? ¿Sigues ahí? —Miró la pantalla del móvil para comprobar si le había enviado otro mensaje, pero no era así.

—Sigo aquí. Es que... necesito tenerte cerca. Tal vez debería mudarme a tu casa de Malibú.

Blake sonrió.

—Me alegro de que al fin estés de acuerdo.

—Todo ha pasado tan deprisa. Pensé que lo mejor

sería hacer las cosas poco a poco. Ahora me parece una tontería.

—Eres una mujer independiente y lo entiendo, pero pasaremos parte del tiempo en Europa y parte allí. Lo mejor para ti sería que te sintieras cómoda en ambos lugares. Así al menos sabré dónde estás cuando estemos separados. —Lo curioso era que hasta la última palabra de lo que acababa de decir era verdad. Sin embargo, si no hubiera otro par de orejas escuchando la conversación,

probablemente nunca le habría dicho nada.

—Eres... ¡Mierda! —La palabrota salió despedida de su boca con la fuerza de una explosión.

Blake sintió que el vello de la nuca se le ponía de punta.

—¿Qué pasa?

—Me he dado un golpe en el dedo gordo. —Parecía cabreada, pero no herida.

El móvil volvió a vibrar. «He encontrado una cámara.»

—¿Qué haces? —preguntó Blake. Se puso en

pie y empezó a pasear por la habitación.

—Estoy escogiendo unos libros para llevármelos a tu casa. ¿A qué hora llegas el domingo? —Si no hubiese estado atento, no habría percibido el temblor en la voz de Samantha. Buscó el teléfono de Neil en la agenda del móvil y le mandó un mensaje urgente. «¡Encuentra a Sam ahora mismo! Te llamo en unos minutos.»

—Voy a reorganizar mis planes para coger el avión antes. —Antes

significaba esa misma noche.

—No hace falta —dijo ella.

—No estoy de acuerdo. Llevamos demasiado tiempo separados. —Y era totalmente cierto, aunque lo hubieran acordado por contrato.

Samantha suspiró.

—Hoy no vas a conseguir que discuta contigo.

—Te llamo luego.

—No hagas ninguna tontería —le dijo Samantha—. Estoy bien.

Pero Blake no lo estaba. Alguien espiaba a su esposa, escuchaba sus conversaciones, la observaba. Y eso, para alguien cuyo objetivo era pillarlos en una mentira, suponía llevar las cosas demasiado lejos.

—Estaré ahí por la mañana.

—Te espero con los brazos abiertos.

Blake sonrió y colgó el teléfono.

«Coge lo que necesites para hoy y mañana. Neil está de camino.»

Blake llamó a su guardaespaldas y le explicó la situación. La siguiente llamada fue al piloto de su avión privado. Frustrado, se pasó las manos por el pelo una y otra vez mientras ultimaba los preparativos antes de marcharse. De pronto, su matrimonio a distancia estaba en peligro. Su cerebro zumbaba con una urgencia que le hacía golpear repetidamente el suelo con el pie o frotarse las manos como si quisiera rodear con ellas el cuello de alguien. ¿Sería su primo

capaz de arrastrarse a ese nivel? ¿O estaba Vanessa tan ofendida que quería vengarse a cualquier precio? Tampoco podía eliminar a Parker y Parker de la corta lista de sospechosos porque, en caso de que pudieran descubrir el fraude, ganarían una cantidad considerable de dinero.

Veinte minutos más tarde, mientras se dirigía hacia el aeropuerto, recibió una llamada.

—¿Samantha?

—Sí, soy yo. —Parecía agotada, exhausta—. Estoy

en tu casa.

—Entonces podemos hablar. El sistema de alarma detecta la presencia de micrófonos. ¿Cómo lo llevas?

Samantha suspiró.

—Estoy cabreada. Pensaba que los días de teléfonos pinchados y cámaras ocultas estaban más que superados. ¿Quién está dispuesto a llegar tan lejos, Blake?

—Llevo haciéndome esa misma pregunta desde que me has llamado. Tengo a mi equipo trabajando en

ello. Lo averiguaremos.

—Si hay algo en lo que pueda ayudar dímelo. Quienquiera que sea el responsable tiene en mí a una enemiga.

La chispa que transmitía su voz era mejor que el tono derrotado de hacía un momento. Su mujer era capaz de convertirse en un volcán cuando la acorralaban.

—Llegaré de madrugada. ¿Qué dormitorio has escogido?

—Ah, vaya, no... no estaba segura de quién sabe

lo nuestro por aquí, así que le pedí a Neil que pusiera mis cosas en tu suite — balbuceó Samantha—. Puedo mudarme a otro dormitorio si quieres.

Blake imaginó su cabeza sobre la almohada, los ojos cerrándose lentamente entre las sábanas de su cama.

—No te cambies. Tienes razón. Confío en mi personal, pero no creo que debamos avisarlos.

—¿Estás seguro? — Volvía a parecer vulnerable. El deseo de tenerla entre sus

brazos y rodearla con todas sus fuerzas era tan poderoso que casi resultaba doloroso.

—Por favor. Insisto.

A esas alturas ya sabía que lo mejor era no exigir. Samantha cogía sus órdenes y se las tiraba a la cara siempre que tenía ocasión. Preguntar educadamente era algo nuevo para él, pero iba mejorando la técnica con el paso de los días.

—Está bien. Nos vemos por la mañana.

Colgó y empezó a dar golpecitos con el dedo en el teléfono. La imagen de

Samantha enroscada en posición fetal en su cama, con los ojos abiertos de par en par por culpa del miedo, se le antojaba asfixiante. Hundió las uñas en las palmas de sus manos. Quienquiera que fuese el responsable de aquello, había cometido un error imperdonable. Aplastaría sin miramientos a la persona capaz de violar la privacidad de su esposa hasta esos extremos. Paparazzi en la vía pública, alguien escuchando una conversación ajena en la

cola de una tienda, vale, pero ¿esto? ¿Y si también había una cámara en su dormitorio? ¿Y si alguien la había observado mientras se vestía, mientras se duchaba?

No era de extrañar que Samantha pareciera asustada.

Cuanto más pensaba en ello, más le costaba mantener la cabeza fría.

A medio camino entre el recuerdo y el sueño, el cerebro somnoliento de Samantha filtraba imágenes de sí misma caminando por

el campus, con una mochila colgando del hombro.

Alguien la seguía. No era la primera vez que veía a aquel hombre, pero no conseguía situar su cara. El pánico insuperable había empezado el día en que compartió sus pensamientos más profundos con su profesor de comercio.

En lo más remoto de su mente, Samantha sabía que estaba soñando. Sabía hacia dónde se dirigía el sueño e intentó detenerlo por todos los medios.

Una imagen del

dormitorio de su infancia cruzó su mente. Una conversación cándida con un amigo en quien confiaba. Su madre, aún con vida, diciéndole que tuviera cuidado con lo que decía.

Jordan, con un sujetador de deporte, riéndose de algo que Buster, el perro de la familia, hacía.

Todas esas instantáneas mezcladas formaban un ovillo en el pecho de Samantha.

Dos hombres vestidos de negro y con una placa en la mano se la llevaban de

clase para interrogarla, solo que en lugar de preguntarle dónde estaba su padre o qué estaba haciendo, le preguntaban por Blake.

—Lo que está haciendo es ilegal, Samantha. Miles de personas sufren por su culpa.

¡No! Se enfrentó al sueño, deseando que las imágenes cambiaran.

Pero no se detuvieron y el miedo se adentró en su corazón.

Samantha se incorporó de un salto respirando entre jadeos y con el corazón

latiendo desbocado. En una décima de segundo, Blake se levantó de la silla en la que estaba durmiendo y corrió a su lado.

—Sam, ¿estás bien? — le preguntó, mientras la sujetaba por los brazos para calmarla.

Ella asintió, intentando recuperar el aliento.

—Una pesadilla.

—Estás temblando. — Sin saber qué decir, rodeó su cuerpo con los brazos y la atrajo hacia su pecho.

Apartarse seguramente habría sido lo mejor, pero

Samantha se había quedado sin energía. Respiró el profundo aroma a masculinidad con unas notas de pino, que siempre seguía a Blake por dondequiera que fuese. Desde tan cerca era mucho más intenso, más poderoso. Samantha se apoyó en él y cerró los ojos. Él le frotó la espalda y le acarició el pelo.

—No pasa nada —le susurró.

La fuerza del sueño le había dejado una mella imborrable en el corazón. Los recuerdos de su madre

aún viva, de su hermana sana. Todo había desaparecido.

Y era culpa suya.

Blake siguió abrazándola durante horas, o eso le pareció a él. Cuando finalmente Samantha retiró la cabeza de su pecho, se dio cuenta de que él iba vestido con una camisa de vestir y unos pantalones de pinzas. Lucía una barba incipiente y su mirada destilaba preocupación. A pesar de su atractivo, esta vez parecía cansado.

—Ya estoy mejor —le

dijo.

Se había apartado de él, pero Blake no la soltaba y le acariciaba la línea de los brazos antes de entrelazar los dedos con los suyos.

Una poderosa sensación de pertenencia, de saberse anclada a alguien, se apoderó de ella. Los ojos de Blake se movían por su cara como si buscaran signos físicos de agresión. Su preocupación por ella la dejó sin respiración y la atracción que hasta entonces había sentido creció de pronto en su interior. Se sentía

vulnerable, pero sabía que lo mejor era no tontear con él ni recordarle que estaban en su cama y que ella solo llevaba un camisón ligero.

Para romper el contacto visual, Samantha miró hacia el otro extremo del dormitorio.

—¿Estabas durmiendo en esa silla?

—Solo quería ver cómo estabas. Debo de haberme quedado dormido.

Pero sus zapatos descansaban junto a la silla y el abrigo sobre el respaldo.

—¿Qué vamos a hacer?

Alguien está tomando medidas desesperadas para descubrir nuestra mentira.

—Han ido demasiado lejos —dijo Blake, y sus manos se tensaron sobre las de ella. Samantha le devolvió el apretón.

—¿Y qué hacemos ahora? Irme de casa no mantendrá alejado por mucho tiempo al que esté detrás de todo esto. Los federales vigilaron nuestra casa durante más de un año mientras investigaban el caso. No tenemos forma de saber si alguien nos vigila o

nos escucha a todas horas.
—La posibilidad de tener que pasarse un año esquivando cámaras y micrófonos ocultos le provocaba dolor de cabeza.

—Descubriré quién ha hecho esto. Que yo sepa, sigue siendo ilegal colarse en casa de alguien para grabar su vida.

—Puede que sea ilegal, pero eso no los detendrá. Tenemos que convencerlos de que están perdiendo el tiempo. De lo contrario, en algún sitio, cuando menos lo esperamos, alguno de los

dos meterá la pata y se le escapará que este matrimonio es algo temporal. Tú perderás tu herencia y será por culpa mía.

Blake entornó los ojos e inclinó la cabeza.

—¿Por qué culpa tuya? Los dos dijimos «Sí, quiero» por los motivos equivocados.

Samantha temía que pudiera intuir los pecados del pasado en sus ojos, así que retiró las manos de las de Blake y se llevó las rodillas al pecho.

—Tal vez no sea todo culpa mía... —dijo, con la mirada perdida a lo lejos.

Blake se interpuso en su campo de visión y apoyó una mano en su rodilla. El calor que desprendía su piel subió por la pierna de Samantha hasta que toda su atención se concentró en su marido, el hombre que estaba sentado junto a ella.

—Ahora que conocemos las normas del juego, tenemos que ganar utilizando sus términos. Usaremos las cámaras para demostrarles lo equivocados

que están.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso?

Blake disimuló una sonrisa. La preocupación había empezado a desvanecerse en los ojos de Samantha.

—Iremos los dos a tu casa a recoger tus cosas. Antes enviaré a un equipo para que averigüe si hay más cámaras escondidas.

—¿No será demasiado evidente?

—¿Fue evidente cuando ellos se colaron en tu casa para instalarlas?

Samantha llevaba toda la noche pensando en ello. Los tipos de la compañía de teléfono eran los únicos que habían entrado en su casa desde que Blake y ella se habían casado.

—No.

—Encontraremos las cámaras y actuaremos para ellos.

—¿Actuaremos para ellos? —repitió ella, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

Blake le cogió un mechón de pelo y lo sujetó detrás de su oreja. El

contacto de sus dedos sobre la piel levantó chispas, una corriente eléctrica que también él sintió. Podía verlo en sus hermosos ojos grises.

—¿Tan duro te resultaría volver a besarme? ¿Para la cámara?

Samantha se humedeció los labios sin dejar de mirarle fijamente mientras hablaba.

—¿Un beso?

La mano de Blake le acarició la mejilla.

—Quizá unas caricias subidas de tono. Seguro que

en la habitación hay algún punto donde escondernos de las cámaras. Que la persona que esté viendo las imágenes se imagine el resto.

Samantha se preguntaba cómo sería estar entre sus brazos. Había pensado en la posibilidad de volver a besarlo desde el día de la boda.

—¿Y qué demostraríamos con eso? — preguntó, ignorando el pulgar de Blake, que le acariciaba la mejilla y evocaba imágenes eróticas de sus manos sobre otras

partes de su cuerpo.

—Demostraría que hay intimidad entre nosotros, que disfrutamos el uno del otro lejos de las miradas de la gente. Mientras crean que no sabemos nada de las cámaras, estoy seguro de que funcionará. ¿Qué me dices, Samantha? ¿Aceptas el reto?

Ella apartó los ojos de sus labios y descubrió que la estaba mirando. Sabía cómo enrolarla en su causa y prepararla para la batalla.

—Cuenta conmigo.

La suave curva en los

labios de Blake se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—Esa es mi chica. Ahora, ¿por qué no le pides a la cocinera que te prepare el desayuno mientras yo intento recuperar un par de horas de sueño? Cuando me levante haremos una escapada a tu casa. Así mis hombres dispondrán del tiempo necesario para encontrar los micrófonos.

Apoyó una mano en la cama y se levantó de un salto.

—Blake, ¿y qué pasará

mañana? ¿Y pasado? ¿Cómo vamos a mantener esto durante todo un año?

—Día a día, preciosa. Somos dos personas inteligentes con un mismo objetivo. Ya se nos ocurrirá algo.

6

Había cámaras en la sala de estar, en la cocina y en los dos dormitorios. Ya sabían lo de la línea telefónica. Según los hombres de Blake, el coche estaba limpio.

Pero, ¡maldita sea!, alguien la había estado espiando mientras se vestía o mientras dormía. Samantha le contó a Blake la conversación que había tenido con Eliza, las únicas palabras que habían salido

de su boca que podrían esconder una pista sobre la falsedad de su matrimonio. Seguramente los tipos que se hacían pasar por técnicos de telefonía habían sido los responsables de instalar las cámaras. O quizá alguien se había colado mientras ella salía a correr.

Después de eso, todas las conversaciones habían sido por teléfono y normalmente fuera de casa. Tampoco es que importara mucho. Solo habían hablado de la recepción y de la gente que conocería allí. Lo cierto

es que hablaban como lo haría una pareja de ancianos, lo cual era sorprendente teniendo en cuenta que apenas se conocían.

Blake condujo su coche mientras Sam, sentada a su lado, le indicaba el camino hacia su casa.

A medida que se iban acercando, la realidad de lo que estaban haciendo se extendió por todo el cuerpo de Samantha.

—No paras de mover las manos —le dijo Blake—. ¿Hay algo que no te parezca bien?

—¿Sinceramente? —

preguntó ella, a pesar de que conocía la respuesta.

—Siempre.

—Besarte.

Él la miró un instante a través de los cristales de las gafas y rápidamente fijó los ojos de nuevo en la carretera.

—¿No te parece bien besarme?

—No —respondió Samantha sin pensar—. Es decir, sí.

A Blake se le escapó la risa.

—¿En qué quedamos?

—Ejem. ¿Y si me quedo atascada? ¿Y si no parezco convincente? —¿Y si metía la pata y le daba a la cámara exactamente lo que aquella gente buscaba y Blake perdía la herencia?

Blake levantó una mano del volante y cubrió con ella las de Samantha, que estaban heladas.

—¿Samantha?

—Sí.

—Relájate. Deja que me ocupe de todo.

Ella sacudió la cabeza.

—No estoy acostumbrada a que los

hombres tomen el mando de mi vida.

—Lo sé. Pero puedes confiar en mí.

Y Samantha quería hacerlo, pero cuando se detuvieron frente a su casa le temblaban las manos. Blake sacó la llave del contacto y se volvió hacia ella.

—Entremos y empecemos a recoger tus cosas.

—¿Vas a besarme en cuanto entremos? —Dios, tenía que saberlo para estar preparada.

Blake se inclinó hacia

ella y se quitó las gafas de sol.

—Ven aquí —le susurró, sin apartar la mirada de sus labios.

Ella se acercó, creyendo que querría susurrarle algo importante.

En vez de eso, Blake se inclinó hacia su asiento y posó suavemente sus labios en los de ella. El calor fue instantáneo, una corriente que se extendió por su cuerpo hasta los dedos de los pies. Cerró los ojos y se dejó llevar hasta que de repente él se retiró.

—Besarnos será la parte más sencilla —le dijo Blake a escasos centímetros de sus labios—. Separarnos será lo difícil.

Blake deslizó el pulgar por el labio inferior de ella antes de darse la vuelta y abrir la puerta.

Samantha bajó del coche. Le temblaban las piernas y tuvo que apoyarse en el brazo de Blake para mantenerse erguida. Él observó el edificio durante unos segundos con una profunda mirada de desaprobación.

—El barrio no parece seguro. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Dos años —
respondió ella mientras introducía la llave en la cerradura y abría la puerta.

Entraron en el recibidor y Samantha dejó el bolso sobre la mesa.

—Tengo algunas cajas en una caseta, en la parte de atrás.

—Yo traeré las del coche.

Mientras se alejaban en direcciones opuestas, Samantha no pudo evitar

que sus ojos se detuvieran durante un segundo en la cámara que sabía que se escondía entre los libros de una estantería. Pasó frente a ella, se dirigió hacia la caseta por la puerta trasera de la cocina y regresó con un puñado de cajas polvorientas de distintos tamaños. Las dejó sobre la mesita de la sala de estar y miró a su alrededor.

Blake volvió del coche con media docena de cajas más sin montar y un rollo de cinta de embalar.

—¿Por qué no usamos

esas que están limpias para la ropa? —sugirió Samantha.

—Me parece bien —respondió él, mirando hacia lo alto de la escalera.

Samantha se dirigió al dormitorio e indicó a Blake que dejara las cajas sobre la cama para luego montarlas una a una. Con un poco de cinta de embalar, pronto estuvieron listas para ser utilizadas.

—¿Por dónde quieres que empiece? —preguntó Blake.

—Por el armario.

Tras unos primeros minutos guardando cosas en las cajas, Samantha se olvidó de las cámaras y se puso manos a la obra con la ropa de la cómoda. Buscó una goma de pelo sencilla y se recogió la melena para que no le molestara.

—¿Debería preocuparme por todos estos zapatos que hay aquí? — preguntó Blake desde el armario.

—Fuiste tú el que me animó a ir de compras — respondió Samantha entre risas.

—Parece que no tendré más remedio que contratar a alguien para que te construya un vestidor para ti sola —se quejó Blake, aunque en su voz se escondía una sonrisa.

—A las mujeres nos encanta la ropa.

—Y parece que los zapatos también. Dios, no creía que se pudieran necesitar tantos.

Samantha guardó las braguitas que tenía en la mano en una caja y cogió más del cajón.

—Soy bajita, por si no

te has dado cuenta. Necesito tacones para ver cómo vivís el resto de la humanidad.

Esta vez la voz de Blake sonó más cerca.

—No eres bajita —le dijo.

Samantha se dio la vuelta y vio que Blake tenía unos tacones de diez centímetros en la mano.

—Pues verticalmente impedida, si te gusta más. — Se puso en pie para demostrarlo—. ¿Lo ves? — De pie junto a él, su cabeza apenas le rozaba la barbilla —. ¡Bajita!

Los ojos de Blake parecían atraerla hacia su cuerpo.

—No cambiaría absolutamente nada en ti.

Levantó una mano, le quitó la goma del pelo y le acarició las puntas. De pronto, fue como si Samantha se olvidara de respirar. Cuanto más se acercaba él a su espacio personal, menos aire entraba en sus pulmones. Blake se inclinó sobre ella; Samantha inclinó la cabeza y permitió que su boca se moviera sobre la suya. Él dejó caer

una mano y le rodeó la cintura, sujetándola con fuerza contra su cuerpo.

Cuando Blake ladeó la cabeza para besarla con más fuerza, los pechos de ella se aplastaron contra su torso firme. Sus lenguas se encontraron y de pronto Samantha recordó que las cámaras lo estaban grabando todo. Se puso tensa al instante, pero Blake se negó a soltarla. Entonces deslizó una mano por la espalda de Samantha y cubrió con ella una de sus nalgas.

El cuerpo de Sam se

cargó de energía. La lengua de Blake inició una lenta danza con la de ella. El olor a pino que desprendía y la calidez de su aliento la distraían de todo lo que la rodeaba, excepto de la sensación de saberse entre sus brazos, del tacto de sus manos.

Un líquido espeso empezó a acumularse en su vientre, mientras el deseo se encaramaba desbocado por su espalda. Hacía tanto tiempo que nadie la besaba que ya no recordaba lo increíble que era. ¿Y alguna

vez lo había sido tanto?
Seguramente no.

Blake gimió, o quizá fue ella, cuando los labios de él se apartaron de los suyos y recorrieron la línea de su mandíbula, la curva del cuello. Quizá solo estaba actuando para la cámara, pero estaba claro que su cuerpo no conocía las normas. El calor que desprendía la erección entre sus piernas le acariciaba el vientre, avivando el deseo que ya sentía.

—Te he echado de menos —le susurró Blake,

con la cara hundida en el pelo de Samantha.

Ella pasó los brazos alrededor de sus hombros y se agarró con fuerza a su camisa.

—Yo también te he echado de menos.

Sus ojos se encontraron y la chispa de picardía que vio en ellos le arrancó una sonrisa. Cuando su mano encontró la piel desnuda de la espalda de Blake, la mirada de él se oscureció. La besó de nuevo, esta vez con más desesperación. Samantha sintió que una

mano le cubría el pecho por encima de la tela de la camisa. Quería sentirlo más cerca, quería que probara la dulzura de su piel donde ahora solo sus manos se aventuraban.

—Oh, Dios —susurró. «Esto es peligroso.» El deseo que sentían era real, o al menos así se lo parecía a ella.

—¿Sabes qué quiero? —le preguntó Blake cuando sus labios se separaron.

—¿Qué? —dijo ella, mientras le besaba la mandíbula y empezaba a

desabrocharle los botones de la camisa.

Blake se agachó y la levantó en brazos.

Samantha gritó y se sujetó de sus hombros para no caerse.

—Quiero hacerte el amor en la bañera.

Samantha sonrió y cruzó los tobillos mientras Blake la sacaba de la habitación, lejos de miradas ajenas.

Cuando llegaron al lavabo, él la dejó de nuevo en el suelo y volvió a besarla. El espacio era

reducido y las piernas de Samantha chocaron con el mueble de formica barata. Blake la aupó hasta sentarla sobre el lavabo, sin que sus labios dejaran de bailar con los de ella ni un solo instante. Se colocó entre sus muslos y la empujó con la cadera para que el contacto fuera total.

En un rincón de su cerebro, Samantha oyó el sonido de la puerta al cerrarse, pero sus labios seguían irremediablemente pegados a los de Blake.

Estaban a solas. Sin

cámaras, sin ojos que los observaran.

El dulce consuelo de su boca abandonó los labios de Samantha para posarse en su sien. Ella gimió al darse cuenta de que el momento se había esfumado. Blake mantuvo los brazos alrededor de ella, firme en el abrazo. La realidad fue colándose gota a gota en el presente, mientras ambos luchaban por encontrar el valor necesario para controlarse.

No debería sentirse tan a gusto entre sus brazos, se

dijo Samantha. ¿Cómo iba a mantenerse alejada de su cama si insistían en jugar a la ruleta rusa? Intentó apartarse pero Blake no la soltaba.

—Dame un minuto — le susurró al oído, con la voz grave de puro deseo.

Samantha se apoyó en él y apartó los brazos de sus hombros. Permanecieron inmóviles durante varios minutos, en silencio. Blake le acarició la espalda con movimientos lentos y acompasados.

—¿No deberíamos

abrir el agua de la ducha? — preguntó finalmente Samantha, que no estaba muy segura de que Blake llegara a soltarla.

Él la miró a los ojos y arqueó las cejas.

—¿Eso es una invitación?

—Para la cámara — respondió ella apresuradamente.

¿Era decepción eso que acababa de ver brillando en sus ojos?

—Cierto. —Blake sacudió la cabeza y se liberó de los brazos de Samantha.

La temperatura de la habitación descendió rápidamente.

Apenas había espacio para los dos en aquel minúsculo lavabo, así que Samantha decidió no moverse de donde estaba y observó a Blake mientras este abría el grifo de la ducha. Una vez abierto, se dio la vuelta, apoyó la espalda contra la puerta e intentó sonreír, pero sus ojos no sonreían.

—Esto es una locura, ¿no crees? —le preguntó ella, desesperada por saber

cuáles eran sus pensamientos.

Él se pasó una mano por el pelo, un gesto que Sam empezaba a reconocer como un signo de estrés.

—Lo que es una locura es cuánto te deseo y cuánto esfuerzo invertimos en convencer a la gente de que nos acostamos cuando no lo hacemos.

Samantha intentó sonreír para quitarle hierro al asunto.

—Si lo dices así, parece hasta que estemos un poco locos.

El vapor de la ducha empezaba a llenar el lavabo. Por primera vez desde el día en que se habían conocido, un silencio tan ancho como el Gran Cañón se interponía entre ellos.

—¿Cuánto tiempo deberíamos quedarnos aquí dentro?

Blake miró hacia el teléfono de la ducha como si allí pudiera encontrar la respuesta.

—Bueno, si estuviera ahí dentro haciéndote el amor, dedicaría un buen rato a aprender cada centímetro

de tu cuerpo.

Samantha se mordió el labio e imaginó los de Blake dibujando senderos húmedos en su piel, presionándola.

—Si sigues hablando así, acabaremos teniendo problemas.

—Recuérdame por qué estamos aquí sentados, dejando que el agua caliente se pierda por el sumidero.

Ojalá lo supiera. Ah, sí. Estaban casados, pero la intimidad no entraba en sus planes.

—Porque los dos somos mercenarios y dormir

juntos no forma parte del plan general. Si actuamos impulsivamente podríamos arruinarlo todo. —Las palabras tenían sentido, pero su corazón se negaba a escuchar. La estancia estaba llena de vapor y la ropa empezaba a pegársele al cuerpo.

—Podemos cambiar los planes —sugirió Blake.

Su cuerpo reaccionó ante aquella posibilidad.

—¿Estás sugiriendo una aventura de un año? —
¿Sería capaz de algo así?

Esta vez la sonrisa se

extendió por su cara y le iluminó la mirada.

—Somos adultos con una atracción más que evidente.

Lo cual todavía la tenía alucinada. ¿Qué veía Blake en ella? Comparada con Vanessa o con Jackie —«perdón, Jacqueline»—, Samantha era un patito negro en un lago lleno de cisnes blancos. Quizá Blake se había dado cuenta de que estar casado durante un año entero iba a suponer un serio inconveniente para su vida sexual.

—Nunca me he embarcado en una aventura con una fecha de caducidad en mente.

—Yo tampoco. —
Mientras hablaba, se acercó a ella y puso las manos sobre el lavabo, una a cada lado de Samantha.

—¡Cierto! Entonces ¿por qué tus relaciones nunca duran más de entre seis y nueve meses?

—Casualidad.

—Mentiroso.

Blake abrió bien los ojos, fingiéndose horrorizado.

—Me ofendes.

—Algo me dice que se necesita más que eso para ofenderte.

Él deslizó un dedo desde la barbilla de Sam hasta su labio inferior.

—Me conoces tan bien. Somos muy parecidos, Samantha. ¿Qué tendría de malo una relación física satisfactoria con un principio y un final predeterminados?

Se acercó todavía más a ella y sus ojos se detuvieron en los labios. La atracción innegable que sentía por él le impedía pensar

claramente. Y eso era un problema. El sexo le nublabla la mente como el vapor que llenaba el lavabo. Se había casado con él por dinero, de acuerdo, pero ¿sería capaz de mantener el corazón al margen si empezaban a acostarse juntos?

—¿Siempre eres tan convincente cuando haces negocios?

—¿Te estoy convenciendo? —Sus manos encontraron la cintura de Samantha y sus dedos se hundieron en la carne.

—Preguntarme en este

estado no es justo. Lo sabes, ¿verdad?

La otra mano de Blake se posó sobre su muslo e inició una lenta ascensión.

—No suelo jugar limpio. Y tampoco juego si no estoy seguro de ganar.

Era una advertencia, un aviso que ella haría bien en escuchar.

De mala gana, Samantha detuvo la mano que subía por su muslo.

—Pensaré en ello —le dijo, porque decir no le habría resultado imposible y decir sí habría sido una

temeridad.

Una sonrisa de agradecimiento iluminó el rostro de Blake.

—Tomo nota.

Samantha lo apartó con las manos, saltó al suelo de un brinco y empezó a quitarse la camisa por la cabeza.

—¿Ya te lo has pensado?

Ella puso los ojos en blanco y tiró la prenda al suelo. Debajo llevaba un sujetador de encaje rosa.

—Dame tu camisa —le ordenó.

—¿Qué? —Blake no apartaba los ojos de sus pechos. «Los hombres son tan simples.» Bastaba con un par de tetas para dejarlos sin habla.

—Tu camisa.

Él parpadeó una, dos, tres veces, y luego desabrochó los botones de la camisa blanca que llevaba, dejando al descubierto un pecho puramente masculino.

Samantha apartó la mirada, rodeó a Blake y corrió la cortina de la ducha. El agua se había enfriado mientras hablaban, lo cual le

vino bien. Manteniendo el resto del cuerpo fuera del agua, metió la cabeza bajo el chorro para mojarse el pelo, temblando al sentir el contacto con el agua fría.

—¿Qué estás haciendo?

El pobre Blake no entendía nada. La certeza de haberlo sumido en un estado de semiconfusión le produjo un placer que solo una mujer podía comprender.

—Es una lástima que te lo hayas perdido, pero por si no lo recuerdas acabamos de hacer el amor en la ducha. Nos descubriríamos si

saliésemos de aquí totalmente secos. —Sus ojos se pasearon por el cuerpo de Blake hasta detenerse en la evidente erección que se escondía bajo sus pantalones —. Eso y... algún que otro detalle.

Blake miró hacia abajo y gruñó.

Samantha se puso la camisa de Blake. Tras abrochar los botones, se quitó el sujetador con cuidado y luego se agachó para quitarse también los vaqueros. Acto seguido, se incorporó, y la mirada de

deseo que vio en los ojos de Blake le pareció tan intensa que se sintió mal por él. El agua fría que le goteaba del pelo y se deslizaba por la espalda era la ayuda perfecta para mantener a raya la libido.

—Eres mala. —Las palabras de Blake le arrancaron una carcajada.

Él intentó cogerla, pero Samantha esquivó el envite y consiguió apartarse. Blake dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo.

—Date una ducha fría, Blake. Ya te he dicho que

me lo pensaría.

—Podría desnudarme y pensar en ello los dos juntos.

Ella se rió.

—Aunque accediera a tu propuesta, por absurda que sea, no sería ahora... No con una cámara en la habitación de al lado.

Blake se frotó las mejillas con las manos.

—Pero la idea es convencer a quien esté vigilándote de que lo hemos hecho. ¿Por qué no...?

—No va a pasar —lo interrumpió Samantha—. Date una ducha fría.

Vestida únicamente con unas braguitas y la camisa de Blake, Samantha salió del lavabo y sonrió mientras seguía empaquetando sus cosas.

Empaquetaron lo básico, sobre todo ropa y objetos personales que Samantha necesitaría todos los días. Luego Blake sugirió la posibilidad de contratar un servicio de mudanzas para que se ocupara del resto. Lo hizo frente a la cámara de la sala de estar. Con un poco de

suerte, quienquiera que hubiese instalado las cámaras intentaría llevárselas antes de que los de las mudanzas pudieran encontrarlas.

Neil ya había contratado a unos amigos suyos para que vigilaran la casa y grabaran a todo el que entrara o saliera de ella con el fin de encontrar al culpable y zanjar de una vez todo aquello.

De vuelta en la casa de Malibú, Blake informó a sus empleados de que todo lo que necesitara Samantha

debía ser convenientemente atendido cuanto antes. Tenía el mismo poder sobre su casa que él mismo y esperaba que la trataran como la duquesa que era. Para ella sería una forma de acostumbrarse a lo que vendría más adelante.

—Hace mucho tiempo que no tengo servicio —le dijo Sam cuando se quedaron a solas.

—No puedo permitir que mi mujer se ocupe de las tareas de la casa. —Estaba preparado para encontrar oposición, pero Samantha se

limitó a sonreír y no le llevó la contraria.

—Nunca me ha gustado fregar suelos, así que no esperes oír una sola queja de mi boca.

A Blake le agradó aquella sinceridad tan descarada incluso sobre las cosas más sencillas.

—De todas formas, no tendrás tiempo para eso —le dijo. Se sentaron en la terraza de la casa para disfrutar de la puesta de sol sobre el Pacífico.

—¿Por qué lo dices?

—Necesito que te

ocupes de tratar con los decoradores y con la gente del catering para la recepción en Albany Hall.

—¿Quieres que organice una fiesta en un sitio en el que nunca he estado, para gente que ni siquiera conozco?

Blake le dedicó una mirada de comprensión.

—Necesito que apruebes lo que ellos te propongan. Confío plenamente en mi gente de allí, pero quiero que, cuando lleguemos, estén preparados para preguntarte sobre este

tipo de cosas. Es mejor que establezcamos esa relación cuanto antes.

Samantha estiró las piernas sobre la hamaca y las cubrió con una manta.

—¿Es la primera fiesta que organizas en tu casa?

—No.

—Entonces, hasta ahora ¿quién las organizaba? No te veo ocupándote tú mismo.

Blake no podía negar que su mujer tenía una mente brillante.

—Casi siempre se ocupaba mi madre. —Y

querría seguir ocupándose de organizarlo todo en el hogar ancestral de la familia, pero Blake quería que Samantha tuviese voz y voto desde el primer momento.

La curiosidad de Sam no tardó en volver a manifestarse en forma de más preguntas.

—¿Dónde vive tu madre?

—En Albany Hall.

—¿Vive en tu casa? — preguntó Samantha, sinceramente sorprendida.

Blake se preguntó cuánto debería explicar,

cuántas verdades podía confiarle a su esposa. Empezó con las cosas que Samantha podía averiguar fácilmente por sí misma si se molestaba en investigar.

—Mi madre fue duquesa de Albany mientras estuvo casada con mi padre. Tras su muerte, ella conservó el título hasta que me casé contigo.

—Vaya, eso es lo que yo llamo una brecha entre una madre y su nuera. Es imposible que salga algo bueno de esto.

Blake se volvió para

mirar a su esposa.

—Es lo normal. Ella sabía que tarde o temprano llegaría este día. Estoy seguro de que, tras la lectura del testamento de mi padre, fue consciente de que yo haría lo que estuviera en mi mano para asegurarme la herencia que me corresponde.

—¿Estáis muy unidos?

—Nos llevamos bien.

—Eso no suena muy prometedor.

De pronto, el aire a su alrededor parecía más frío. Hubo una época en que su

madre y él estaban más unidos. Cuando su objetivo común era odiar a su padre.

—No tienes por qué preocuparte por ella.

Samantha escuchó con atención antes de procesar la información.

—Pero hay alguien de quien sí debo preocuparme, ¿verdad?

Blake hubiese querido mentir, pero no podía. Con Sam, las mentiras piadosas no lo parecían tanto y amenazaban con acabar interponiéndose entre ellos.

—Mi primo. Está en la

breve lista de personas que podrían haber instalado las cámaras en tu casa.

—¿Me tomas el pelo?

—Ojalá. Howard heredaría una suma considerable si nuestro matrimonio fracasara.

—Imagino que no sois muy amigos.

—Decir que casi no toleramos la presencia del otro se acerca más a la realidad. Se queda en Albany siempre que puede. Mi madre es demasiado educada para pedirle que se vaya.

—¿Por qué no lo haces tú?

—No paso allí el tiempo suficiente como para que me importe. A partir de ahora, eso cambiará.

—¿Cómo? —preguntó Samantha.

—Mi madre tiene derecho a vivir en la casa hasta que la propiedad pase a mi nombre el año que viene. Se supone que cuando me case, mi esposa asumirá las obligaciones como duquesa y mi madre se mudará a una casa más pequeña dentro de la misma

propiedad. —No esperaba que Sam recibiera toda aquella información y la comprendiera inmediatamente, pero quería que estuviera familiarizada con lo más importante antes de partir hacia Europa.

—Creo que no me he informado lo suficiente sobre el hogar de tu familia. Di por sentado que Albany Hall era el nombre de una mansión. Los británicos utilizáis esa clase de expresiones para que las cosas suenen más grandilocuentes de lo que

realmente son. —Samantha jugueteaba con un mechón de su pelo mientras hablaba, y sus ojos se escapaban una y otra vez hacia el mar.

—Cuando veas Albany Hall, comprenderás mi reticencia a la hora de escoger esposa.

—Mmm, ¿sabes? Hay algo que no he dejado de preguntarme desde que nos conocimos.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no tienes acento británico? Creciste allí, ¿verdad?

Su cabeza se llenó de

recuerdos de su padre regañándole por no hablar correctamente. Blake había hecho todo lo que estaba en su mano para llevarle la contraria, hasta el punto de adoptar el acento americano en lugar de la flema de su majestad la reina de Inglaterra.

—Cuando iba al internado, pasaba los veranos en Albany. Mi madre nos traía a mi hermana y a mí a Estados Unidos siempre que tenía ocasión. Me empapé de la cultura americana. —Blake

divisó un banco de niebla que se acercaba lentamente y dejó que sus pensamientos flotaran con ella—. Me rebelé contra mi padre a muchos niveles.

—¿Crees que ese enfrentamiento entre los dos le llevó a ponerte trabas a la hora de recibir tu herencia?

Blake asintió con la cabeza.

—Mi padre siempre tenía que decir la última palabra. Incluso muerto.

—¿Tan horrible era como persona?

—Mi padre era el típico

noble británico. Tenía los bolsillos llenos de dinero con solera, lo cual le confería el derecho a comportarse como un imbécil arrogante. Se casó con mi madre sabiendo que le sería infiel. —Aún recordaba la primera vez que había visto llorar a su madre por una de sus infidelidades. Una revista británica había publicado en portada una serie de imágenes de su padre con una mujer diez años más joven que él cogida del brazo. Fue entonces cuando los viajes a

Estados Unidos empezaron a moldear la vida de Blake—. Se creía con el derecho a pisotear a la gente.

—¿Por qué no lo abandonó tu madre?

La dulzura que transmitía la voz de Samantha distrajo la atención de Blake, hasta entonces concentrada en el mar. Lo miraba con aquellos hermosos ojos verdes levemente entornados, como una intrusa intentando evitar ser detectada.

—No lo sé. Seguramente por dinero.

Nunca hablaron de divorcio. Casi siempre vivían vidas separadas. Tras el nacimiento de mi hermana, dejaron de dormir en la misma habitación.

—Entonces, ¿fue el odio por ver cómo trataba a tu madre lo que os distanció?

¿Realmente odiaba a su padre? Blake nunca había utilizado una palabra tan dura para describir sus emociones. No le gustaba cómo era, de eso no cabía duda.

—Mi padre quería que

fuera como él. «Ve a la universidad, fórjate una educación, pero no creas que vas a trabajar más de un día a la semana» —respondió Blake, imitando el acento de su padre.

Los labios de Samantha dibujaron una sonrisa triste.

—Así que te rebelaste para amasar tu propia fortuna.

Blake se incorporó en su silla.

—Invertí mi asignación en acciones de la empresa de transportes de la que ahora soy propietario. Cuando

llevaba media carrera, gané mi primer millón. Mi padre se puso furioso.

—Quería controlarte — intervino Samantha—. Y no podría hacerlo si te convertías en un hombre hecho a sí mismo.

Blake miró a su esposa y experimentó una sensación de orgullo desmedido hacia ella. No recordaba a nadie zambulléndose de aquella manera en su pasado y llegando a las conclusiones correctas. Samantha prestaba atención y además escuchaba todo lo que él

decía.

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué trabajar tan duro para luego quedarte con su dinero? Tampoco es que lo necesites.

—Consideraré la posibilidad de alejarme. Pero mi hermana, que solo conoce el estilo de vida en el que fuimos criados, y mi madre no merecen ver cómo sus vidas se hacen trizas. Por no decir, claro está, que estamos hablando de una cantidad ingente de dinero.

—Blake se rió con la

intención de dejar atrás la oscura senda de la memoria.

Samantha permaneció en silencio unos minutos mientras procesaba la información. Los últimos rayos de sol arrancaban destellos de la superficie del mar.

—¿Sabes qué, Blake?
—le preguntó, apartando la mirada de él para admirar la puesta de sol.

—¿Qué?

—Empiezo a creer que eres más mártir que mercenario.

Blake soltó una

carcajada, se inclinó hacia delante y la cogió de la mano.

—Lo dice la mujer que se casó conmigo para asegurar los cuidados de su hermana.

Samantha despertó de su ensimismamiento y le apretó los dedos.

—Oh, no. ¡Jordan! — exclamó, incorporándose de la cómoda posición en la que estaba.

—¿Qué pasa?

—Es sábado. Me he olvidado de la visita semanal de mi hermana —respondió,

apartando la mano de la de él—. Tengo que irme.

—¿No es muy tarde ya?

Samantha le quitó importancia a la pregunta con un gesto de la mano.

—Claro que no —
respondió, y de pronto le miró con una expresión extraña en los ojos—. ¿Quieres venir conmigo? ¿Quieres ver adónde va a parar todo tu dinero?

Blake tenía una docena de cosas pendientes, cosas que debería estar haciendo en aquel preciso instante en

lugar de perder la tarde hablando del pasado con su esposa, pero no le apetecía ocuparse de ellas.

—Me encantaría conocer a tu hermana.

—Este sitio es alucinante. —
Eliza dio una vuelta completa sobre sí misma desde el centro del salón principal de la casa de Blake —. No me puedo creer que no te mudaras en cuanto llegasteis de Las Vegas.

—No me parecía lo correcto.

—¿Y ahora sí? ¿Qué ha cambiado? —Eliza se dejó caer en uno de los mullidos sofás de la estancia y cruzó

las piernas.

Samantha bajó la voz a pesar de que la cocinera estaba ocupada preparándoles la comida y la sirvienta estaba en el piso de arriba haciendo Dios sabe qué. Blake tenía que pasar el día en la oficina, lo cual dejaba a Sam con poco o nada que hacer.

—Supongo que cada vez estamos más cómodos juntos. Además, no contaría con la seguridad que hay aquí si me hubiera quedado en Tarzana.

—Estás en tu derecho.

Si quieres saber mi opinión, ese tal Neil da un poco de miedo. —Eliza había esquivado al corpulento guardaespaldas de Blake cuando este había salido a recibirla a su llegada.

—No habla mucho.

—A mí no me ha dicho ni una sola palabra. Me ha mirado fijamente.

—Blake insiste en que es inofensivo con quienes no se meten con él. —Samantha estaba sentada frente a su amiga en una de las sillas estilo Reina Ana de la casa. Llevaba un traje de seda

informal tan suave que era como si no llevara nada. Ahora que por fin tenía tiempo libre, tardaba más en vestirse por las mañanas y le dedicaba más atención a su aspecto.

Blake la había acompañado al centro Moonlight y allí Samantha había descubierto lo que significaba estar casada con un hombre tan rico y atractivo como su esposo. Se ganó al personal y le arrancó más de una sonrisa a su hermana. Desde el día en que sufrió el derrame,

Jordan tenía dificultades para expresar sus necesidades. «Afasia expresiva», así era como lo llamaban los médicos. Para que su hermana no se pusiera nerviosa ni se sintiera frustrada, Sam a menudo terminaba las frases por ella. Blake comprendió la situación enseguida y se esforzó para hacer preguntas que pudieran responderse con un sí o un no, y evitó temas que pudieran provocarle estrés.

Cuando ya se iban, Blake encontró a unos de los

administradores del centro y, como si alguien hubiese pulsado un interruptor, su encanto se desvaneció y en su lugar apareció el hombre de negocios. Quería saber qué tipo de seguridad tenía el centro, cómo evitaban que un desconocido se colara en la habitación de Jordan y quién estaba con ella fuera de los horarios de las comidas. Disparó una rápida sucesión de preguntas que podría haberle hecho a ella y que fueron contestadas por el administrador del centro antes de que ella pudiera

interrumpirlos. Parecía tan sincero, tan preocupado por el cuidado de su hermana, que Sam no pudo enfadarse con él por ignorarla. Sin embargo, cuando se montaron en el coche y él empezó a poner en duda la capacidad del centro para cuidar adecuadamente de Jordan, Samantha se puso a la defensiva.

—Es el mejor centro para gente como ella. La mayoría de los sitios están pensados para ancianos o para enfermos de alzheimer. Moonlight se especializa en

pacientes más jóvenes con problemas de desarrollo.

—¿Y por qué no cuidar de ella en casa?

Obviamente eso sería lo ideal, pero Samantha no podía permitirse ese tipo de atención las veinticuatro horas del día.

—No puedo.

Ya lo había intentado antes ella sola y había fracasado. Finalmente Blake se dio cuenta de cuánto le afectaba aquella conversación y tuvo la sensatez suficiente para dejar el tema.

—Me alegro de que Neil esté de tu parte. No me gustaría tenerlo como enemigo —dijo Eliza, despertando a Samantha de sus pensamientos—. ¿Y qué vamos a hacer con Alliance?

Sam le había dedicado mucho tiempo a pensar qué podía hacer con su empresa. A partir de entonces, hacer de esposa de Blake Harrison ocuparía la mayor parte de su tiempo, y además tendría que viajar constantemente por todo el planeta. De hecho, su pasaporte había llegado a primera hora del

lunes y Blake y ella ya estaban organizando los preparativos para salir el miércoles por la mañana.

—Tengo una proposición que hacerte. — Sam esperó a que Eliza la mirara antes de continuar—. He trabajado muy duro para ahora echar a perder el tiempo y el esfuerzo invertidos en Alliance, pero lo que está claro es que los próximos meses no estaré disponible.

—Pensaba que ibais a vivir en continentes distintos.

Sam negó con la cabeza.

—El plan original no va a funcionar como esperábamos. Después de lo de los micrófonos y las cámaras, creemos que lo mejor es permanecer juntos.

Samantha recordó la propuesta de Blake. No había insistido en que se acostara con él desde el día del lavabo, pero a veces la desnudaba con la mirada o le hacía comentarios subidos de tono para que no se olvidara de que todavía la quería en su cama. De

hecho, Samantha dormía en la habitación contigua a la de su marido. La explicación que le habían dado al servicio era que no se encontraba bien. La excusa era ridícula, pero nadie dijo nada al respecto.

—¿Y en qué situación deja eso a Alliance?

—¿Qué te parecería convertirte en mi socia?

Eliza abrió los ojos como platos y en sus labios se dibujó una sonrisa.

—¿Cómo sería?

—Tendrías que hacer parte del trabajo de campo.

Ambas sabían lo que eso significaba: Eliza tendría que frecuentar reuniones y fiestas a las que las mujeres acudían en busca de un marido rico, eventos de alto nivel en los que se movía la gente con dinero. Socializar era la mejor manera de captar nuevos clientes. El boca oreja funcionaba mejor que cualquier anuncio en el periódico.

—Karen está de acuerdo —añadió Sam—. Te presentará a viejos amigos para que puedas empezar.

—Karen es la dueña de Moonlight, ¿verdad?

La rubia impresionante en la que Blake ni siquiera había reparado. Sam asintió.

—Cuando consigas un nuevo contacto, envíame la información por fax y yo me ocuparé de comprobar su pasado. Eso es algo que puedo hacer desde cualquier lugar del mundo. Lo que no puedo hacer es reunirme con nadie, no hasta que recupere el control sobre mi tiempo.

—¿Y cuándo esperas que ocurra eso?

—Dentro de unos

meses. Quizá antes.

Eliza parecía estar dándole vueltas a la proposición.

—Supongo que no sería buena idea hablar de matrimonios temporales después de tu boda con Blake en Las Vegas. La gente podría hacer preguntas.

—No, no lo sería. Lo pondré todo a tu nombre para que yo parezca tu empleada. —Porque de todas formas cualquier abogado mínimamente capaz acabaría

descubriéndolo todo.

—¿Harías eso?

—Confío en ti. Y cuando te he ofrecido que seas mi socia, lo he dicho en serio. Si las cosas se te complican mientras yo estoy fuera, buscaremos a una secretaria a tiempo parcial. Si el negocio empieza a funcionar, la contrataremos a tiempo completo. Nos repartiremos los beneficios al cincuenta por ciento, y mientras yo esté jugando a las duquesas me haré cargo de los gastos.

A Eliza se le iluminó la

mirada.

—¿Te refieres a vestidos bonitos y cenas con clientes?

A Samantha se le escapó la risa.

—Estoy convencida de que podemos establecer un presupuesto razonable.

—No sé qué decir.

—Di que sí.

—Pero esta empresa es obra tuya. Has trabajado muy duro para levantarla y yo solo soy una recién llegada.

Samantha descruzó las piernas, se inclinó hacia

Eliza y cubrió una de sus manos con la suya.

—Me has ayudado en los momentos más difíciles y nunca te has quejado cuando escaseaba el dinero.

—Me ofreciste una habitación en tu casa. ¿Cómo iba a quejarme cuando me dejaste vivir contigo a cambio de nada?

Sam le quitó importancia a las palabras de su amiga.

—Quizá yo pusiera la primera piedra del negocio, pero entre las dos lo hemos llevado hasta donde está hoy

día. No confío en nadie más,
Eliza.

El lento movimiento de la cabeza de Eliza acabó convirtiéndose en un gesto afirmativo y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo decir no a algo así?

—Bien.

—¿Señora Harrison?
—preguntó la cocinera desde la entrada de la sala de estar.

—¿Sí, Mary?

—La comida está lista.
¿Quiere que la traiga aquí o prefiere que la sirva en el

comedor?

Por la sonrisa pícaro de Eliza, era evidente que estaba impresionada.

—Iremos al comedor. Y espero que se una a nosotros.

Mary abrió los ojos como platos, alarmada.

—Oh, no, no puedo hacer eso.

Samantha y Eliza se levantaron de sus asientos y fueron hacia Mary.

—Por supuesto que puede —le dijo Sam entre risas—. Cómo voy a esperar que prepare usted la comida

y luego coma sola.

—Pero...

—Además, el cumpleaños de Blake es en menos de una semana y, si le soy sincera, no tengo ni la menor idea de qué comprarle. Quizá usted pueda ayudarme.

Los labios de Mary dibujaron una «O» perfecta. Dejó de discutir y siguió a Sam y a su nueva socia hasta el comedor de la casa.

Durante la comida, Samantha se dio cuenta de la rapidez con la que había vuelto a adoptar el papel de

mujer con dinero. Se entretuvo con cada bocado, recordando la velocidad con la que todo podía desvanecerse. En su caso, sería así. El trato entre Blake y ella era temporal, con fecha de inicio y de caducidad. Tendría que hacer desaparecer esos pensamientos durante el siguiente año si no quería arriesgarse a que alguien descubriera lo efímero de su matrimonio con solo mirarla.

Y para hacerlos desaparecer, tenía que

empezar a actuar como una mujer casada, se dijo.

Una mujer felizmente casada.

Blake atravesó la verja de su casa de Malibú dos horas más tarde de lo que le había prometido a Samantha. Con la tensión en Oriente Medio, algunas de las rutas de transporte tenían que ser modificadas para evitar la inestabilidad internacional. Le hubiera sido mucho más fácil solucionar la crisis por la que pasaba su empresa

desde Europa, pero Blake se había acostumbrado a manejar sus asuntos a caballo entre los dos continentes. Ahora que Samantha formaba parte de su vida, tenía una razón aún más poderosa para decantar la balanza del trabajo hacia Estados Unidos.

Había llamado a las cinco y media para avisar de que llegaría tarde. Samantha parecía decepcionada. Precisamente esa misma decepción lo había animado a él a moverse más rápido para disponer de un rato

libre que pasar con ella antes de retirarse a dormir. Sentía el deseo sincero de conocer mejor a Samantha.

No se trataba de ningún juego extraño. La sinceridad de su mujer, clara y directa hasta el punto de haber afirmado que quería acostarse con él, era algo nuevo para Blake.

Cada vez que recordaba a Samantha poniéndose su camisa y quitándose los vaqueros, no podía evitar tener una erección. Sentía una necesidad irresistible de compartir la cama con su

esposa. Le había prometido tiempo para pensar en su oferta, cierto, pero eso no significaba que no intentara seducirla para conseguir lo que quería. Maldita sea, si ella también lo deseaba tanto como él. Lo sabía por cómo lo miraba de soslayo cuando creía que él no la veía, y por su forma de humedecerse los labios sin apartar los ojos de los de él.

Blake había evitado besarla desde el día de la mudanza. Sin embargo, cada vez que se tocaban, cada vez que la ayudaba a bajar del

coche o apoyaba una mano en la curva de su espalda para guiarla a través de una puerta, su vida se convertía en una dulce agonía.

Se moría de ganas de explorar aquella atracción volátil que sentían ambos y ver hasta dónde podía llegar la onda expansiva.

Al entrar en casa, tuvo que reprimir el impulso de gritar «Hola, cariño, ya he llegado». Sonrió al imaginar la escena y atravesó las estancias vacías hasta que la suave luz de unas velas en el comedor llamó su atención.

Samantha estaba sentada a la mesa, vestida únicamente con un delicado vestido de seda color rubí y una sonrisa en los labios. Su hermosa melena le caía como una cascada sobre los hombros. Al verlo entrar en la estancia, sus ojos se iluminaron de pronto.

Fue entonces cuando el delicioso olor de la ternera inundó sus sentidos y le recordó que llevaba todo el día sin comer.

Samantha alzó una copa de vino tinto y se levantó de la silla para

dirigirse hacia él.

—¿Qué es todo esto?
—preguntó Blake, mientras sus ojos recorrían las suaves líneas de su cuerpo.

Los pechos de Samantha asomaban por encima del escote, dejando al descubierto una hermosa piel blanquecina. Podía verle las piernas a través de una abertura en el vestido, las mismas piernas de las que ella siempre se quejaba por ser demasiado cortas y que, montadas sobre unos tacones de diez centímetros, mostraban unas pantorrillas

espectaculares. Blake decidió que le gustaban los zapatos de mujer. Un segundo armario era un precio pequeño a pagar a cambio de disfrutar de semejantes vistas.

—He pensado que estaría bien cenar los dos solos mientras podamos. Tu casa en Europa parece muy... llena de gente.

Blake cogió la copa que Samantha le ofrecía y escuchó atentamente en busca de algún ruido que le confirmara que Mary estaba en la cocina o Louise en el

recibidor, pero solo se oía el lejano sonido del mar a través de una ventana abierta.

—¿Estamos solos?

—Les he dado la noche libre.

Le gustaba cómo sonaba aquello. La sensual mirada de Samantha, resguardada bajo una espesa capa de pestañas, despertó un montón de preguntas, que se quedaron en la punta de la lengua. Decidió posponerlas y seguir sus instrucciones. Si Samantha había decidido aceptar la proposición y

convertirse, además de esposa, en amante, seguro que lo descubriría en breve.

—Seguro que no se han resistido.

Samantha apartó una silla de la mesa y lo invitó a sentarse en ella.

—Solo me han preguntado a qué hora deben estar aquí mañana por la mañana.

—¿Por la mañana? Si viven aquí.

Samantha levantó la tapa que cubría el primer plato y una nube de vapor ascendió hacia el techo:

asado con guarnición de patatas en forma de concha y puntas de espárrago.

—Louise tiene un novio que está encantado de acogerla por esta noche.

—No sabía que tenía novio.

—Y Mary ha aprovechado para ir a visitar a su hija y a su nieto.

Samantha terminó de servir los platos, se sentó junto a él y cogió el tenedor. Blake no podía concentrarse en la comida por culpa del aroma a lavanda que desprendía la piel de su

esposa.

—¿Y Neil?

—Está en la caseta. Le he pedido que nos dejara un poco de intimidad.

Blake sintió que le rugía el estómago y al mismo tiempo le subía la temperatura.

—¿Para qué necesitamos privacidad, Samantha? —Le dedicó una mirada pícaro de soslayo y cogió su tenedor de encima de la mesa.

—He pensado que estaría bien para variar.

Pinchó la verdura con

el tenedor y se la llevó a la lengua para probar su sabor. Cuando los espárragos desaparecieron en la caverna que era su boca y sus ojos se encontraron con los de él, cualquier duda acerca de dónde acabaría la velada se desvaneció en cuestión de segundos.

La cuestión era: ¿comerían antes... o después?

Blake gruñó de satisfacción al ver cómo Samantha se llevaba el tenedor de nuevo a la boca y empezaba a masticar

lentamente.

De pronto tenía la boca seca. Cogió la botella de vino, sin apartar los ojos de ella ni un solo segundo.

Se concentró en pinchar la comida del plato y llevársela a la boca. Mientras ella todavía masticaba el primer bocado, él ya iba por el segundo.

Samantha cogió la copa de vino, pasó la lengua por el borde, y a continuación le hizo una pregunta de lo más inocente.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Bien. —¿Aquella era su voz?

Ella sonrió, consciente del efecto que provocaba en él. Tomó un sorbo de vino y un segundo bocado de comida. Sus labios se movían lentamente, reduciendo el cerebro de Blake a un montón de escombros. Cenar nunca había sido tan seductor.

Decidió que lo mejor sería acabar con la comida cuanto antes.

Cuando ya era incapaz de comer más, Blake apuró la copa de un trago y la dejó

sobre la mesa con un golpe seco.

La sonrisa inocente y la fingida sorpresa de Samantha no hicieron más que aumentar la tensión sexual entre ambos.

—¿Va todo bien?

Blake se puso en pie, empujando la silla sin demasiada ceremonia.

—Por supuesto, todo va genial.

Samantha se dispuso a coger su copa, pero él interceptó el movimiento y la obligó a levantarse. Sus labios buscaron los de ella

sin ofrecerle otra escapatoria. Los dos por igual aceptaron la lengua del otro con avidez y ofrecieron la suya.

Samantha sabía a vino y olía a primavera. Blake inclinó la cabeza y el beso se hizo más profundo. Las manos de su esposa, que lo sujetaban firmemente por la camisa, se fueron relajando hasta abrirse por completo. Las apoyó en su pecho y luego le rodeó la espalda con ellas. Samantha gimió de placer y se deshizo entre sus brazos. Cada caricia de

aquella mujer era real y estaba cargada de deseo. Estaban hechos el uno para el otro. Los esfuerzos, por parte de Sam, para hacerse con el control incluso en aquel momento resultaban nuevos y excitantes. Nadie había mandado jamás en las relaciones de Blake. Nunca entregaba las riendas. Sin embargo, con Samantha podía dejarse llevar y confiar en que era capaz de llevarlos a ambos a aguas seguras.

Samantha le quitó la chaqueta por los hombros,

momento que él aprovechó para apartar los labios de su boca, respirar y permitirse mirar los ojos verdes y apasionados de la mujer que tenía entre sus brazos.

—Eres preciosa.

A diferencia de las otras veces en que le había regalado un cumplido, esta vez sintió que le creía.

Mientras ella se peleaba con el nudo de la corbata, Blake la empujó hacia el otro extremo de la mesa, lejos de los platos y de la comida. Cuando la corbata cayó finalmente al suelo,

Samantha se inclinó sobre él y dibujó una senda de besos y de caricias por toda la barbilla y el cuello. Su voz, tan sensual, tan de alcoba, no dejaba de hablar entre mordisco y mordisco.

—He estado pensando en tu propuesta.

Había hecho algo más que pensar.

Deslizando una mano por su hombro, Blake apartó uno de los tirantes del vestido y posó los labios sobre la carne entre el hombro y el cuello. Era tan dulce...

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —le preguntó, dispuesto a jugar según sus reglas pero sabiéndose ganador de antemano.

Le mordió suavemente el lóbulo de la oreja y el cuerpo de Samantha respondió estremeciéndose. Blake tomó nota en su cabeza: bastaba con acariciar aquel punto de su cuerpo para provocar una descarga de placer, y tenía toda la noche para descubrir más lugares clave.

—He... he decidido que

soy una mercenaria y no una masoquista.

Blake le lamió la parte trasera de la oreja.

—Oh, Dios, hazlo otra vez.

Él sonrió pegado a su cuello e hizo lo que ella le pedía. Las piernas de Samantha rozaban las suyas, su cadera se movía delicadamente en busca de contacto. Todos los músculos del cuerpo de Blake se tensaron, ansiando sentir la caricia de su piel. ¿Alguna vez había sentido aquella atracción hacia una

mujer? Incluso con la mente dominada por el sexo, quería estar absolutamente seguro de que Samantha buscaba lo mismo que él.

Hundió las manos en la melena de su esposa y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Estás segura de esto, Samantha?

Ella clavó los ojos en los suyos.

—Sí —susurró.

Blake sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Te estoy pidiendo más de una noche.

Ella se inclinó hacia

atrás y le acarició la mejilla.

—Mejor. Una noche no será suficiente. Quiero un año entero.

Blake clavó la mirada en las profundidades de los hermosos ojos verdes de su esposa y selló aquel nuevo pacto, aquella nueva locura, con un beso lento y abrasador.

La sentó sobre la mesa sujetándola por la cadera antes de colocarse entre sus piernas. Encontró la carne desnuda de las rodillas y se abrió paso con las manos sobre la suave piel de los

muslos. Quería besar cada punto que tocaba con las manos, sentir la respuesta de Samantha. Ella le mordió el labio inferior y la mente de Blake imaginó otra escena distinta en la que la boca de su esposa recorría partes mucho más placenteras de su anatomía.

Samantha se peleó con la camisa hasta que hubo desabrochado hasta el último botón y las manos pudieron desplegarse sobre su pecho. Le acarició los pezones y luego apartó la boca de la de él y se inclinó para

saborearlos. Mientras ella jugaba con su cuerpo, Blake sintió que se le nublaban el entendimiento. Samantha tenía las piernas alrededor de su cintura y el calor que emanaba de entre ellas no hacía más que empeorar la erección. Respiró profundamente y se emborrachó del olor que desprendía su cuerpo.

Empezó a bajarle la cremallera del vestido. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que aún estaban sobre la dura superficie de la mesa. No quería que su

primera vez fuera rodeados de platos sucios.

Mientras Samantha lo lamía y lo besaba, Blake la levantó de la mesa sin el menor esfuerzo. Ella se rió y cerró las piernas con más fuerza alrededor de su cintura, y se agarró a sus hombros. El camino hasta el sofá más cercano fue mucho más erótico de lo que Blake había imaginado. Con cada paso, el calor que desprendía el cuerpo de Samantha se deslizaba contra su piel, enviando una descarga de placer que lo animaba a

seguir adelante.

La casa era demasiado grande. Necesitó mucho tiempo para colocarla sobre uno de los sofás y cubrir su cuerpo con el suyo. La camisa salió volando en una dirección, el vestido de ella, en otra. Blake admiró la curva de sus pechos generosos, prisioneros bajo un sujetador de encaje negro.

—Eres hermosa.

Jugó con ellos a través de la tela hasta que el pezón se endureció animado por sus caricias. Dudó un

momento antes de
descubrirlo y acto seguido se
inclinó para saborearlo por
primera vez.

Samantha arqueó el
cuerpo, empujando todavía
más el pecho dentro de la
boca.

—Por favor, Blake —
suplicó, y levantó aún más la
cadera, buscándolo.

Blake quería
aprenderse el cuerpo de ella
para dar con todos los
puntos sensibles y venerarlo
como se merecía, pero
Samantha le había bajado la
cremallera de los pantalones

y ya tenía la mano dentro. Y cuando los dedos se cerraron alrededor de la erección palpitante que se elevaba orgullosa entre sus piernas, Blake se quedó sin respiración. Se olvidó de los pechos, de que ella todavía llevaba las braguitas puestas, y tan solo podía pensar en adentrarse en las profundidades de su sexo.

La suave textura de la mano de Samantha lo sujetaba con firmeza, mientras sus labios le acariciaban el cuello.

—Te necesito —le

susurró al oído con aquella voz tan profunda y sensual.

—Y me tendrás —le prometió Blake.

Se apartó de ella el tiempo justo para quitarse los pantalones y deshacerse de los zapatos y de los bóxers, momento que ella también aprovechó para ladear la cadera y quitarse las braguitas de encaje.

Blake sacó un condón de la cartera y se lo puso en un suspiro. Cuando se volvió nuevamente hacia ella, Samantha había doblado una rodilla y tenía la pierna

apoyada en el respaldo del sofá. Lo cogió de la mano y tiró de él hasta tenerlo encima de nuevo.

Él se abrió paso entre los muslos de su esposa y buscó sus labios para besarla de nuevo. Esta vez fue Samantha la que se entregó por completo, utilizando la lengua con más esmero y dejándole casi sin respiración. Blake había vislumbrado la pasión que hervía en su interior, había fantaseado con tenerla en su cama desde el día en que se conocieron, pero aquello era

más de lo que podría haber deseado jamás.

Hambriento de ella, apoyó la punta del miembro contra los pliegues del húmedo sexo de Samantha. Ella pasó las piernas alrededor de su cintura, dándole el acceso que necesitaba para satisfacer a ambos, y él se deslizó en su interior.

Samantha ronroneó como una gata en celo. Blake apenas podía contener tanto ego en su interior.

—Qué bien —dijo ella tras separar los labios de los

de él. Su respiración se aceleraba por momentos y había empezado a mover la cadera siguiendo el ritmo.

Mejor que bien. Estar entre sus brazos era lo más cercano a la perfección. Blake quería volverla loca de placer, entregarse a ella por completo, así que se obligó a no pensar en su propia liberación.

—Estás muy firme —le dijo.

Sus miradas se encontraron. Samantha tenía los labios húmedos de pasión, el corazón le latía

con fuerza en el cuello.

—Es la ventaja de ser pequeña.

Pero era más que eso. Más tarde, cuando ambos hubieran saciado sus instintos más básicos, le preguntaría por su pasado, por los hombres que se habían cruzado en su camino. Por el momento, todo se reducía a acariciarla, a darle placer.

Samantha hundió los dedos en sus hombros y luego en sus nalgas. Su respiración se había acelerado y Blake supo que

había encontrado el ritmo que ella necesitaba.

—Sí —gimió Samantha—. Así, justo ahí.

Sin dejar de mover las caderas, Blake aguantó cuanto pudo, esperando el momento en que ella se despeñara por el precipicio. Cuando finalmente llegó, Samantha gritó su nombre y se sujetó a su cuerpo con fuerza, latiendo alrededor de su sexo como un capullo protector. Fue entonces cuando Blake se dejó llevar y la siguió hasta el firmamento.

El peso del cuerpo de Blake presionaba el suyo contra el sofá y la respiración de él parecía tan entrecortada como la suya. Estiró una pierna y acarició con ella la de su marido. No podía dejar de sonreír. Incluso cuando los temblores del placer se convirtieron en pequeños espasmos, siguió sujetándolo con fuerza entre sus brazos.

¿Cómo podía negarse a aquello? Y pensar que tendría acceso al maravilloso cuerpo de Blake y a sus

habilidades amatorias
durante todo un año. Se
detuvo un instante al pensar
en el fin de la relación, pero
rápidamente apartó las
imágenes de su mente y se
concentró en el olor y el
tacto del hombre que seguía
enterrado en lo más
profundo de su cuerpo.

—Ha sido...

—Increíble —dijo él,
terminando la frase por ella.

¿Era por él? Blake
había tenido muchas más
amantes que ella, eso
seguro. Podía contar los
hombres con los que había

estado con una mano y le sobraban tres dedos. Blake, en cambio, seguro que tenía una hoja Excel para comparar resultados. A Samantha le hubiese gustado preguntarle la cifra exacta, pero las inseguridades que llevaba arrastrando toda su vida se lo impedían.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó Blake, mirándola a los ojos.

—¿Qué cara?

—Esa de duda, la misma que pones cada vez que dices que eres muy bajita o alguna tontería por

el estilo.

La suya era una relación basada en la confianza, pero ¿hasta dónde podía preguntar sin quedar como una tonta sentimental y necesitada?

—¿En serio? ¿También crees que ha sido increíble?

—Samantha —dijo él en un suspiro. Acercó una mano a la cara de su esposa y le acarició la barbilla con el reverso del dedo. Su cadera seguía firmemente apoyada sobre la de ella—. ¿No te das cuenta de lo bien que se acopla tu cuerpo al

mío?

Sus pechos seguían aplastados contra el torso de él, las piernas alrededor de la cadera. Sus labios estaban tan cerca que todavía podía saborearlos.

—Sí.

—Eres perfecta. Más apasionada de lo que jamás hubiera imaginado. Y aunque ahora mismo estoy más que satisfecho, la noche es larga y no creo que haya acabado contigo. Esto — continuó, besándola suavemente mientras hablaba— es el comienzo de

algo maravilloso.

No se le podía negar la habilidad para arrancarle una sonrisa a una mujer incluso después de llevarla al orgasmo.

Blake se escurrió entre sus brazos el tiempo suficiente para levantarse del sofá. Una vez en pie, la tomó en brazos y se dirigió hacia el dormitorio.

Samantha miró hacia el suelo horrorizada.

—Blake, la ropa.

Él se rió e, ignorando sus palabras, la llevó al piso de arriba, hasta el

dormitorio, donde hizo efectivas sus amenazas.

Cuando Samantha bajó de la habitación, ya era casi mediodía. La ropa había desaparecido, al igual que los platos de la cena. Solo una fotografía de los dos haciendo el amor habría sido un mensaje más claro de lo sucedido la noche anterior, teniendo en cuenta las cosas que el personal había encontrado a primera hora. Estaba tan avergonzada que no podía evitar sonrojarse de vez en cuando, y cada vez

que se cruzaba con Mary o con Louise bajaba la mirada. Ambas fueron increíblemente educadas, hasta tal punto que habría preferido que le tirasen de la manga y le enseñaran el pulgar en señal de aprobación a que actuaran como si limpiar los restos de los encuentros de Blake con sus amantes fuese una tarea fija todas las semanas.

De hecho, Samantha le sacó el tema de sus antiguas novias mientras hacían las maletas.

—Entonces, Blake —

empezó, haciéndose la inocente—, dime: ¿encontraré recuerdos de tus amantes anteriores en alguno de los cajones?

Él dejó lo que estaba haciendo y se incorporó para mirarla, pero ella continuó con lo suyo como si nada. Después de todo, era ella la que tenía que preparar su ropa. Blake contaba con todo lo que necesitaba en ambos continentes.

—No sé si te sigo.

—Ya sabes. ¿Vanessa tenía aquí un cajón para ella, o Jacqueline?

Sintió que los ojos de Blake se clavaban en su espalda, pero evitó mirarlo a la cara. No debería importarle, pero quería saber si invitaba a sus amantes a menudo a su casa.

—Nunca he encontrado a nadie que se merezca un cajón para ella sola — respondió Blake.

Vaya, no estaba nada mal.

—¿Ni siquiera para unas braguitas olvidadas por accidente? —continuó, sin dejar de meter ropa en la maleta y evitando mirar

hacia donde estaba su esposo. «Soy patética.»

—¿Samantha? —

preguntó Blake, que se había acercado y estaba detrás de ella. La cogió por los hombros y la obligó a darse la vuelta. Sus hermosos ojos grises se clavaron en los de ella—. Solo hace cuatro años que tengo esta casa. Eres la única mujer que ha dormido en mi cama.

Una sonrisa floreció en el interior del pecho de Samantha. No quería que Blake supiera cuánto significaban aquellas

palabras para ella, de modo que asintió, concentrada en evitar que la sonrisa alcanzara sus labios. Él la besó dulcemente en la boca.

—¿Te habría molestado encontrarte un cajón lleno de ropa de mujer?

No debería. Hacía apenas tres semanas ni siquiera se conocían.

—Bueno, supongo que no... —«Pues claro que sí.»

—¿Samantha? —Blake pronunció su nombre con la parsimonia de quien sabe que algo no es cierto.

—Vale, sí —confesó

ella—. Porque... —Se devanó los sesos en busca de una excusa convincente. No le costó mucho encontrarla—. El personal pensará mejor de mí, o de nosotros... como pareja si no me ven como un número más.

«Patético.» No debería intentar ser algo más que un número, sino que haría mejor construyendo barreras alrededor de su corazón, de sus sentimientos, y evitando cualquier tipo de relación afectiva con el hombre que no apartaba la mirada de la suya.

—No eres un número, Samantha. Si alguna vez sientes que el personal de aquí, o el de Europa, te trata como tal, solo tienes que decírmelo.

Ella sacudió la cabeza.

—Todo el mundo se ha portado fenomenal conmigo.

Blake entornó los ojos un instante, como si intentara resolver un enigma, y acto seguido dio media vuelta y se dispuso a terminar su minúscula maleta.

Cuando Samantha continuó con la suya, se

permitió el lujo de sonreír casi imperceptiblemente. Se equivocaba al tratar de encontrar un lado romántico en lo que estaba pasando entre ellos. Solo compartían una relación sexual satisfactoria para ambos, con la peculiaridad de que además estaban casados. Tampoco era para tanto.

—¿Y tú qué, Samantha? —empezó Blake, apartándola de sus pensamientos.

—¿Sí?

—¿Has tenido algún hombre en tu vida que se

mereciera un cajón?

La mano de Samantha se detuvo en pleno movimiento.

—No —fue la breve respuesta a su escasa vida personal.

Siguieron preparando las maletas.

—¿Algún novio reciente que pueda presentarse en la puerta de casa?

Samantha echó un vistazo por encima del hombro. Blake estaba de espaldas a ella mientras manipulaba algo que tenía

entre las manos. Muy bien, su marido sentía curiosidad por su pasado. La vida privada de Samantha nunca había aparecido en las portadas de las revistas como la de él.

—El dique de los novios lleva seco bastante tiempo —respondió.

—¿Cómo de seco? —preguntó Blake antes de que ella terminara la frase.

Samantha se dio la vuelta y esperó a que Blake sintiera el peso de su mirada y se la devolviera.

—Cuando mi padre

entró en la cárcel, impedí que nadie se me acercara.

—Tenías veintiún años cuando tu padre ingresó en prisión.

—Así es.

—No ha habido nadie desde...

—Nadie.

Blake consideró sus palabras durante un minuto, desviando la mirada hacia el techo.

—Eso significa que...

—He estado con dos personas además de ti —dijo ella, consciente de por dónde iba la conversación. Era raro

saber de antemano las preguntas—. Uno en el instituto, porque todo el mundo va al baile de graduación, y otro en la universidad. —Este último le rompió el corazón y terminó con su fe en los hombres.

La expresión de su cara debió de cambiar, porque Blake dejó de preguntar y se acercó nuevamente a ella.

—Supongo que es típico de los hombres, pero me gusta saber que formo parte de una lista muy exclusiva.

Era difícil ignorar los recuerdos de sus años de universidad, de tanta confusión y tanto dolor.

—Si una chica no puede acostarse con su marido, ¿con quién va a hacerlo? —se burló ella, forzando una sonrisa en sus labios.

Blake entornó los ojos.

—Cierto.

Se disponía a darse la vuelta, pero entre ellos se había abierto una brecha.

—¿Blake?

—Dime.

—Me gusta saber que

soy la única que ha estado aquí.

Se hizo el silencio en el dormitorio. Se miraron el uno al otro sin decir nada. Cuando Blake regresó a su tarea, Samantha terminó con la suya.

Las ventajas de tener un avión privado eran aún más agradables con una mujer al lado. Hicieron el amor y luego durmieron unas horas, lo cual debería haber sido suficiente para relajarse y llegar a Gran Bretaña descansados. Sin embargo, mientras el avión descendía, Blake percibió el nerviosismo de Samantha e hizo todo lo que estaba en su mano para distraerla.

Había reservado habitación en un hotel cercano al aeropuerto. Allí pasarían la noche, y se reunirían con su familia al día siguiente en Albany. Sin embargo, su familia tenía otro plan en mente.

Tomaron tierra a primera hora de la mañana, aunque para ellos seguía siendo última hora de la tarde. Por la forma en que Sam movía las manos, Blake sabía que su esposa tenía los nervios a flor de piel.

Bajaron del avión, él rodeándola con un brazo.

Siguiendo su consejo, Samantha se había cambiado de ropa y llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta de manga larga. «No hace falta que te pongas guapa para el chófer», le había dicho, asegurándole que tendrían tiempo para dormir, darse una ducha y vestirse adecuadamente antes de acometer algo importante.

Sin embargo, cuando la limusina que había pedido se detuvo junto al avión y se abrió la puerta trasera, Blake y Samantha se quedaron

petrificados al ver uno de los tacones de la madre de él apoyándose en el suelo.

—Me dijiste que no veríamos a nadie en el aeropuerto —murmuró Samantha entre dientes.

—Y así es.

Era evidente que la mujer que acababa de bajarse del asiento trasero de la limusina era su madre. El chófer sostenía un paraguas en alto encima de ella para evitar que las gotas de lluvia que caían sobre la pista le arruinaran el peinado que sin duda un peluquero había

tardado horas en crear.

A pesar del horrible matrimonio por el que había pasado, Linda Harrison aparentaba diez años menos de los que tenía en realidad. Tenía el pelo de color ocre y lo llevaba recogido bajo un elegante sombrero. Vestía un abrigo largo y gris sobre, y de eso Blake estaba seguro, una falda estrecha y una blusa. Su madre siempre iba vestida al detalle. A pesar de que el sol se había escondido tras una gruesa capa de nubes, la madre de Blake llevaba unas enormes

gafas de sol, bajo las que ocultaba sus ojos y los sentimientos que estos pudieran revelar.

—Entonces, ¿quién es esa?

Blake tragó saliva. Si algo había aprendido de su mujer era su tendencia a la inseguridad. Tras la actitud guerrera de Samantha se escondía un poderoso deseo de ser aceptada.

Estaba seguro de que la idea de sugerirle que se quitara el traje de seda y se pusiera cómoda acabaría explotándole

irremediablemente en la cara.

—Es mi madre.

Sam vaciló, pero Blake la ayudó a seguir adelante poniendo una mano sobre su espalda y empujándola con firmeza.

—Pero...

—¿Mamá? —Blake retiró la mano de la espalda de Samantha el tiempo justo para darle dos besos a su madre—. No te esperábamos. —Parecía despreocupado, pero confiaba en que su voz transmitiera el descontento

que sentía en aquel momento.

—No podía permitir que tu esposa y tú aterrizarais sin una bienvenida.

Blake volvió al lado de Samantha y la empujó para que diera un paso al frente.

—Samantha, mi madre, Linda. Mamá, esta es mi esposa, Samantha.

La madre permitió que sus labios esbozaran una sonrisa.

—Un placer —dijo, ofreciéndole la mano a su nuera.

—He oído hablar mucho de usted.

—¿Es eso cierto? Yo prácticamente no sé nada de ti.

Samantha se puso tensa y Blake tuvo que interponerse entre las dos mujeres.

—Estamos aquí para remediarlo —le dijo a su madre—. No deberías haber venido. Ya sabes lo largos que son los viajes desde Estados Unidos.

Linda palmeó el hombro de su hijo.

—Estoy segura de que

habéis tenido tiempo suficiente para descansar durante el vuelo.

—Llevamos unos días muy ocupados, como puedes imaginarte. Nos apetecería dormir unas horas.

La madre miró al chófer que sostenía el paraguas sobre su cabeza y luego el coche.

—En ese caso, será mejor que partamos cuanto antes.

Blake sintió que empezaba a perder el control. Lo peor fue que Samantha no dijo

absolutamente nada. Se limitó a mirarlos, primero a uno, luego al otro, con los labios sellados.

—He reservado habitación en el Plaza.

—Eso es una estupid...

—¡Madre! —Blake ya había tenido más que suficiente.

—Linda. No te importa que te tutee, ¿verdad? —preguntó Samantha, que por fin había recuperado la voz.

—Por supuesto que no, querida.

—Bien. Como puedes ver, necesito darme una

ducha desesperadamente y recuperar unas horas de sueño. Espero que seas tan amable de aguardar en Albany hasta nuestra llegada, hasta que Blake y yo nos hayamos quitado de encima al menos parte de este horrible *jet lag*. — Samantha escogió un tono y unas palabras muy formales, tanto que Blake no la había oído hablar así hasta entonces.

—Supongo que tienes razón.

Samantha tomó el brazo de Blake y se apoyó

en él.

—Te agradezco que hayas venido hasta aquí solo para recibirme. No sabes cuánto significa para mí.

Blake se había quedado nuevamente sin palabras. Ayudó a su esposa y a su madre a montarse en la parte trasera del coche y luego se unió a ellas. En cuanto la puerta se hubo cerrado, Samantha se acurrucó contra su marido.

—Llevas un abrigo precioso —le dijo Sam a su suegra.

—Gra... gracias.

—Espero que me digas dónde te lo has comprado. Me temo que no tengo nada parecido y, por el aspecto del cielo, creo que voy a necesitar uno mientras dure mi estancia.

—Por supuesto, querida. Tendremos tiempo de sobra para ir de compras.

La preocupación de Blake por la inesperada aparición de su madre empezó a desvanecerse.

—Mi mujer y mi madre de compras. ¿Debería preocuparme? —se burló.

—Depende —

respondió Samantha.

—¿De?

—De si tu hermana se nos une. Tres mujeres y una tarjeta de crédito sin límite son un auténtico peligro.

Todos rieron. Y a pesar de las diferencias más que evidentes entre su madre y su esposa, a Blake no le preocupaba la posibilidad de que no se llevaran bien. Samantha había prestado atención a la descripción de los hábitos de su madre en cuanto al dinero, y la estaba utilizando para ganarse su afecto. Para cuando llegaron

al Plaza, Blake estaba seguro de que su madre ni siquiera se había percatado de los vaqueros de centro comercial y de los zapatos sin marca que llevaba Samantha, del mismo modo que sabía que en cuanto pudiera su esposa le prendería fuego a todo el atuendo.

Afortunadamente, su madre se despidió de ellos en la puerta y no los siguió al interior del hotel. Todavía estaba amaneciendo y la recepción estaba vacía. El botones los acompañó

rápidamente hasta la habitación. Blake le dio una propina y cerró la puerta tras él.

Por fin estaban solos. Sam se quitó los zapatos y se dejó caer en el sofá.

—Puede que acabe gustándome tu madre, aunque antes tendré que superar el hecho de que nos tendiera una emboscada en el aeropuerto.

—Le pedí que nos esperara en Albany.

—Es tu madre. Tiene curiosidad.

—Aun así, debería

haber esperado. —Y así se lo haría saber en cuanto tuviera una oportunidad.

—Necesitaba

comprobar con sus propios ojos que no estoy embarazada de cinco meses.

Blake acababa de colocar su maleta sobre la cama cuando comprendió las palabras de Samantha.

—¿Embarazada?

—Por favor, ¿no te has dado cuenta de que no dejaba de mirarme la barriga?

No, ni siquiera se le había ocurrido.

—No lo dices en serio.

—Muy en serio. Era una misión de reconocimiento. Primero para saber si tiene un nieto de camino y segundo para asegurarse de que no soy un desastre sin clase.

Blake se apoyó en la estructura de la cama y se preguntó si Samantha tendría razón.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Las mujeres son criaturas emocionales. Todo está en sus ojos. Cuando tu madre se ha quitado las

gafas, he podido leer cada mirada, cada movimiento.

Blake se encogió de hombros.

—Creo que te llevaré conmigo al próximo consejo de administración. Parece que se te da bien el espionaje.

—Cursé psicología como segunda especialidad.

—Podrías haber hecho carrera en la justicia.

—No lo creo. Por los cargos de mi padre y todo eso.

Samantha se levantó del sofá y puso punto final a

la conversación. Había dolor en su mirada. Sacó algunas cosas de la maleta y se dirigió al lavabo. Su padre la había marcado de por vida. Desgraciadamente, Blake no sabía cuán profundas eran las heridas. Tendría que descubrirlo.

Samantha apenas había tenido tiempo de apoyar la cabeza en la almohada cuando Blake la despertó. Se dio una ducha larga con agua muy caliente y tomó un pequeño refrigerio —la comida le provocaba

náuseas— antes de partir hacia Albany. La idea de que la familia de Blake observara cada uno de sus movimientos le ponía la piel de gallina. Era consciente de que se había librado del primer interrogatorio de la madre de Blake, pero no sabía si sería capaz de repetirlo ahora que Linda estaría en su terreno.

Estaba preparada para conocer a la familia al completo. Había escogido para la ocasión un traje de chaqueta con falda color óxido. Blake no se había

molestado en preguntarle por qué se había dejado los vaqueros y la camiseta en el hotel, dentro de la papelera de la habitación para ser más concretos. Simplemente se había reído al verlos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Nunca debería haber llevado esa ropa consigo y mucho menos habérsela puesto el día en el que Linda había decidido hacer su aparición. Si volvían a sorprenderla, sería vestida con sus mejores galas. Para ello se aseguró de que toda la ropa que llevaba consigo fuera acorde

con el gusto de la anterior duquesa de Albany, quizá unas décadas más joven en cuanto al estilo pero siempre digna de la mujer que caminase del brazo de Blake.

De camino a Albany Hall dejó de llover. Londres se desvaneció lentamente y el paisaje se llenó de verdes colinas. Samantha intentó relajarse en el asiento junto a su marido mientras este hablaba de su hermana, que tenía aproximadamente la misma edad que ella.

—Gwen siempre ha

querido que yo sentara la cabeza.

Sam sintió que se le revolvía el estómago al escuchar aquellas palabras.

—¿No te preocupa...?

—Dejó que la pregunta quedara suspendida en el aire y sus ojos se posaron en el chófer. Quería preguntarle si le preocupaba que su hermana le cogiera cariño a su nueva cuñada en el poco tiempo que duraría su matrimonio.

Blake permaneció en silencio unos segundos y su rostro se cubrió de

incertidumbre.

—Gwen y tú os llevaréis bien. Es muy agradable. Tal vez un poco consentida, pero no tiene mala intención.

Samantha apartó aquella conversación para otro momento más apropiado, cuando ambos pudieran hablar a solas. Empezaba a preocuparle la posibilidad de decepcionar a toda la gente que estaba a punto de conocer. De pronto se acordó de su padre, de los días previos a que le pusieran las esposas.

Como licenciada en empresariales, Samantha pasaba muchas horas fuera de clase discutiendo con los profesores sobre el éxito de su padre. Incluso Dan, su novio de entonces, quería saberlo todo de Harris Elliot y su pequeño imperio económico e inmobiliario.

Dan era encantador, carismático y más astuto que un zorro esperando junto a una madriguera a que el conejo asomara su pequeña y peluda cabeza.

Sam era el conejo que no sabía que estaban

jugando con ella.

Y pensar que se había acostado con el hombre que acabó metiendo a su padre entre rejas... Qué estúpida era. Habían estado saliendo, quedando para estudiar, o eso creía ella, y deshaciendo un buen número de camas. Mientras tanto, Dan grababa todas las conversaciones, en las que le hacía preguntas en apariencia inocentes pero que habían resultado cruciales para construir las acusaciones contra su padre.

Incluso ahora, años más tarde y sentada junto al que

iba a ser su marido durante un breve espacio de tiempo, Samantha se ponía enferma al recordarlo. Entonces no había sido consciente de estar revelando pruebas cruciales contra su padre, pero los pecados del viejo eran una bola de nieve cada vez más grande que acabó por matar a su madre y arruinar la vida de Jordan.

Samantha recordaba el día en que Dan le había contado la verdad sobre su identidad, cómo había permanecido impasible mientras un agente federal la

amenazaba con la encarcelación de su madre si no colaboraba en la investigación. Le hablaron sobre los agujeros en las prácticas empresariales de su padre y le revelaron que habían instalado micrófonos por toda la casa.

—Tenemos razones para creer que su madre sabe más de lo que aparenta sobre los delitos de su padre. Si usted no nos demuestra lo contrario, ambos acabarán entre rejas.

Samantha sabía que su madre no estaba enterada de

los negocios de su padre, pero estaba demasiado desconcertada para preguntar por qué un federal querría obligar a una hija a probar la inocencia de su madre. Al final, Dan y sus amigos solo la utilizaron para cargarse a su padre. Sabían que su madre, Martha, no tenía nada que ver con los planes de su padre.

Samantha reflexionó sobre muchas de las cosas que su padre había hecho a lo largo de los años. Tenía socios, o eso decía él, pero

Samantha nunca los había conocido. No fue hasta su primer año de universidad, cuando uno de sus profesores le preguntó por la profesión de su padre, que empezó a sospechar. No pudo darle una respuesta concreta sobre qué hacía para ganar dinero, solo que lo ganaba, y mucho.

En cuanto a su madre, era la esposa de un hombre rico. Comía con la élite del barrio, nunca fregaba los platos y miraba hacia otro lado cuando su padre tenía una aventura. Siempre iba

perfectamente vestida y no permitía que Jordan o ella salieran de casa con ropa que pudiera parecer gastada o barata.

El primer año de universidad le abrió los ojos sobre cómo funcionaba el mundo. Sus compañeras de la hermandad, que desaparecieron como cucarachas cuando su padre ingresó en la cárcel, le enseñaron a administrar el dinero. Dos de ellas provenían de matrimonios rotos y tenían una habilidad especial para separar el

dinero de papá de los gastos de cada día y así poder irse de vacaciones en primavera con el resto de las chicas de la hermandad. La llevaron a centros comerciales y grandes superficies donde no tenía por qué dejarse una pequeña fortuna en las compras habituales. Samantha le había contado a su madre con orgullo cómo estaba administrando el dinero para reducir a la mitad el presupuesto que le había asignado su padre.

Martha echó un vistazo a los vaqueros de Sam y se

negó a seguir escuchando.

—Ninguna hija mía va por ahí vestida así.

Ofendida pero decidida a que la estrechez de miras de su madre no le impidiera seguir aprendiendo sobre las finanzas del mundo real, Samantha continuó ingresando cada mes casi la mitad de la asignación de su padre en una cuenta aparte. Esa cuenta le salvó el pellejo cuando los federales confiscaron todo el dinero de la familia.

Ahora que Samantha había recuperado el estilo de

vida de antaño, le preocupaba enormemente decepcionar a Linda, a Gwen y a toda la familia cuando, en menos de un año, les llegara la noticia de su separación.

Blake cubrió las manos de Samantha con una de las suyas, llamando su atención sobre el incesante modo de retorcerlas sobre su regazo. Sam buscó sus hermosos ojos grises y en ellos encontró compasión. «Probablemente cree que estoy nerviosa por conocer a su familia.»

No tenía la menor idea de que sus preocupaciones eran mucho más profundas.

Por primera vez desde que llevaba alianza, Samantha empezaba a cuestionarse sus decisiones.

¿Y si decía o hacía algo que lo estropeará todo y la madre y la hermana de Blake se quedaban sin nada? ¿Sería Linda capaz de soportarlo?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

¿Y si Linda seguía los pasos de su madre?

Sam sacudió la cabeza

y desterró los recuerdos del entierro de su madre.

—Todo va a salir bien.

De repente, Samantha ya no estaba tan segura de ello. Albany Hall se materializó ante sus ojos mientras la limusina recorría el camino que llevaba a la casa.

—Oh, Dios mío —
masculló entre dientes.

El hogar en el que Blake había pasado su infancia tenía el tamaño de un castillo pequeño. Dos alas sobresalían de una estructura central. Samantha

contó tres plantas pero no descartó la posibilidad de que hubiese un sótano enorme bajo tierra. Según Blake, la casa tenía treinta y cinco dormitorios, sin contar los del servicio. También había un salón de baile y un conservatorio, una biblioteca con más libros de los que nadie pudiera leer en su vida y varios salones, bautizados según el color de la decoración.

—El salón azul está junto a la entrada y el rojo al lado.

Al bajarse de la

limusina y entrar en el mundo de su marido, Samantha se sintió un poco como Cenicienta la noche del baile, solo que en su versión del cuento el reloj no marcaría las doce de la noche hasta al cabo de un año. Eso debería ser suficiente para que se sintiera más segura, al menos durante un tiempo, pero no dejaba de imaginarse calabazas, ratones corriendo entre sus pies, zapatos de cristal y reproches.

—¿Lista? —preguntó

Blake antes de guiarla hacia el interior de la casa.

Si Gwen Harrison albergaba alguna duda sobre la presencia de Samantha junto a su hermano, lo disimulaba increíblemente bien. En cuanto Sam hizo su aparición en la enorme mansión de la familia, Gwen se cogió del brazo de su recién estrenada cuñada y no la volvió a soltar. Era joven, guapa, llena de vida y sin duda alguna muy consentida. Linda la recibió con una sonrisa y le presentó

a una tía por parte materna, al tío de Blake y a dos primos que la observaron detenidamente.

El personal de la casa esperaba a un lado, listo para recoger las maletas, servir el té y fundirse con el entorno.

—No sabes la ilusión que me hace tener a alguien de mi edad por aquí —le dijo Gwen a Samantha. Su hermano disimulaba el acento británico, pero en su hermana era especialmente marcado.

—Nunca te ha faltado compañía —le recordó

Linda a su hija.

—Compañía sí, pero con la familia siempre es diferente. ¿No crees, Samantha? Nunca he tenido una hermana en quien poder confiar.

Gwen sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos, y por un instante Sam se sintió culpable. A pesar de que ella sí tenía una hermana, Jordan no estaba en condiciones de relacionarse con ella de la forma a la que se refería Gwen.

Era como si alguien le

diese una segunda oportunidad a través de Blake para que pudiera disfrutar de una hermana, aunque el tictac de la bomba que era aquella relación no dejaba de sonar.

—Supongo que sí — dijo Samantha.

—Hay té preparado en el salón rojo, Blake. ¿Por qué no nos sentamos cómodamente y nos lo explicas todo sobre tu inesperado noviazgo y matrimonio?

Blake consiguió colocarse junto a Samantha

y tomarla del brazo. El calor que desprendía su cuerpo era un consuelo frente a los pensamientos que la atormentaban. Se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—¿Cómo lo llevas?

Samantha se dio cuenta de que Howard, el primo de Blake, los observaba con los ojos entornados y los labios prietos. Cogió una mano de Blake y le besó los nudillos. La luz que iluminó el rostro de su esposo borró por un momento los oscuros presagios que les

aguardaban en el futuro.

«Bien», respondió en silencio, formando la palabra con los labios, y Blake le apretó la mano.

Linda los guió hasta una estancia roja con el techo abovedado y las paredes empapeladas de rojo, gris y blanco. El estampado era muy sutil a pesar de la elección de colores. Las cortinas de seda y varios cuadros de temática floral le otorgaban a la estancia un toque femenino, reforzado por el precioso centro de flores que

descansaba sobre la repisa de la chimenea.

Los hombres se sirvieron pastas y sándwiches de una mesita antes de tomar el té.

—¿Habías estado alguna vez en Europa? — preguntó Linda mientras servía té oscuro en unas tazas diminutas.

—En el instituto.

—Entonces estarás familiarizada con la hora del té —intervino Gwen.

—No es más que una excusa para picar a media tarde —repuso Blake.

Gwen desaprobó las palabras de su hermano con un gesto de la mano.

—No le escuches. Es alérgico a cualquier cosa que sea remotamente británica. Creo que ninguno de nosotros se sorprendió al escuchar que se había casado con una americana.

—¡Gwen! —le riñó su madre.

—Es verdad.

Samantha apenas podía aguantarse la risa.

—No es culpa mía que las europeas no me llamaran la atención —se defendió

Blake como pudo.

—Entonces —intervino Howard, dejando de comer un segundo para preguntar— ¿Samantha y tú os conocéis hace mucho tiempo?

Los dos habían acordado que fuera él quien respondiera a las preguntas más básicas sobre su relación. De esa manera, ninguno de los dos contradiría las palabras del otro.

—Yo no diría eso.

—¿Qué dirías entonces? —preguntó Mary, la tía de Blake.

—Nos conocimos el mes pasado.

—¿El mes pasado? —
Gwen no daba crédito a lo que acababa de escuchar—. ¿Cómo puedes casarte con alguien a quien apenas conoces?

Blake dejó la taza sobre la mesa y cogió la mano de Samantha.

—Me habría casado con Samantha el mismo día en que nos conocimos si ella me hubiera dicho que sí. Hay veces en la vida en las que simplemente sabes que estás haciendo lo correcto.

Paul, el tío de Blake, se incorporó en su silla.

—Lo correcto, dices. ¿Nos estás ocultando algo?

La mandíbula de Blake se tensó de repente.

—¿Qué me estás preguntando exactamente?

Las mujeres permanecieron en silencio sin apartar la mirada de Samantha.

—¿Tu mujer está embarazada?

Blake parecía incómodo.

—Mi mujer tiene un nombre e insisto en que

empieces a utilizarlo en lugar de actuar como si no estuviera presente. —La frialdad con la que se dirigió a su tío heló la sangre de Samantha. Aquella era una faceta de él que apenas había visto hasta entonces y que esperaba no sufrir en sus propias carnes.

Paul sonrió con malicia, pero antes de que pudiera decir algo, Samantha respondió por su marido.

—No estoy embarazada.

A pesar de que las

mujeres presentes en el salón no dijeron nada, se oyó un suspiro de alivio tras su declaración.

—Entonces os habéis casado por el testamento —intervino Adam, el primo más joven, que estaba sentado junto a Howard, quien hasta entonces no había intervenido en la conversación.

Blake se puso en pie de un salto con los puños cerrados. Samantha se apresuró a dejar su taza de té a un lado y sujetar las manos de su esposo.

—Cariño, sabíamos que pondrían en duda nuestras motivaciones. —A

continuación, como si hubiera nacido para mentir, añadió—: ¿Cómo van a entender la chispa que se produjo entre nosotros el día en que nos conocimos, o entender los motivos que nos han llevado a estar juntos y casarnos sin pasar por un noviazgo largo?

Por fin Linda se decidió a hablar, serenando los ánimos de los presentes.

—Haces que parezca muy romántico, Samantha.

Sam obligó a Blake a sentarse de nuevo y no le soltó la mano para evitar que estrangulase a la parte masculina de su familia.

—Estoy segura de que no quieres saber todos los detalles, pero tu hijo es muy romántico.

—Yo sí quiero saber los detalles —intervino Gwen, mordiéndose el labio mientras hablaba.

Blake miró a su hermana con los ojos entornados. Los de Samantha, por su parte, no dejaron de observar a

Howard, que había presenciado la escena sin pronunciar una sola palabra. Su silencio parecía indicar que no le había convencido. Su mirada, fría y calculadora, se detuvo en Blake, y Samantha no pudo más que preguntarse hasta dónde estaba dispuesto a llegar para echarle la mano a la herencia de Blake.

El mayor de los Parker, de Parker y Parker, estaba sentado frente a Blake, preparado para discutir los detalles de la última

voluntad y del testamento de su padre. Blake recordaba haber escuchado las proclamas del viejo duque desde el más allá exigiéndole que se casara si quería heredar el grueso de su fortuna, pero había algunos detalles que no le habían quedado claros. De hecho, el día de la lectura del testamento, Blake había interrumpido al abogado antes de que pudiera terminar. Al fin y al cabo, acababa de cumplir los treinta; los treinta y seis le parecían algo muy lejano.

Armado con poco más que un traje, una corbata y una expresión estoica en la cara, Mark Parker abrió su maletín y sacó un taco de papeles de al menos cinco centímetros de grueso.

—Veo que no ha tardado mucho en procurarse una esposa —dijo el abogado.

El último encuentro entre ambos había tenido lugar un par de meses atrás. Mark le recordó a Blake la fecha máxima que Edmund había estipulado en su testamento, pero lo hizo solo

porque estaba obligado. Si Blake no se hubiera ajustado a los plazos, Parker y Parker habrían ganado el veinticinco por ciento del total, la madre y la hermana habrían recibido una pequeña suma, insuficiente para mantener su actual ritmo de vida, y el resto se habría repartido entre Howard y algunas obras benéficas.

—Samantha y yo somos muy felices —respondió Blake, negándose a disculparse.

—¿Es eso cierto?

—Podrá comprobarlo usted mismo durante el fin de semana. Hacía tiempo que no me apetecía volver a casa después del trabajo.

Qué extraño, no sonaba a mentira. De hecho, le apetecía ver el rostro de su esposa cada noche y cada mañana desde que habían empezado a compartir la cama.

Mark apretó los labios y las marcas de expresión de su cara se volvieron más definidas.

—Convencer al bufete de que su matrimonio no es

de conveniencia depende únicamente de usted y de su señora esposa.

—Soy consciente de las cláusulas que Edmund incluyó en el testamento. Estamos aquí para determinar exactamente qué necesita su bufete de mí en los próximos doce meses.

Mark se rascó la barbilla.

—Su padre estaba decidido a impedir que usted falseara la situación para superar favorablemente sus demandas.

Su padre era un

imbécil, pero Blake no necesitaba compartir con Mark sus opiniones sobre el viejo.

—Eso ya lo sabemos.

—Pasó una cantidad considerable de tiempo en nuestras oficinas redactando las contingencias legales.

Algo en la forma en que Mark estaba sentado, en el destello que desprendían sus ojos, le ponía el vello de punta.

—Ya hemos repasado esas contingencias.

Mark abrió la boca y dibujó una «O» silenciosa

con los labios antes de inclinar la cabeza a un lado y continuar.

—La mayoría. Hemos hablado de casi todas.

El suelo empezó a temblar bajo los pies de Blake. En lugar de mostrarse inseguro ante el astuto abogado, el duque se apoyó en el respaldo de la silla y esperó a que le expusiera los detalles.

—Estoy convencido de que en el momento de la lectura del testamento de Edmund, usted estaba demasiado triste para prestar

atención a algunas de las cláusulas adicionales. Por citar una, la que establece que, una vez casado, se leyera y aplicara el codicilo incluido en el testamento. — Mark sonreía abiertamente, como un zorro mirando a un ratón desde las alturas.

—Estoy intrigado — respondió Blake—. ¿Qué otra cosa podría pedirme mi padre?

—Aquí tengo una adenda sellada que debía abrirse una vez estuviera casado. —Tras apartar un montón de papeles de la

pila, empezó a leer.

Bien hecho, Blake, hijo mío, parece que al final no he educado a un completo inútil. A estas alturas, estoy seguro de que ya formo parte de tu lista de seres más abyectos que jamás hayan pisado la tierra. Te aseguro que solo me mueve la intención de demostrarte lo importante que debería ser para ti la familia. Te burlaste de mí durante toda tu vida adulta, hiciste lo posible para alterar la mía. Supongo que un hombre mejor que yo

habría dejado una buena cantidad de dinero a sus hijos y a su mujer y habría muerto plácidamente con la conciencia tranquila, en lugar de obligar a su heredero a obedecer los dictados de un testamento. Los dos sabemos que nunca he sido ese hombre. Así pues, hijo mío, te dejo una última tarea antes de que la herencia pase a ser tuya. Confío en que habrás contraído matrimonio justo antes de tu trigésimo quinto cumpleaños, lo que significa que tienes un año para tu

próximo encargo.

Blake sintió que la sangre empezaba a hervirle en las venas. Sabía perfectamente hacia dónde iba su padre y aun así fue incapaz de impedir que las palabras salieran de la boca de Mark Parker.

Si realmente has sentado la cabeza y estás listo para seguir con la saga familiar, tendrás que demostrarlo trayendo un heredero al mundo.

Mark hizo una pausa para comprobar su reacción. Blake se concentró para no apretar los dientes y dobló las manos sobre su regazo, con la imagen de las manos de Samantha flotando en su cabeza.

¿Qué iba a hacer ahora?

Estas cosas llevan su tiempo, pero tienes un año para encarrilar tu futura paternidad.

Al igual que la vez anterior, Blake dejó de prestar atención cuando

Mark entró en detalles: el sexo del niño era indiferente, pero tenía que nacer antes de que Blake cumpliera treinta y seis años. Mark terminó de hablar y carraspeó.

—Parece que su padre pensó en todo.

—¿Y si mi esposa y yo queremos esperar para formar una familia?

Mark disimuló una sonrisa.

—Su padre le dará millones de razones para que acelere sus planes. Claro que si no pensaba formar una familia o seguir casado

con...

Blake interrumpió las palabras del abogado con un gesto.

—Acabamos de casarnos, Mark. O quizá no se ha dado cuenta de ese pequeño detalle.

—Me doy cuenta de todo lo que usted hace. Hombres más grandes que usted se han casado para conseguir sumas millonarias con la intención de divorciarse en cuanto el dinero estuviera ingresado en sus cuentas. —Mark parecía furioso,

pronunciando cada palabra con su acento almidonado.

—Ese anexo estaba sellado, pero usted lo sabía desde el principio, ¿verdad?

Mark se puso cómodo en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho, respondiendo con una leve medio sonrisa. Blake sintió el deseo poco habitual en él de hacer que Mark, y su falta de sensibilidad, se revolciera en su asiento.

—En realidad, me gusta la idea de ser padre —dijo Blake, dejando que el acento de su infancia tiñera

sus palabras.

A Mark se le borró la sonrisa de la cara.

—Samantha será una madre maravillosa. —Lo pensaba realmente, pero aun así puso cara de póquer.

—Va a necesitar más que palabras para convencernos.

—De eso no me cabe la menor duda.

Mark recogió sus papeles y se levantó de la mesa, listo para irse.

—Estaremos en contacto.

Blake se puso en pie y

le ofreció la mano.

—Nos vemos este fin de semana en la recepción.

—Cierto.

Cuando el abogado se disponía a irse, Blake lo detuvo.

—Ah, Mark, asegúrese de que sus abogados me hagan llegar una copia del testamento de mi padre.

Mark asintió y se dirigió hacia la puerta del despacho.

Blake dio media vuelta y se acercó a la ventana para observar las calles bajo la espesa lluvia.

Un niño.

Maldijo a su padre y todo lo que simbolizaba. Una parte de él quería escapar de todo, decirle a Samantha que habían descubierto el engaño. Sabía perfectamente que ella se negaría a traer un hijo al mundo por dinero. Los engaños de su propia familia ya le habían causado demasiado daño. No querría engañar a un niño. Joder, si casi podía sentir cómo se le revolvía todo por dentro cada vez que Gwen empezaba a hablar sobre

planes de futuro.

Blake había dado por hecho que los abogados de Parker y Parker intentarían obligarlos a permanecer juntos durante todo el año siguiente. Pensaba que Mark había acudido a su despacho para decirle algo tipo: «Blake, usted y su esposa no pueden estar separados más de dos semanas seguidas si quieren que nos creamos que están felizmente casados».

No, los abogados de su padre habían hecho algo mucho más difícil de conseguir.

Pero ¿y si Samantha se quedaba embarazada? ¿Tan malo sería eso? Una sensación de calor empezó a ascenderle por el pecho. La idea de ver cómo sus curvas se volvían más pronunciadas, cómo sus pechos le llenaban las manos aún más, cómo sostenía entre sus brazos un hijo que también era el suyo...

Blake apartó las imágenes, que no eran especialmente difíciles de imaginar, de su mente.

Quizá su equipo de abogados podría encontrar

alguna ilegalidad en el testamento de su padre. Había asignado el caso a los mejores para ver qué podían hacer.

Por el momento, mantendría aquel último giro de los acontecimientos en secreto.

9

Samantha no conseguía librarse del *jet lag* y ya llevaban casi una semana en Europa. Además, vivir en una mentira le resultaba

agotador. Incluso Blake empezaba a resentirse.

La recepción tendría lugar al día siguiente y ya estaba todo preparado. Samantha necesitaba alejarse un rato de su familia política, que podía llegar a ser extenuante. Cuando Blake la encontró, se había escabullido a la biblioteca en busca de una distracción.

—Estás aquí.

Con un pantalón informal y un jersey que enfatizaba la amplitud de sus hombros, Blake estaba para comérselo.

—Creía que habías ido a la oficina.

Él negó con la cabeza.

—Hoy no podía dejarte sola.

—¿Qué tiene hoy de especial? —preguntó Samantha, un tanto confundida.

Él se llevó una mano al pecho y fingió una herida mortal.

—No puedo creer que te hayas olvidado.

A Samantha se le escapó la risa.

—Nunca dejes el trabajo para ser actor —se

burló.

—No sabes qué día es hoy, ¿verdad?

No era festivo, ni allí ni en Estados Unidos, el cumpleaños de él ya había pasado y para el de ella todavía faltaban unos meses.

—No, no tengo ni idea.

Blake la cogió de las manos y las apoyó sobre su pecho.

—Llevamos un mes casados.

Dios, era verdad. Y que él hubiera pensado en ello y le diera tanta importancia demostraba que el apuesto

duque era en el fondo un sentimental.

—Vaya, ya ha pasado un mes. —Aunque parecía mucho menos tiempo.

—Sé cómo podemos celebrarlo.

—¿Quieres celebrar nuestro primer mes de casados?

Samantha miró por encima del hombro de su marido para comprobar si había alguien escuchando. No podía ver más allá de la puerta, de modo que decidió preguntarle en otro momento a qué venía tanto revuelo.

Blake le guiñó un ojo y entrelazó los dedos con los suyos.

—Vamos.

Salieron de la biblioteca, atravesaron el enorme recibidor y se dirigieron hacia la puerta principal.

—¿Adónde vamos? —
Le gustaba aquel Blake despreocupado que afluoraba en los escasos momentos en que se podía relajar.

—A un sitio.

—¿Ahora te haces el enigmático? —le preguntó ella—. ¿Adónde?

—Ya lo verás.

En lugar de llevarla hasta el coche, caminaron hacia los establos.

—Dijiste que sabías montar, ¿verdad?

Habían estado hablando de caballos poco después de llegar a Albany.

—Sí, pero hace mucho tiempo que no lo hago.

—Tranquila, que no iremos muy lejos.

El sol había hecho acto de presencia por primera vez en días. El aire cálido y los pájaros volando a su alrededor aliviaban parte del

estrés que Samantha cargaba sobre los hombros. En el establo, encontraron dos caballos ensillados y listos para el paseo. Blake le dio las gracias al chico que había preparado las monturas y luego le susurró algo al oído que Samantha no pudo oír. El chico se sonrojó, miró a Samantha un momento y dio media vuelta.

—Sí, señor —le dijo a Blake.

—¿Necesitas ayuda para montar? —le preguntó su marido.

La yegua castaña miró a Samantha con recelo mientras esta se le acercaba. Tras un par de caricias, resopló como si quisiera decir «qué remedio».

—Quizá necesite que me eches una mano.

Blake entrelazó las manos para que Samantha pudiera apoyarse en ellas. Tras un par de intentos, consiguió subir a lomos de la yegua y cogió las riendas.

Blake montó con un movimiento impecable de jinete experimentado, manteniendo la espalda recta

mientras dirigía su caballo fuera del establo.

—¿Y cómo se llama este caballo? —preguntó Samantha cuando dirigían las monturas hacia la explanada que se extendía detrás de Albany Hall.

—Creo que Maggie.

—¿Y el tuyo?

—Blaze.

Samantha echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Maggie suena lenta y Blaze rápido.

Blake le guiñó un ojo.

—Exacto.

—Te dije que sabía montar. No hacía falta que escogieras a la abuela del establo para mí. —Maggie cabeceó y los dos se rieron a carcajadas.

—Creo que no le ha gustado lo que has dicho —bromeó Blake—. Me dijiste que llevabas tiempo sin montar. No quería sentirme responsable si acabas en el suelo con un hueso roto.

Sam se inclinó sobre el cuello de la yegua y le dio unas palmadas bajo las orejas.

—No me vas a tirar,

¿verdad?

—No se atrevería.

Samantha consideró la posibilidad de llevar el caballo a un trote más rápido pero no tenía ni idea de adónde se dirigían.

—¿Cuándo fue la última vez que montaste? —preguntó Blake.

—Antes... —Samantha dejó la frase a medias. Como si él supiera cómo seguía. Durante muchos años, cada detalle de su vida era antes o después de la caída en desgracia de su familia—. Antes de que mi padre

ingresara en prisión —
continuó, cuando vio que
Blake la observaba
pacientemente—. Antes de
la muerte de mi madre.
Antes de Dan. Antes del
intento de suicidio de
Jordan. Mi hermana y yo
solíamos montar juntas muy
a menudo. —La imagen de
Jordan sobre un caballo le
arrancó una sonrisa
nostálgica.

—¿Quién es Dan?

¿Había dicho su
nombre en voz alta?

—Dan es el cerdo con
el que estuve saliendo en la

universidad.

—Ahí hay una historia.

Blake no la presionó en busca de respuestas. Quizá por eso a Samantha no le costó sincerarse.

—Dan salía conmigo para averiguar cosas de mi padre. Trabajaba para los federales.

Blake se quedó petrificado.

—¿Se acostó contigo para llegar a tu padre?

La rabia que desprendía su voz la hizo sonreír. Era agradable que alguien lo viera así.

—Se acostó conmigo. Me dijo que me quería. Las mujeres no son las únicas que mienten para conseguir lo que quieren.

—Lo debiste de pasar muy mal

Samantha aún recordaba aquellos días, el dolor, la decepción.

—Supongo que ya sabes por qué me cuesta confiar en la gente.

—Me halaga que confíes en mí.

—Y haces bien —dijo Sam, y le guiñó el ojo. No pensaba desperdiciar aquel

día tan bonito haciendo un repaso de su pasado.

Blake acercó su caballo al de Samantha, le cogió la mano y, acercándosela a los labios, le dio un beso en el dorso.

Sam sintió que el corazón le daba un vuelco y a continuación se abría como el capullo de una flor. Por mucho que lo intentara, no podía evitar comparar lo que sentía por él con lo que había creído sentir por Dan. Parecía imposible que fueran del mismo planeta.

—¿Adónde me llevas?

—preguntó, cambiando de tema.

Blake miró por encima del hombro con una sonrisa pícaro en los labios.

—No te gustan las sorpresas, ¿verdad?

—Sí me gustan. Es que... Vale, tienes razón, no me gustan. ¿Adónde vamos?

Blake señaló hacia una extensión de árboles a un kilómetro y medio de allí.

—Hay un arroyo y, junto a este, una cabaña. He pensado que podríamos comer tranquilamente, los dos solos.

Samantha relajó los hombros y sonrió como una tonta.

—Qué tierno.

—Ese soy yo, el señor Tierno.

Estaba siendo sarcástico, pero Samantha pensó que el nombre le hacía justicia.

—Detrás de aquellos árboles, ¿no?

—Sí.

Blake mantuvo el paso lento de su caballo, sujetándose con los muslos a los flancos del animal. Samantha no pudo evitar

volver a admirar la perfección de su perfil y la anchura de sus hombros, que se estrechaban hasta terminar en una retaguardia perfecta. Se le hacía la boca agua. De pronto no podía pensar en nada que no fuese la cabaña y la privacidad que tendrían allí.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Media hora como mucho.

—Mmm. —Y de pronto, sin previo aviso, Samantha clavó los talones en los flancos de Maggie y

agarró las riendas con fuerza al tiempo que el caballo echaba a correr.

—¿Sam? —la llamó Blake a lo lejos.

Ella pegó las rodillas a la yegua y se sujetó bien hasta que Maggie encontró un ritmo cómodo para correr.

Bastaron unos segundos para que Blake la alcanzara. Tenía el ceño fruncido, pero se tranquilizó al ver que Samantha sonreía. En lugar de detener los dos caballos, dejó que Blaze tomara la delantera, con

Maggie siguiéndole de cerca.

La brisa, fresca tras varios días de lluvia, azotó el pelo de Samantha hasta liberarlo del clip con el que lo llevaba recogido. El paisaje era una mancha borrosa, aunque no lo suficiente como para no percibir el aroma de la lavanda en flor y de la hierba fresca bajo los cascos de los animales. Podría acostumbrarse fácilmente a todo aquello: a la libertad de alejarse de los problemas a lomos de un caballo, a los

kilómetros de campo abierto en los que perderse.

Llegaron al límite del espacio abierto en cinco minutos y, una vez allí, redujeron la marcha de sus monturas para abrirse paso entre los árboles. Además, Maggie y Samantha tenían que recuperar el aliento.

—Ha sido genial.

Blake miró a Samantha fijamente a los ojos. Por primera vez en días, parecía relajado, casi feliz. Samantha creyó que le iba a decir algo, pero él bajó la mirada y tiró de las riendas

para dirigir a Blaze hacia el corazón del bosque.

—Esto es tan bonito. Y tan tranquilo.

—Cuando era niño, solía venir a caballo hasta aquí para escapar de mi padre.

—¿Tan malo era? —Al parecer, la relación entre ambos había sido horrible, pero Blake nunca le había explicado nada.

—Yo no era como él.

—¿Y eso era lo que quería? ¿Una miniatura de sí mismo?

Blake asintió.

Samantha quería hacer más preguntas, pero cuando el camino empezó a estrecharse, Blake se situó delante de ella. Pronto oyeron el rumor del agua por encima del ruido de los caballos.

Cuando los árboles se abrieron y apareció el arroyo, Samantha comprendió por qué Blake había escogido aquel lugar para refugiarse. El agua cristalina saltaba sobre las piedras formando una pequeña cascada y acariciaba las ramas y los

troncos de los árboles. La hierba y el musgo crecían en ambas orillas. Era imposible no imaginar a Blake de pequeño sentado junto al arroyo tirando piedras.

—¿Esto está dentro de la propiedad?

—Sí. En total son unas doscientas hectáreas, pero este es el lugar más bonito de toda la finca.

—Es precioso, Blake.

El camino terminaba en un pequeño prado con una cabaña en un extremo. En cuanto salieron de la protección de los árboles,

Blake se bajó del caballo.

—Les dejaremos beber antes de atarlos.

Samantha descendió de su montura. Le temblaban las piernas, pero la sensación resultaba refrescante.

—¿Usáis la cabaña muy a menudo? —preguntó mientras los caballos bebían del arroyo.

—La verdad es que no. Durante mucho tiempo yo fui el único que venía. Creo que cuando me marché, Gwen cogió el relevo.

—Se lo preguntaré.

Blake guió los caballos

hasta un poste y los ató, dejándoles suficiente cuerda para que pudieran pastar a sus anchas por el prado.

—Ven, que te enseñaré el interior.

Samantha se cogió de su mano y, deleitándose en la calidez que desprendían sus dedos alrededor de los de ella, le siguió hasta el porche de la cabaña.

La puerta se abrió con un pequeño empujón.

—¿No la cerráis?

—No hace falta.

Al entrar, Samantha se quedó sin aliento.

En el centro de la estancia había una mesa lista para dos personas: servilletas de lino, platos de porcelana y copas de cristal; junto a la mesa, una cubitera con una botella de vino enfriándose en su interior; encima de ella, bandejas de plata repletas de comida.

—Oh, Blake, esto es increíble.

—¿Te gusta?

Se volvió hacia él y le pasó un brazo alrededor de la cintura. Levantó la mirada, sonrió y acercó los labios a los de su esposo.

—Me encanta.

Blake aceptó el ofrecimiento con un beso corto, pero cuando ella se disponía a retirarse, la sujetó contra su cuerpo e inclinó la cabeza. Lo que había empezado como una señal de gratitud pronto se convirtió en algo más serio.

La sensación que despertaban las manos de Blake acariciándole la espalda le arrancó un gemido desde lo más profundo de su ser. Allí donde sus cuerpos entraban en contacto, la temperatura

subía al instante. Cuando hacían el amor, era como si nunca pudieran tocarse lo suficiente. Blake le mordió el labio mientras con una mano buscaba sus pechos.

—Soy una mala persona —le dijo entre besos.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sin acabar de entender sus palabras.

—¿Por qué lo dices?

La empujó suavemente hacia el interior de la cabaña y cerró la puerta tras él.

—Ni siquiera hemos comido y ya me he

abalanzado sobre ti.

Entre risas, Samantha se quitó los zapatos y le ayudó a deshacerse del jersey.

—¿Me estás diciendo que la idea era solo comer?

Blake le desabrochó la falda y la lanzó al otro lado de la habitación.

—Primero comer, luego hacer el amor. Ese era el plan.

Samantha trazó la línea de la mandíbula de Blake con la lengua y luego siguió bajando hacia uno de sus pezones erectos.

—Hacer el amor, comer... —murmuró, abriéndose paso hacia el otro pezón entre risas—. Y hacer el amor otra vez.

Sin dejar de quitarle la ropa, Blake la fue empujando lejos de la comida hacia el único dormitorio de la cabaña. A Samantha apenas le dio tiempo a admirar la delicadeza de las cortinas de encaje que enmarcaban las ventanas o la colcha cosida a mano que cubría la cama. Cuando reparó en ellas, ya tenía a Blake encima.

—Me encanta sentir tu peso sobre mi cuerpo —le dijo.

—Sí, te encanta.

Con gran habilidad, Blake consiguió desabrocharle el sujetador y lo lanzó al otro lado de la habitación en cuestión de segundos. Luego le lamió un pezón, describió un círculo alrededor de la punta y lo chupó.

—Sabes a primavera —murmuró, antes de prestarle atención al otro pecho.

Esta vez se tomó su tiempo para cubrirla de

lametones lentos y
acompañados, arrancándole
un escalofrío de placer con
cada nuevo movimiento.
Luego fue bajando por su
firme vientre, le quitó las
medias y dibujó con la boca
un sendero por encima de la
cadera y muslo abajo.

Cada vez que hacían el
amor, no tardaban en
entregarse a la urgencia de la
penetración. Sin embargo,
esta vez Samantha presentía
que sería diferente, más
pausado pero igualmente
placentero. Blake deslizó la
yema del pulgar por el

muslo de su esposa y, sujetando las braguitas con un dedo, le acarició la zona más sensible de la cadera.

—Creo que mi sustento —dijo, rozando la carne con una bocanada de su cálido aliento— será antes y después de que nos comamos lo que hay sobre la mesa.

De repente, Samantha se sintió vulnerable. Por muy cómoda que estuviera encima de una cama con él, ningún hombre la había besado jamás entre las piernas.

—¿Qué te pasa? —
preguntó Blake, entornando
los ojos preocupado y con la
barbilla peligrosamente
cerca de sus braguitas
empapadas.

—No he... —No era
virgen, pero en aquello en
concreto podía decirse que sí
—. Nadie me ha... —Bajó la
mirada hasta su monte de
venus y luego la volvió a
levantar.

Un destello de
comprensión iluminó los
ojos de Blake y en sus labios
apareció una sonrisa amable.

—¿Nunca?

Ella respondió que no con la cabeza.

Blake acercó los labios y le besó la piel que se extendía bajo el ombligo sin apartar los ojos de los suyos.

—Me gusta.

Con aquellas dos palabras, Samantha se olvidó de la vergüenza y se dejó llevar entre los brazos experimentados de su marido. Blake apartó la tela de las braguitas y buscó la cálida carne con la lengua. La besó una y otra vez, rodeando su sexo con la boca abierta hasta que ella

separó los muslos y le dejó espacio para poder maniobrar. Besó, lamió y gimió hasta casi doblegar la voluntad de Samantha e incitarla a pedir más. Cuando rozó con los labios el punto más sensible de todo su cuerpo, ella estuvo a punto de levantarse de la cama de un salto. Blake la retuvo describiendo círculos con la lengua, provocándola y arrancando pequeños espasmos de lo más profundo de su cuerpo. La intensidad del orgasmo que se estaba formando en su

interior no se parecía a nada que Samantha hubiese experimentado. Blake la llevó al límite para luego obligarla a retroceder, con las uñas clavadas en sus hombros.

Era una tentación, un profesor que le enseñaba a ansiar lo que aún estaba por llegar, y lo único que podía hacer ella era suplicar más.

—Por favor.

Con un lametón rápido y una ligera presión, Samantha sintió que se abrían las compuertas y gritó. Todo su cuerpo tembló

mientras ella disfrutaba de aquella sensación tan intensa hasta el final.

Cuando por fin se atrevió a abrir los ojos, lo primero que vio fue la sonrisa de Blake a escasos centímetros de su cara. No había dejado de acariciarla ni un segundo para que tuviera tiempo de recuperarse.

—Eres malvado —
murmuró Samantha con voz grave.

Él la besó suavemente en los labios.

—Y tú muy *sexy*.

Ahora que ya sé a qué sabes, te aviso que querré más.

Samantha le acarició la cintura y se sorprendió al descubrir que se había quitado la ropa. Recibir y no dar a cambio era algo que no iba con ella, de modo que sonrió y le empujó de espaldas sobre la cama para tomar el relevo. Siguiendo su ejemplo, trazó la línea de su cadera primero con los dedos y luego con la lengua. El sabor entre el almizcle y la sal de la piel de su marido le estimuló las papilas gustativas hasta que no pudo

evitar que se le hiciera la boca agua.

—¿Debería preocuparme? —susurró Blake cuando Samantha rozó su erección con la mejilla.

—¿Qué? —preguntó ella, haciéndose la inocente—. Lo he visto en las películas. —No era cierto, pero quería que Blake lo creyera. En eso sí que tenía algo de experiencia. Además se explicaba en algunos de los libros que leía de vez en cuando. Al parecer, muchos autores se conocían la

mecánica al dedillo.

—Pero...

Samantha lo atrajo a las profundidades de la cálida caverna que era su boca.

—Santo Dios. —Blake gimió y levantó un poco la cadera, suplicando más.

Samantha sonrió sin apartarse, sin dejar de lamer y saborear, y deseando darle placer casi tanto como a sí misma. El olor a almizcle y a sexo le embargaba los sentidos mientras lo llevaba al límite del placer para retirarse un segundo antes. Habría continuado gustosa,

pero Blake la apartó suavemente.

—Demasiado.

—¿No te gusta? — preguntó ella para provocarlo, consciente de que le encantaba lo que le estaba haciendo. Quería llegar hasta el final, al igual que lo había hecho él con ella.

—En otro momento — respondió Blake antes de coger la cartera de los pantalones y sacar un preservativo.

Samantha le ayudó a ponerse la fina capa de látex

y se subió encima de él. Cuando se besaron, el sabor de sus salivas se hizo uno. Blake se abrió paso entre sus piernas, llenando hasta el último centímetro, dilatando la carne con su impaciencia. Empujó para que sus cuerpos se encontraran, se retiró y volvió a empujar. Tenía los dedos hundidos en la melena de Samantha y la sujetaba con fuerza mientras el cuerpo de ella respondía con una pasión y un deseo renovados.

Samantha nunca tenía suficiente. Sus pechos

acariciaron el suave vello del torso de Blake. Él sentía que el corazón se le estrellaba contra las costillas con cada latido, como si quisiera saltar al pecho de su amante. Por mucho que Samantha se dijera a sí misma una y otra vez que el tiempo que pasaban juntos solo era una forma de aliviar sus necesidades mutuas, de satisfacer sexualmente al otro, no podía evitar que trocitos diminutos de su corazón se fundieran con el de su marido.

Se movían al unísono,

tensos como las cuerdas de un violín, hasta que ella no pudo más y se dejó arrastrar por la corriente. Blake la sujetó contra su cuerpo y le gimió al oído mientras se alejaba río abajo con ella.

El mundo dejó de dar vueltas a su alrededor. Blake le susurró palabras dulces al oído y de repente Samantha supo que se había metido en un buen lío. Enamorarse de su marido no formaba parte de los planes. Y a pesar de la sinceridad que se habían demostrado hasta entonces, a Samantha no le pareció

conveniente hablar de sus preocupaciones en voz alta.

Se apartó de sus brazos enseguida. Todavía no había recuperado el aliento y el calor que habían desprendido sus cuerpos, y que aún flotaba en el ambiente, empezaba a afectarle. Pero justo entonces oyó el sonido de sus tripas: la escapatoria perfecta.

—Me muero de hambre.

Albany Hall se llenó de gente, todos deseosos de ver

a la nueva duquesa, la mujer con la que Blake finalmente se había casado. La gente murmuraría a sus espaldas, de eso él no tenía la menor duda, pero nadie se atrevería a mostrar nada que no fuera respeto hacia él y hacia su esposa.

Sorprendió a Samantha al fondo de la sala, hablando con Gwen y con una pareja. Su mujer había escogido un vestido de noche increíble de color marfil con un escote que le caía hasta el final de la espalda. Blake le había regalado un collar con una

esmeralda en el centro y unos pendientes a juego. Los zapatos, montados sobre unos tacones de diez centímetros, asomaban por una abertura en la seda que le llegaba hasta el muslo. Aquella mujer era increíble. Tenía esa elegancia que no se puede aprender y una belleza nada superficial. Blake estaba orgulloso de poder gritar a los cuatro vientos que aquella era su esposa.

Carter, que había viajado a Reino Unido para la ocasión, estaba junto a él.

—No doy crédito a la transformación que ha sufrido tu mujer —le susurró al oído para que solo su amigo lo escuchara.

—Es preciosa.

Lo extraño era que a él no le habían sorprendido los cambios. Era como si Samantha estuviera floreciendo ante sus ojos, cada día con un poco más de luz y de seguridad en la forma de andar.

—Es más que eso. — La mirada de Carter se clavó en uno de los abogados de Parker y Parker que estaba al

otro lado del salón—.
¿Cómo te va?

Blake no tenía intención de comentar los detalles del testamento en un lugar lleno de oídos indiscretos.

—Perfecto. En unos días volvemos a Estados Unidos. Gwen quería venirse con nosotros, pero al final he conseguido convencerla para que entienda que Samantha y yo necesitamos pasar tiempo a solas antes de empezar a invitar a la familia.

Carter se rió.

—¿Y te ha funcionado?

—Por supuesto.

¿Por qué no? Más de la mitad de la familia los había visto llegar el día anterior, después de la escapada a la cabaña. Tras hacer el amor, comer y encontrar un lugar soleado sobre la hierba para hacer el amor por segunda vez, llevaban la ropa y el pelo hecho un auténtico desastre. Era imposible no deducir lo que había pasado.

—Cuidado, Blake.

Blake levantó la copa y miró a su amigo por encima del borde.

—¿Cuidado con qué?

—Hay algo distinto en ti. Ve con cuidado.

Blake se cuadró.

—Siempre lo hago.

Samantha se dirigía hacia ellos con una sonrisa en los labios. Blake bajó la copa y deslizó un brazo alrededor de su cintura.

—¿Recuerdas a Carter?

—¿Y quién no? —

Samantha se inclinó hacia el amigo de su esposo y este la besó en la mejilla. A pesar de que su mejor amigo no suponía una amenaza para él, a Blake no le gustó ver

cómo se iluminaban los ojos de su esposa al mirar a Carter—. ¿Ya te han llamado de Hollywood?

Carter soltó una carcajada. Samantha bromeaba con su apariencia, tan propia de Hollywood que, si alguna vez se cansaba de intentar labrarse una carrera en la política, podría conseguir fácilmente un papel en una película.

—Aún no. Supongo que sigo a la espera.

El brazo de Blake que rodeaba la cintura de su esposa se puso tenso.

—Tu madre sugiere que nos traslademos al salón de baile para empezar. Parece que nadie tiene intención de salir a la pista hasta que tú y yo hayamos bailado un par de compases.

La idea de tener a Samantha tan cerca de su cuerpo era suficiente para inspirar sus dotes como bailarín.

—Si nos disculpas.

Carter asintió mientras la pareja se alejaba.

—¿Te he dicho lo guapa que estás esta noche?
—le susurró Blake al oído.

—Sí, lo has hecho. Tú tampoco estás nada mal.

Blake sonrió alagado. Al final se había decantado por el esmoquin. ¿Por qué no? No habían tenido la oportunidad de ponerse elegantes para la boda y aquello era una buena manera de compensarlo.

Hicieron su entrada en el salón de baile. En una esquina, un cuarteto de cuerda amenizaba la velada. Cuando los músicos se percataron de su presencia, terminaron la canción que estaban tocando y pasaron a

la siguiente.

En cuanto la música empezó a sonar, Blake guió a Samantha hacia el centro del salón y abrió los brazos para recibirla. Ella apoyó las manos en sus hombros y ambos empezaron a moverse al ritmo de la música.

—La gente nos mira — susurró Samantha, con las mejillas coloradas de la vergüenza.

Blake deslizó la mano por el borde del vestido hacia la curva de su espalda y la atrajo más cerca.

—Es lo que se suele

hacer cuando los recién casados bailan. Además — bromeó al sentir que se ponía aún más tensa—, seguro que están esperando a que tropiece—. Y la hizo girar sobre sí misma, pegados el uno con el otro.

—Pues van a esperar un buen rato, porque se nota que sabes lo que estás haciendo.

Blake cogió la mano con la que su esposa le rodeaba el cuello y juntos dibujaron una nueva figura.

—He bailado un par de veces.

—O tres o cuatro.

Samantha se dejó llevar entre los brazos de Blake. Cuando sonó la última nota, se estaban mirando a los ojos. Blake se inclinó hacia ella y la besó.

El salón se llenó con el destello de los flashes y varias personas aplaudieron antes de que el cuarteto tocara la siguiente canción. Esta vez la pista se llenó rápidamente.

—¿El beso era para las cámaras? —le susurró Samantha al oído, poniéndose de puntillas.

—Ese beso era para ti
—respondió él con una
sonrisa—. Pero este otro...
—Rodeó a Samantha con un
brazo, la obligó a echarse
hacia atrás y la besó de
nuevo en los labios—. Este
sí es para las cámaras.

Samantha se mordió el
labio y sonrió.

—Jesús, y yo que creía
que a los ingleses no os
gustaban las muestras de
afecto en público.

Blake soltó una
carcajada.

—Y los dos sabemos
cuánto me enorgullezco de

ser inglés.

Siguieron girando al ritmo de la música, sin dejar de reír, hasta que Blake notó una mano en el hombro. Miró hacia atrás y vio a su amigo Carter sonriendo.

—¿Os importa si interrumpo?

Estuvo a punto de mandarle a paseo, pero al final asintió y le dejó que bailara con su esposa.

Los siguió con la mirada mientras daban vueltas por la pista, preguntándose qué le estaría diciendo Carter para que ella

se riera tanto.

—Tranquilo, hermanito
—se burló Gwen, que había
aparecido a su lado—. Solo
están bailando.

—¿Qué? —Blake
parpadeó y miró a su
hermana.

—Que solo están
bailando. Y esperaba que tú
bailaras conmigo —dijo,
tirando de la mano de su
hermano hasta que este
accedió—. ¿Sabes? Me cae
muy bien.

Blake tuvo que girar
con Gwen entre los brazos
para no perder a Samantha

de vista.

—Tú también le caes bien.

—Es mucho más agradable que cualquiera de las chicas con las que has salido antes. Sé muy bien por qué te has casado con ella. Y eso sin tener en cuenta que además es americana, lo cual hubiera cabreado a papá.

Al oír aquellas palabras, Blake centró toda su atención en Gwen.

—No me he casado con ella para llevarle la contraria a nuestro difunto padre. —

No, se había casado con ella por su culpa.

—Pero tampoco está de más saber que él no lo habría aprobado.

¿Tan transparente era que incluso su hermana era consciente de sus traumas? ¿Y si todo el esfuerzo, todas las mentiras, tenían como único objetivo disgustar a un hombre muerto? ¿Qué pasaría cuando Blake se liberara de toda la animosidad y el dolor del pasado?

—No frunzas el ceño, Blake. La gente creerá que

estamos discutiendo.

Blake hizo girar a su hermana y se obligó a sonreír.

—Y tú, Gwendolyn, ¿nunca pensaste en llevarle la contraria a papá?

—No —respondió ella, sacudiendo la cabeza—. Mamá me necesitaba a su lado. ¿Te imaginas quedarte aquí a solas con él?

Blake parpadeó al oír las palabras de su hermana.

—No me lo imagino, pero dudo que mamá quisiera que sus hijos renunciaran a vivir su vida

por ella.

Gwen le dio unas palmadas en el brazo.

—Lo sé. Hemos hablado de viajes, de ver el mundo sin tenerla siempre a mi lado. Supongo que ahora que has sentado cabeza, madre se centrará más en ti y en tu familia.

—Solo somos Samantha y yo.

—Por favor, que no estoy ciega. No tardaréis mucho en aumentar la familia.

La canción llegaba a su fin y, por suerte, daría por

concluido el baile con su hermana.

—Ni siquiera hemos partido el pastel de bodas, Gwen. No empecemos a pensar en futuros pasteles de cumpleaños.

Pero su mente ya lo hacía desde que Mark había contaminado sus planes y sus intenciones con un obstáculo más.

Los hermanos se separaron. Blake buscó a Samantha con la mirada, pero por desgracia, su tía lo acorraló para que bailara con ella, y Samantha cayó en los

brazos de uno de sus retorcidos primos.

La fiesta se alargó hasta altas horas de la madrugada. Los invitados que habían acudido de lejos pasaron el resto de la noche en alguna de las numerosas habitaciones de la mansión, mientras que los que vivían por la zona regresaron a sus casas.

Una vez en el dormitorio, Samantha se quitó los zapatos junto a la puerta y hundió los dedos de los pies en el suave tejido de la alfombra.

—Ah, qué gustito.

—Empezaba a creer que algunos de los invitados no pensaban irse nunca.

—¿Irse? Un grupo de hombres se ha retirado al salón azul a fumar y jugar a cartas. Por su forma de hablar, cualquiera diría que son caballeros ingleses del siglo XVIII.

Blake se quitó la corbata y los zapatos.

—¿A qué te refieres?

—Uno de ellos, creo que se llamaba Gilbert...

—Gilabert —la corrigió Blake, visualizando

la imagen del hombre—. Dinero viejo como su padre y costumbres talladas en piedra.

—Un nombre de lo más exótico, pero da igual. La esposa de uno de sus compañeros de póquer ha preguntado si podía unirse y el tal Gilabert la ha rechazado. «De ninguna manera. No está permitida la entrada a mujeres.» — Samantha había bajado la voz e imitaba la forma de hablar del hombre fingiendo un dejo británico en la pronunciación.

—Muy propio de él.

—Si me lo hubiese dicho a mí, me habría sentado a su diestra solo para molestarle.

A Blake le habría encantado estar presente para verlo.

—Multiplícalo por diez y tendrás a mi padre.

Samantha abrió los ojos como platos, horrorizada.

—Lo siento mucho, Blake.

—Yo también.

Samantha entró en el vestidor sacudiendo la cabeza y Blake empezó a

sacarse la camisa de los pantalones.

—Somos un desastre, los dos —dijo ella desde la otra estancia.

—¿En serio? ¿Por qué lo dices?

—Nuestros padres nos la jugaron bien jugada. El tuyo se niega a resignarse a su tumba y sigue tomando decisiones a diestro y siniestro, y el mío me obliga a cuestionarme la sinceridad de cada hombre que pasa por mi vida.

Blake dejó la camisa sobre el respaldo de una silla

antes de desabrocharse los pantalones.

—No parece que te cuestiones la mía.

—Pero lo hice, al principio. Esos días ya son agua pasada. Me he acostumbrado a ti.

—¿En serio? — preguntó Blake, sonriendo.

—Has sido sincero conmigo desde el principio. Y te admiro por ello.

De pronto el duque no supo qué decir. Debería aprovechar la ocasión, contarle el nuevo e insignificante problema que

el abogado se había sacado de la chistera, pero tenía la boca más seca que el desierto.

—Me he sorprendido cuando algunos de tus colegas me han contado que eres implacable en los negocios. Supongo que es un aspecto de ti que no conozco.

Era implacable y mucho más. Blake Harrison nunca perdía. Sus ojos no se apartaban ni un segundo del objetivo que se hubiera marcado.

—¿Alguien te ha

hablado mal de mí?

—Por favor, Blake, sabes que no lo habría permitido. No, nada de críticas, solo información. Ha sido un poco extraño. Incluso el abogado... ¿Cómo se llama?

Blake sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Mark Parker?

—El mismo.

Tenía que sentarse cuanto antes. Menos mal que tenía la cama detrás.

—Me ha dicho que tu padre y tú sois tal para cual cuando se trata de ser

despiadados para conseguir lo que queréis. No he podido evitar reírme. He recordado la cena en el restaurante en Malibú, tú sentado frente a mí diciéndome que todo el mundo tiene un precio. Por un momento me ha parecido que Mark quería añadir algo, pero yo no paraba de reírme. Creo que cuando se ha ido estaba molesto conmigo.

Blake suspiró aliviado. Mark había mantenido la boca cerrada. Gracias a Dios.

No es que tuviera intención de ocultarle

indefinidamente la nueva cláusula a su esposa, solo necesitaba más tiempo para encontrar un camino alternativo, algo a lo que agarrarse para poder quedarse con la herencia sin tener que renunciar a Samantha.

Bueno, al menos durante un año.

Menos de doce meses.

Samantha carraspeó desde el otro lado de la habitación, desde donde lo observaba apoyada en el marco de la puerta.

Se había puesto un

salto de cama de encaje blanco con unas braguitas minúsculas a juego que apenas tapaban nada. La melena, que durante toda la velada había llevado recogida en un moño alto, caía ahora sobre sus hombros como una hermosa cascada de reflejos cobrizos. En la mano sostenía una caja vacía de condones.

—Por favor, dime que tienes más de estos —le dijo, haciendo girar la caja entre dos dedos.

—Y yo que suponía que esta noche estarías

demasiado cansada. —Y él también. Sin embargo, su cuerpo cobró vida cuando ella se acercó cruzando la estancia y moviendo las caderas al ritmo del latido de su corazón.

Blake ya se había quitado la ropa interior y Samantha no pudo evitar bajar la mirada.

—Parece que tú no estás cansado.

Samantha deslizó una mano por el pecho de Blake y él respiró profundamente, embriagándose del aroma de su piel. Trescientos sesenta y

cinco días no parecían suficientes.

—Además —le susurró Samantha al oído con su voz más grave y sensual—, no hemos celebrado nuestra noche de bodas como Dios manda. Propongo que recuperemos el tiempo perdido. —Golpeó la caja contra el pecho de Blake—. Pero necesitamos más de estos. Cuando volvamos a Estados Unidos, iré al ginecólogo, pero hasta entonces tenemos que ir con cuidado.

—En mi maleta —dijo

él—. Yo los cojo. —No quería sentirse tentado de tomar lo que ella no parecía dispuesta a darle, así que se dirigió al vestidor y encontró una caja medio vacía de preservativos.

Cuando volvió a la cama, Samantha ya se había estirado sobre las sábanas, con una rodilla en alto a modo de ofrecimiento. Blake desterró todo pensamiento sobre abogados, sobre el mañana o sobre el año que le esperaba, y le hizo el amor a su mujer.

10

Al llegar a Estados Unidos, lo primero que hizo Samantha fue dirigirse al centro Moonlight a ver a Jordan. Por una parte, se sentía culpable de habérselo pasado bien en Gran Bretaña con Gwen, la hermana de Blake; por otra, estaba emocionada por su nueva vida junto a Blake. Entró en la habitación de Jordan con un nudo en el estómago. Su hermana llevaba el pelo recogido en una coleta y una

camiseta rosa manchada
donde iba a parar parte de su
comida.

—Eh, cariño —saludó
Samantha a su hermana, y se
sentó en la silla opuesta a la
que ocupaba Jordan, desde
donde podía mirar por la
ventana.

Jordan le regaló una
media sonrisa, lo único que
le quedaba desde que tuvo el
derrame. Sus ojos se
iluminaron al reconocer a su
hermana y levantó su brazo
bueno, que Samantha sujetó
con fuerza.

—Te... te he echado de

menos —le dijo Jordan, arrastrando las palabras.

—Yo también te he echado de menos. —Solo se había saltado una visita, pero sabía que para su hermana eran muy importantes. Al fin y al cabo, no había muchas cosas en su vida que la animaran a levantarse de la cama cada mañana—. ¿Has comido bien estos días?

—Sí —dijo Jordan con la boca, pero su cabeza hizo un gesto negativo.

Una de las cosas que Samantha había aprendido a hacer había sido leer el

lenguaje corporal de Jordan más que sus palabras. Los gestos y las expresiones faciales eran la clave para entenderla.

—¿Me quieres echar una mano con esta ternera al estilo mongol? Es del Wok Dorado, tu restaurante favorito.

Jordan sonrió.

—Me gusta.

—Lo sé. A mí también.

Samantha abrió la caja de comida para llevar y el olor de la ternera con especias inundó la habitación al instante.

Colocó una mesilla con ruedas delante de su hermana, le sirvió un plato pequeño y la obligó a coger el tenedor con la mano. Jordan aborrecía que le dieran de comer. A pesar de que su hermana se esforzaba para meterle la comida en la boca, Jordan no era feliz si no lo hacía ella sola.

—He-he visto... mmm... he visto... —Jordan se esforzó en buscar las palabras.

—¿A quién has visto?

Samantha se dio cuenta de que llevaba todo el día

sin comer. Blake y ella habían llegado a última hora de la tarde del día anterior y se habían metido directamente en la cama. Poco antes de la hora del almuerzo, los dos habían tomado direcciones opuestas, Blake a su oficina y Samantha a ver a Jordan. Ni siquiera había pensado en la comida. El sabor de la ternera le explotó en la boca y el estómago rugió en señal de protesta.

—Mamá.

Samantha detuvo el tenedor a medio recorrido.

Jordan asintió y Samantha dejó los cubiertos sobre la bandeja.

—Cariño, mamá hace tiempo que se marchó.

Jordan frunció el ceño como si intentara recordar algo.

—Por la noche. La he visto por la noche.

—¿En un sueño?

—Sí —respondió Jordan, asintiendo con la cabeza—. Por la noche.

Samantha no entendía nada. ¿Habría visto su hermana a alguien que se pareciera a su madre?

¿Quizá una auxiliar nueva del centro? ¿O había soñado con ella y la señal se había confundido con otra en su cerebro?

—A veces yo también me acuerdo de ella.

—La hecho de menos.

Samantha acarició la rodilla de Jordan.

—Yo también la echo de menos.

—Tengo que volar a Nueva York —le dijo Blake a Samantha casi una semana más tarde.

—Me preguntaba

cuándo retomarías los viajes.

Sabía perfectamente que su marido pasaba más horas a bordo de su avión que en cualquiera de las casas que tenía por todo el mundo. Compartir cama con él durante casi un mes era un lujo que sabía que algún día tenía que terminar.

—Podrías venir conmigo.

Estaban tomando café en la terraza con vistas al mar, una rutina de la que ambos disfrutaban desde que volvieron de Europa. Una parte de Samantha quería

saltar de alegría ante aquella invitación, pero su lado más práctico se negaba a hacerlo. Tenía un reloj dentro de su cabeza que marcaba la cuenta atrás del tiempo que le quedaba como esposa de Blake, y las manetas cada vez hacían más ruido. Cuanto más intentaba ignorar el tictac, peores eran los efectos de este sobre su alma. Había momentos, como aquel, cuando Blake le sonreía y la invitaba a viajar con él, en los que de repente su matrimonio parecía ser algo más que un simple

trozo de papel, más que un acto propio de mercenarios que hubieran llegado a un acuerdo. La forma en que le hacía el amor o la abrazaba, incluso cuando ambos estaban demasiado cansados para moverse, se filtraba lentamente en su corazón día tras día.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—He descuidado a Jordan. No ha comido bien mientras yo no estaba y tiene problemas para dormir.

Blake la cogió de la

mano.

—No tienes que sentirte culpable por tener una vida, Samantha.

—Lo sé, pero es duro. Soy todo lo que le queda.

—Siempre puedes traerla aquí. Podríamos contratar a una cuidadora a tiempo completo.

Era la segunda vez que Blake le ofrecía recolocar a su hermana. Y si su matrimonio con él no fuera temporal, habría aceptado la oferta sin pensárselo.

—Ya lo hemos hablado. No sería justo

traerla aquí para luego... No lo entendería. Esa clase de estrés puede provocar enfermedades y retrocesos en la evolución.

—Pero...

—Por favor, no sigas. Sé que tus intenciones son buenas, pero tengo que ocuparme de su bienestar a largo plazo.

Blake apuró el café y decidió aparcar el tema.

—Solo voy a estar en Nueva York un fin de semana. El senador Longhill celebra una pequeña cena para recaudar dinero y

debería ir.

—Ese es el que quiere reducir los impuestos sobre las exportaciones, ¿verdad?

—Veo que has estado atenta.

Samantha se echó el pelo hacia atrás y arqueó una ceja.

—Toda esta belleza acompañada de un gran cerebro. ¿No es increíble?

—Es agradable poder hablar con una mujer fuera del dormitorio.

—Vaya, au.

—Supongo que no he sido justo.

—Espero que no. De lo contrario, no me dejarías más remedio que dibujar una línea entre tus palabras y la imagen que yo tengo de la personalidad de tu padre.

Blake se llevó una mano al pecho.

—¡Dios, esa ha dolido!

—La sinceridad es nuestro código de honor, mi querido duque. Estoy segura de que no todas las mujeres han sido tan terribles.

—«Todas las mujeres.»
Lo dices como si hubiera tenido un harén.

—Has tenido muchas

más mujeres tú que hombres yo, eso seguro.

Él se rió.

—Lo cual no es difícil, mi querida duquesa.

—Aun así...

—Quizá sí podía hablar con las mujeres que han pasado por mi vida, pero no confiaba en ninguna como confío en ti. —Blake entornó los ojos, como si se sorprendiera al escuchar su propia confesión.

Eso demostraba algo, ¿no? Blake debía de sentir más por ella que por cualquiera de las mujeres

con las que había pasado el rato.

—Así que tienes que darle conversación al senador. Asegurarte de que se quede en tu lado de la valla.

—Exacto.

—¿Cuándo te vas?

—El viernes por la mañana.

Samantha dejó la taza de café frío sobre la mesa y apretó la mano de su esposo.

—Te echaré de menos.

Blake buscó los ojos de Samantha y se llevó su mano a los labios para besarla con

ternura.

Pero no repitió sus palabras.

A Blake siempre le había gustado asistir a cócteles. Eran el lugar ideal para encontrar a alguien con quien pasar la noche, o incluso tener una aventura algo más duradera. Esta vez, sin embargo, mientras paseaba por la estancia, repleta de mujeres hermosas, solo podía pensar en su esposa, en tenerla a su lado para confundirse ambos entre la multitud, y beber y

hablar de las distintas personalidades presentes.

Era evidente que Samantha se sentía culpable por su hermana. El mismo día en que regresaron de Europa, tras volver de visitarla en el centro Moonlight, tenía los ojos llenos de lágrimas. Jordan lo significaba todo para ella, y Blake se sentía incapaz de aliviar el estrés que le suponía ocuparse de su cuidado.

Estaba claro que Jordan no entendería nada cuando llegara el momento de la

separación, pero el año que tenían por delante seguro que valía la pena. No sin cierto esfuerzo, Sam y él habían conseguido sacarla de las instalaciones del Moonlight para llevarla de visita al zoo. Jordan había sonreído tantas veces a lo largo del día que Blake quería hacerse el héroe y conseguir que los tres pudieran pasar más tiempo juntos.

Los constantes viajes al centro agotaban a Samantha, hasta tal punto que había empezado a saltarse el

ejercicio de la mañana. A Blake no le parecía mal porque eso significaba que podía pasar más tiempo con ella antes de ir a trabajar.

—Daría lo que fuera por saber en qué estás pensando —dijo una voz conocida y no grata, despertándolo de sus ensoñaciones.

Blake irguió los hombros y se preparó para enfrentarse a una mujer despechada.

—Vanessa.

Era mucho más alta que Samantha, tanto que

montada en unos tacones casi podía mirarle directamente a los ojos. Como siempre, estaba impecable desde lo alto de su rubia cabeza hasta los dedos de los pies, que asomaban por la punta de unos zapatos de tacón cubiertos de pedrería.

Lucía en los labios la sonrisa dulce que hasta entonces siempre le había funcionado, pero esta vez Blake solo podía pensar en la palabra que Samantha había utilizado para describirla. «Víbora.»

—Eres muy amable al recordar mi nombre.

En el fondo, se lo merecía. No había tenido la oportunidad de cortar con ella antes de decidirse a escoger esposa de la lista de candidatas de Samantha.

—No seas ridícula —le dijo, obligándose a sonreír y manteniendo un tono de voz tranquilo.

—Sabía que eres implacable, pero no un cobarde. Me podrías haber contado tus planes. Quizá habría podido ayudarte yo y no esa mosquita muerta con

la que te...

Blake levantó la mano con la que sostenía una copa para cortarla.

—Ten un poco de respeto, Vanessa. Samantha es mi esposa.

—¿Hasta cuándo, Blake? —le susurró ella, acercándose a él.

Blake entornó los ojos, pero sin dejar de sonreír.

—El verde no te sienta bien, querida.

La sonrisa desapareció de los labios de Vanessa.

—¿Celosa yo? ¿De ella? —El sarcasmo que

destilaba su risa atrajo las miradas de algunos de los presentes—. Te has atado a una mujer criada por una pandilla de ladrones. Confiarle tu apellido será para ti el principio del fin.

—Gracias por preocuparte por mí.

Cuanto más calmado estaba él, más nerviosa se ponía Vanessa. ¿Cómo había podido no ver aquella parte de ella cuando estaban juntos?

—Las mujeres como ella no son felices hasta que se apropian de tu alma.

Desearás habérmelo pedido a mí. —La víbora dijo lo que tenía que decir y se apartó.

Blake se inclinó hacia ella para que nadie más pudiera escuchar lo que le decía.

—Lo único de lo que me arrepiento, Vanessa, es de no haberla conocido a ella antes que a ti. —Era una respuesta muy ruin por su parte, pero estaba harto de que Vanessa utilizara su veneno contra Samantha.

En lugar de vaciarle un vaso en la cara, Vanessa hizo algo inesperado: le

miró fijamente y sonrió con malicia, como si tuviera el mundo en sus manos.

—Vaya, así que te preocupas por ella. Mejor. Espero que disfrutes sufriendo, Blake.

Y se marchó.

Blake alargó la visita a Nueva York hasta el miércoles, lo cual ya habría sido suficientemente malo aunque Samantha se encontrara mejor. Decidió aprovechar el tiempo y concertó una visita con su médica y amiga, desde hacía

muchos años, para que le recomendara un sistema anticonceptivo.

Tumbada sobre la camilla y cubierta únicamente con una fina bata de hospital, Samantha cruzó los brazos sobre el pecho para protegerse del frío de la consulta. El estrés del matrimonio y los problemas de su hermana no la dejaban dormir por las noches, y empezaban a hacer mella en su apetito.

Alguien llamó a la puerta y tras ella apareció la doctora Luna. Rondaba los

cuarenta y cinco y había sido su médica de cabecera desde la adolescencia. Le había recetado hasta el último de los medicamentos que Samantha había tomado en su vida y le había sujetado la mano cuando su madre murió.

—Pero si estás ahí. Nos preguntábamos cuándo te íbamos a ver por aquí.

—Hola, Debbie.

Hacía mucho tiempo que se habían olvidado de las formalidades. Así acudir a la consulta era todavía más fácil.

Debbie la saludó con un abrazo antes de sentarse en un taburete.

—Me alegro de verte.

—Mi vida se ha complicado un poco últimamente.

—Lo sé. No se ve todos los días la cara de una paciente en la portada de una revista. No puedo creer que te hayas casado. Ni siquiera sabía que estabas saliendo con alguien.

—En cuanto supimos lo que queríamos, Blake y yo decidimos no esperar ni un segundo. —No era del todo

mentira, pero tampoco se ajustaba a la realidad. La frase nunca le había dado problemas, al menos de momento—. Uno de los motivos de mi visita es que me recetes las pastillas anticonceptivas de las que estuvimos hablando.

Debbie sonrió.

—Por supuesto. En cuanto empieces a tomarlas, te preguntarás por qué no lo hiciste antes.

Estuvieron hablando un rato de los pros y los contras de la píldora antes de que Debbie le preguntara qué

más le preocupaba.

—No estoy muy segura. Últimamente no tengo la energía de siempre. Al principio pensé que solo era pereza, una especie de prolongación de la luna de miel, pero ahora me he dado cuenta de que no tengo hambre en casi todo el día, y estoy más cansada de lo normal.

Debbie lo anotó en su expediente.

—¿Fiebre?

—No.

—¿Tos?

—Tampoco.

—¿Náuseas, vómitos?

¿Cambios en tu rutina intestinal?

—Tengo el estómago un poco revuelto, pero creo que es porque pasan muchas horas entre comida y comida.

—Mmm. —Debbie se puso en pie y se quitó el estetoscopio de alrededor del cuello—. Túmbate —le ordenó después de auscultarle el pecho.

Samantha se relajó sobre la camilla mientras Debbie le apretaba el estómago.

—¿Te duele?

—No.

—¿Tu última regla?

Samantha miró al
techo.

—Me tiene que venir
un día de estos.

—¿Cuándo la tuviste
por última vez?

—No me acuerdo.
Siempre he sido muy
irregular. —Empezó a sentir
una sensación extraña en el
estómago.

Debbie inclinó la
cabeza a un lado.

—¿Qué habéis
utilizado Blake y tú como

método de anticoncepción?

—No estoy embarazada.

—No he dicho que lo estés.

Samantha se incorporó, incapaz de permanecer estirada ni un segundo más.

—Preservativos. Y no nos hemos olvidado nunca. Hemos acabado con todas las cajas que Blake guardaba en su casa —le explicó, sin poder reprimir una risita nerviosa.

—Los preservativos tienen una tasa de error del dos por ciento.

—Debbie, no estoy embarazada.

La doctora le dio unas palmaditas en el brazo antes de volverse para coger un vaso de muestras.

—Ya sabes dónde está el lavabo. Eliminemos el embarazo de la ecuación para poder empezar a buscar otras posibles causas.

Samantha se bajó de la camilla de un salto, haciendo caso omiso al leve temblor de sus manos.

—Vale.

Los siguientes diez minutos fueron los más

largos de su vida. Sam consultó en el calendario del móvil los días previos a su primera reunión con Blake en busca de algo con lo que demostrarle a Debbie que estaba equivocada.

Pero cuando finalmente se abrió la puerta de la consulta y entró Debbie, se le cayó el corazón al suelo.

—Felicidades.

Sam se levantó de un salto, negando con la cabeza.

—No.

—Podemos hacerte un análisis de sangre si quieres,

pero estas cosas son muy precisas. Estás embarazada, no enferma.

De repente todo se detuvo a su alrededor. Podía oír el sonido del reloj que colgaba de la pared marcando los segundos. Las paredes de la consulta se le vinieron encima. Intentó respirar hondo, pero su pecho no hacía más que subir y bajar rápidamente mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Pero si tuvimos cuidado.

Debbie le dio unas

palmaditas en la mano y le sugirió que se sentara.

—Es evidente que es una sorpresa. Tal vez queríais esperar antes de formar una familia, pero las cosas han sucedido de otra manera.

¿Qué podía hacer? Blake confiaba en ella. ¿Cómo había pasado? Habían sido muy cuidadosos.

—Siéntate. —Debbie la ayudó a sentarse en la camilla—. Respira hondo. Todo va a salir bien.

—No lo entiendes.

Debbie no podía entenderlo. Para ella, Samantha era una mujer felizmente casada. Cualquiera en su lugar habría llorado de emoción al saber que iba a ser madre.

—Entonces ayúdame a entenderte. ¿De qué tienes miedo?

«De que la dulce sonrisa de Blake se transforme en odio cuando sepa que estoy embarazada.» Toda la confianza y el respeto mutuo pasarían a mejor vida en cuanto le comunicara la noticia.

—No es lo que queríamos —susurró Samantha, absorta en sus pensamientos.

—No sois los primeros recién casados que se quedan embarazados. Estoy segura de que tu marido te quiere. Lo entenderá.

Pero Blake no la quería.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—¿Samantha?

Levantó la vista del suelo y miró a su vieja amiga, que estaba visiblemente preocupada.

—¿Algo va mal? No

lloraste cuando tu madre murió ni cuando tu hermana acabó en urgencias. — Debbie se había sentado junto a ella y la cogía de la mano.

Sam sacudió la cabeza y, mordiéndose el labio inferior, se obligó a dejar de llorar.

—Las mujeres son criaturas emocionales. Especialmente las embarazadas. —«Dios, estoy embarazada.»

—¿Estás segura de que eso es todo lo que pasa?

Sam no podía contarle

la verdad a Debbie, de modo que asintió.

—Estoy en estado de shock. Necesito tiempo para acostumbrarme.

—Tú siempre te has acostumbrado a todo, sea lo que sea.

—Lo sé.

—Está bien. Hablemos de unas cuantas cosas que deberías saber. Te voy a derivar al doctor Markizian... —Debbie

esbozó los primeros meses del embarazo mientras Samantha le prestaba atención a medias.

Cuando por fin salió de la consulta con una receta de vitaminas prenatales en la mano en lugar de una de anticonceptivos, Samantha se dio cuenta de que jamás se había sentido tan sola en toda su vida.

Se detuvo junto a su coche y sacó las llaves del bolso. Tenía la cara bañada en lágrimas y ni la menor idea de cómo detenerlas.

Jeff Melina, el abogado particular de Blake, estaba sentado frente a él agitando un papel en el aire.

—Tu padre era un gilipollas.

—Dime algo que no sepa.

—En toda mi vida había visto un testamento tan protegido como este. Lo normal sería que hubiera algún resquicio legal al que aferrarse para no tener que hacer lo que se exige en el texto.

No eran las palabras que Blake querría haber escuchado.

—Tiene que haber algo.

Jeff tiró los papeles

encima de la mesa.

—He buscado por todas partes. Es como si tu padre supiera que tus intenciones serían casarte el tiempo justo para recibir la herencia y luego divorciarte.

Desde el primer momento había tenido claro que necesitaba poder confiar en su abogado.

—Todos mis planes echados por tierra.

—Si pudieras encontrar un médico sin escrúpulos dispuesto a falsificar el historial clínico de Samantha y hacer constar que no puede

tener hijos... Vaya, perdona, olvida lo que acabo de decir.

Blake negó con la cabeza.

—Samantha tiene una cita esta semana con su doctora en Los Ángeles para que le recete la píldora.

Jeff golpeó la mesa con la punta de los dedos.

—Así que te estás acostando con ella. Sabía que no podrías contenerte.

—Fue más fácil ceder que fingir que no estábamos interesados.

Blake esperaba ansioso a que llegara la hora de

regresar a Los Ángeles aquella misma noche. Quería llegar a casa y dormir con ella. La había echado de menos. Habían hablado por teléfono por la mañana y algo no iba bien. Parecía preocupada. Le había preguntado qué pasaba, pero ella le había repetido hasta la saciedad que todo iba bien.

—Bueno, hay una opción que quizá no hayas considerado.

Blake se tenía por un hombre muy concienzudo.

—¿Cuál?

Jeff le miró a los ojos.

—Dejarla embarazada.

—¿Qué parte de «tomarse la píldora» no has entendido?

—Se necesitan dos métodos anticonceptivos durante el primer mes.

Blake se levantó y empezó a pasear por el despacho.

—Por Dios, Jeff, me tomas el pelo, ¿verdad?

—Las mujeres llevan siglos engañando a los hombres para quedarse embarazadas. ¿Acaso no son ellas las que quieren la igualdad?

Blake le hizo callar con un gesto de la mano.

—Basta. Sé que crees que soy un cerdo, pero todavía no estoy dispuesto a llegar tan lejos. —Era evidente que su abogado sí, lo cual era un punto a favor delante de un juez, pero no en la situación en la que se encontraba.

—Mi trabajo es encontrar una vía legal para conseguir lo que mi cliente quiere. Solo era una sugerencia. Podrías intentar preguntárselo.

—¿Preguntarle si

Blake se había lanzado sobre la mesa y, sujetándose al borde, mantenía la cara a escasos centímetros de la de Jeff.

—No sigas por ahí.

—Eh, tranquilo, tío. No me había dado cuenta de que te importa tanto. Lo siento —se disculpó Jeff, con la cara blanca como la cera.

Blake se apartó de él preguntándose si tendría que buscarse otro abogado. Algo en la manera de hablar sobre Samantha, como si fuera parte del mobiliario, le había hecho perder el control.

—Creo que hemos terminado. —Necesitaba salir de la oficina antes de empezar a repartir puñetazos a diestro y siniestro.

Jeff se levantó de la silla y se alisó la corbata con la mano.

—Si se preocupa por ti la mitad de lo que tú te preocupas por ella, quizá esté dispuesta a tener un hijo tuyo. Las mujeres son emocionales con esas cosas.

¿Dónde había oído eso antes?

«Tal vez.»

11

Blake había decidido que hablaría con Samantha aquella misma noche. Ya no podía ocultarle más la mierda de testamento que su padre había dejado tras de sí al morir. «Honestidad» era su palabra en clave. La confianza absoluta que Samantha había depositado en él le convertiría en mejor hombre. Le asustaba saber que Jeff le creía capaz de obligarla a quedarse embarazada o de usarla

hasta esos extremos. ¿Tan repugnante era la reputación que se había forjado? Puede que sí. No había mucha gente que tuviera una buena opinión de él salvo tal vez Samantha.

De repente, que ella conservara su confianza en él era primordial para Blake.

Eran las seis pasadas cuando entró en su residencia de Malibú. Los ruidos de Mary en la cocina le llevaron primero allí.

—Espero que hayas preparado suficiente para dos —le dijo, llamando la

atención de la cocinera.

—Vaya, ya está en casa. Gracias a Dios. Creía que no me quedaría más remedio que llamarle.

—¿Llamarme? ¿Por qué? ¿Va todo bien?

Blake miró a su alrededor esperando que Samantha entrara en la cocina en cualquier momento. No estaba tan acostumbrada como él a los servicios de Mary y a menudo se quedaba con ella por si necesitaba ayuda.

—Es Samantha. Apenas ha salido del

dormitorio en todo el día.

Todas las alarmas saltaron en la cabeza de Blake.

—¿Está enferma? — preguntó, dirigiéndose hacia las escaleras.

Mary le siguió con un trapo en la mano.

—No lo sé. Dice que está bien, pero no ha comido nada y la he oído llorar.

Blake subió los escalones de dos en dos y corrió hacia el dormitorio. En cuanto abrió la puerta, oyó a Samantha en el baño y sus sollozos se le clavaron

en el pecho como puñales. Luego ella soltó una palabrota, y Blake pensó que sería mejor no tener público.

—Yo me ocupo —le dijo a Mary.

Cerró la puerta tras de sí y, al entrar en el baño, se encontró a Samantha sentada con la espalda apoyada en la bañera y la cabeza escondida entre las rodillas.

—¿Samantha? —la llamó mientras se acercaba.

Cuando ella abrió los ojos bañados en lágrimas para mirarlo, Blake sintió que algo se le partía en dos

en su interior. ¿Qué podía ser tan terrible? A pesar de las veces que habían hablado de que las mujeres eran seres emocionales, por primera vez se daba cuenta de que su esposa también lo era. Samantha le miró y, con un leve temblor en el labio, empezó a llorar de nuevo.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Intentó abrazarla pero ella no quiso que la tocara.

—No han funcionado —respondió.

—¿Qué es lo que no ha funcionado? —Se arrodilló frente a ella y puso las

manos sobre sus hombros para que no pudiera darse la vuelta.

Samantha cogió una caja que tenía al lado y la agitó delante de sus ojos.

—Esto.

Blake necesitó unos segundos para reconocer lo que tenía en la mano. El suelo del lavabo estaba lleno de condones sin usar, como si Samantha se hubiera peleado con el látex. Sobre el mármol del lavabo había varias cajas y también dentro de la bañera.

—No entiendo qué

quieres decirme.

Samantha cogió otra caja y la lanzó al otro lado del lavabo, hacia la papelera.

—¡Han fallado! —
exclamó. Cogió otro paquete, lo tiró y falló el tiro.

«¿Que han fallado? ¿De qué está hablando?»

Samantha escondió de nuevo la cara entre las rodillas.

—Estoy embarazada.

«Oh, Dios.» Hasta el último nervio de su cuerpo se tensó. Blake se preparó para lo que se le venía

encima, aunque no tenía ni idea de qué era. El pavor no apareció por ninguna parte. ¿Consternación? No, eso tampoco. ¿Impresión? Sí, no podía negar que estaba impresionado. Lo último que esperaba tras reunirse con su abogado para discutir sobre la necesidad de engendrar un heredero era que su esposa, que lo era de forma temporal, le dijera que iba a ser padre. Le costaría un tiempo considerable acostumbrarse a la idea de que la mujer temblorosa que estaba sentada en el suelo de

su lavabo guardaba en su interior un hijo suyo.

Madre mía, no era de extrañar que Samantha estuviera tan alterada.

Blake la rodeó con sus brazos y ella se acurrucó en su regazo.

—No pasa nada —le susurró al oído.

Los sollozos eran tan desesperados, tan desgarradores, que pronto se sintió culpable como solo el responsable de todo aquello podía hacerlo.

—Todo irá bien.

Y estaba convencido de

ello.

De algún modo.

Como fuera.

—Chist.

—Yo no que-quería que pasara e-esto —explicó Samantha, sollozando entre palabra y palabra.

—Lo sé. —Lo sabía. Sin dudarlo un solo instante, sabía que Samantha jamás habría planeado algo así.

¿Vanessa? ¡Por supuesto! Y sin más motivaciones que llegar a ser duquesa.

¿Jacqueline? Seguramente no. Claro que

tampoco parecía tener instinto maternal.

¿Samantha? Ni soñarlo. Su mujer era demasiado auténtica para andarse con jueguecitos y demasiado auténtica para un engaño de ese calibre. Al menos con él no. Por algo su palabra clave era sinceridad.

Blake se puso en cuclillas y la tomó en brazos para alejarla de su particular guerra con los preservativos. Dios, ¿y por qué tenía tantas cajas de esos malditos chismes? Ah, sí, Vanessa le había asegurado que era

alérgica a cualquier marca que no fuera la que en ese momento cubría el suelo del lavabo.

Salió del baño y se subió a la suave superficie de la cama sin soltarla. Los sollozos de Samantha se habían convertido en leves gimoteos, y no tardó mucho en relajarse apoyada en su pecho y sucumbir al sueño que tanto necesitaba. Blake no la soltó en ningún momento, le acarició el pelo, le repitió una y otra vez que estaba a su lado y que todo saldría bien.

Que él se ocuparía de todo.

Durante la noche, Samantha se despertó varias veces, siempre con el peso del brazo de Blake alrededor de la cintura o los dedos acariciándole la piel. A la mañana siguiente, las escasas horas de sueño dieron como fruto unos ojos hinchados y el peor dolor de cabeza que había sufrido en años. Las cosas no le podían ir peor: a su estado matutino después de una noche horrible casi sin dormir,

había que sumar la ya típica falta de apetito y una vergüenza increíble al recordar que Blake la había sorprendido llorando en medio del lavabo rodeada de cajas y cajas de condones inservibles.

Entonces recordó que estaba embarazada.

Pues sí, podían ir peor.

Una vejiga a punto de estallar la obligó a librarse del brazo de Blake y abandonar la calidez de la cama. Él no se inmutó y ella corrió al lavabo de puntillas.

Blake había recogido el

desastre, aunque Samantha no recordaba cuándo. Las cajas habían desaparecido o estaban guardadas. Dios, murmuró, no quería ver ni un preservativo más en lo que le quedaba de vida.

Al mirarse en el espejo, vio que le habían salido ojeras y que tenía la cara manchada de maquillaje. Llevaba el pelo enmarañado y ni siquiera había pensado en ponerse un pijama antes de desplomarse en la cama.

Qué desastre.

Apartó la mirada del espejo y se metió en la

bañera para darse una ducha de agua caliente. Enseguida se le llenó la cabeza de teorías sobre lo que podría pasar entre Blake y ella a partir de entonces, teorías que se obligó a ignorar.

Basta de suposiciones. Tomaría cada curva de su relación con él y se esforzaría para mantener las emociones siempre bajo control. Aquel embarazo no lo había deseado ninguno de los dos, pero ya no había marcha atrás. Sam sabía que no podía dar al niño en adopción o, peor aún,

interrumpir el embarazo. Era una mujer adulta y responsable, no una quinceañera sin más opciones.

Cuando salió de la ducha, el dolor de cabeza había perdido intensidad. Un poco de crema en la cara, unas gotas de gel bajo los ojos y casi se sentía humana de nuevo. Salió del baño envuelta en un suave albornoz y volvió a la habitación, esperando que Blake siguiera dormido.

Y no lo estaba.

Todavía vestido con la

ropa arrugada del día anterior, se encontraba frente a una pequeña bandeja que había subido de la cocina. Samantha vio café, leche, zumo y un par de platos vacíos. Al lado, una fuente con galletas saladas, tostadas y huevos duros.

—¿Qué es esto?

Blake la cogió del codo y le ofreció una silla. Se sentó frente a ella con una sonrisa serena en los labios.

—Las mujeres embarazadas en el primer trimestre suelen empezar el

día con comida blanda para asentar el estómago. —Lo dijo como si lo leyera de un libro, aunque Samantha ya lo sabía. Lo había aprendido por experiencia propia.

—¿Y tú de dónde has sacado eso?

—Ayer por la noche, mientras dormías, utilicé el teléfono para algo más que consultar los resultados de la bolsa. He traído café, descafeinado, pero en los artículos que leí ponía que seguramente no querías tomártelo. —Empujó el único vaso de leche que

había en la bandeja hacia ella—. Pero la leche es fundamental para ti y para el niño.

Al escuchar la palabra «niño», Samantha sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Hasta entonces, solo había pensado en lo que le estaba sucediendo como un embarazo, algo que lo cambiaba todo.

—Qué tierno.

—Ese soy yo, el señor Tierno.

—Blake... —empezó a decir Samantha.

—Espera. —La cogió

de la mano y se agachó junto a ella—. Tenemos mucho de que hablar, pero tendrá que esperar de momento. Tú tienes que comer y a mí me vendría bien darme una ducha —le dijo, acariciándole el interior de la muñeca con el pulgar.

—Pero...

Blake le cubrió los labios con un dedo.

—Chist...

Samantha asintió y aplazó la conversación hasta otro momento.

Blake sonrió y se levantó, pero antes de entrar

en el lavabo, la besó suavemente en los labios.

Quizá tenía razón y todo saldría bien.

Una hora más tarde, estaban los dos en la terraza de la parte trasera de la casa, sentados en sendas hamacas y admirando el mar. Blake llevaba unos pantalones cortos y una sencilla camiseta de algodón que le marcaba los músculos del pecho. La niebla matutina estaba lejos de la costa y permitía que el sol brillara y que las temperaturas alcanzaran los veinte grados.

Samantha tenía que reconocer que la idea del desayuno le había sentado de fábula menos por el café, que había sustituido por una taza de té de hierbas de la que seguía bebiendo.

Desde que habían salido del dormitorio, ninguno de los dos había dicho ni una sola palabra sobre el bebé, pero en aquel momento el silencio se extendía entre ellos con la enormidad del océano.

—¿Entonces? —
escuchó que le preguntaba Blake.

—¿Entonces qué?

En los labios de Samantha se dibujó una sonrisa nerviosa, mientras se retorció las manos sobre el regazo.

—Yo no quería que pasara esto.

Tenía que asegurarse de que Blake lo sabía. La razón por la que había acudido a ella en busca de una esposa de quita y pon era precisamente eliminar la posibilidad de que la mujer en cuestión alterara su vida de forma permanente. Y eso era justo lo que Samantha

había hecho: aunque pusieran fin a su matrimonio al cabo de un año, el niño seguiría existiendo.

Para siempre.

—Eso ya lo has dicho.

—Necesito que me creas.

—Mírame, Samantha.

Ella dudó un segundo antes de buscarle con la mirada. En sus ojos encontró ternura y en sus labios una sonrisa sincera, la misma que le había regalado al salir de la ducha.

—No he pensado ni por un minuto que hubieras

planeado, buscado o
esperado quedarte
embarazada de mí.

Samantha no pudo
reprimir un suspiro de alivio.
Estiró los dedos de las
manos sobre los muslos e
intentó liberarse de parte de
la tensión.

—Bien. Eso está bien.

—¿Hacía mucho que
sospechabas que estabas
embarazada? —preguntó
Blake, mirando de nuevo
hacia el horizonte.

Samantha negó con la
cabeza.

—No, no tenía ni idea.

—Le contó la visita al médico y cómo se había enterado de que estaba embarazada.

—¿Y la doctora te ha dicho que los preservativos fallan el dos por ciento de las veces?

—Sí. Supuse que la estadística era para adolescentes encantados de haberse conocido, no para adultos inteligentes.

Lo meditaron en privado durante unos minutos, y esta vez el silencio fue un consuelo y no una piedra en el camino.

Cuando Samantha miró a Blake, su rostro se había contraído en una mueca de dolor.

—¿En qué estás pensando?

Él sacudió la cabeza.

—Intento encontrar la manera de preguntarte algo.

—Tú pregunta.

—Pero ¿y si me das una respuesta que yo no quiero escuchar?

Vaya, tanta sinceridad resultaba reconfortante. Por un momento, le pareció que Blake era un hombre vulnerable al dolor como

cualquier otro, lo cual, lejos de convertirle en peor persona, hacía de él alguien aún más digno de recibir su amor.

Tragó saliva al pensar que la idea del amor le rondaba por la cabeza. ¿De dónde había salido? Maldita fuera, todo aquello del embarazo empezaba a alterarle las emociones y a hacerle perder la cabeza.

—Si quieres una respuesta, tendrás que arriesgarte a preguntar. Te aseguro que puedes contar con mi sinceridad.

Los ojos grises de Blake se clavaron en los de ella.

—¿Quieres quedarte al bebé?

Samantha sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Quieres que renuncie a él? ¿Que aborte?

Se le revolvieron las tripas. No podía leer la expresión en la cara de Blake y no sabía en qué estaba pensando. ¿Se lo había preguntado para saber su opinión o quería eliminar el embarazo de la ecuación y seguir como hasta entonces?

—Responderé a tus preguntas cuando tú hayas respondido a las mías.

Parecía justo.

—En ningún momento he considerado otra posibilidad que no sea tener al niño.

Los hombros de Blake se hundieron. ¿Eso significaba alivio o resolución?

—¿Blake?

—Me alegro de oírlo
—respondió Blake con una sonrisa.

—¿De verdad?

—De verdad. Sé que

todo esto está pasando muy deprisa y no como habíamos planeado, pero...

—¿Pero?

Blake se levantó de la hamaca y empezó a andar por la terraza.

—Así es como yo veo las cosas. No somos niños. Hace diez años mis pensamientos habrían sido distintos y los tuyos también, o eso me parece a mí. —Esperó a que Samantha asintiera antes de continuar—. Cuando dos personas que ya no son niños se quedan

propongo que sigamos adelante paso a paso.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Me gusta cómo estamos, Samantha. Me gusta volver a casa y que estés aquí. Hasta que uno de los dos quiera cambiar eso, propongo que continuemos tal y como estamos ahora. —Sus ojos buscaron los de Samantha.

—¿Y cuando se acabe el año? ¿Cuando el niño haya nacido?

—El plazo de un año no tiene por qué cambiar.

Samantha lo sabía, pero oírlo de su boca fue como un jarro de agua fría en la cara.

—No querías oír eso — dijo Blake al ver su reacción.

—No. Es lo que acordamos.

La mano de Blake se deslizó tobillo arriba hasta la rodilla.

—¿Quieres más de un año?

—Ahora mismo no sé lo que quiero. Acabo de descubrir que estoy embarazada. Voy a ser madre y eso es para siempre.

Es el único hecho irrefutable que sé que va a suceder. Todo lo demás es un gran signo de interrogación.

—Entonces déjame que te cuente más hechos irrefutables —le dijo, dándole una palmada en la rodilla—. Yo voy a ser el padre de esa criatura. No os abandonaré ni a ti ni al niño. Tienes mi palabra.

Samantha sabía que decía la verdad. El haragán de su padre no se parecía en nada a Blake.

—¿Te puedo preguntar algo? —Sabía que se

arriesgaba al preguntar, pero necesitaba saber qué pensaba él.

—Por supuesto.

—¿Tú quieres más de un año?

Blake guardó silencio unos segundos y luego tomó aire.

—Creo que se lo debemos al niño, que deberíamos darle la opción de disponer de más tiempo.

—¿Seguir casados por el bebé? —Desde luego, parecía sacado de un culebrón de tres al cuarto, pensó Sam.

En lugar de responder, Blake contrató con otra pregunta.

—¿Te gusta vivir aquí conmigo?

«Qué pregunta tan tonta. Por supuesto que sí.»

—No está mal.

Blake se rió.

—Pues olvidémonos de fechas límite y contratos, al menos hasta que cambiemos de opinión y lo nuestro nos parezca horrible.

—¿Podemos hacerlo?

—Cariño, podemos hacer lo que nos dé la real gana.

Ahora era Samantha la que se reía. Una risa sincera que no se había vuelto a repetir desde la visita al ginecólogo.

—Hasta que nos parezca horrible entonces. Opino que los mareos matutinos son horribles.

Blake se rió a carcajadas y se acercó a ella.

—Eso no cuenta. He oído que la comida a domicilio también es horrible.

—Sí, bueno, eso tampoco debería contar. Engordaré. Eso sí es

horrible.

La mano de Blake se deslizó por el muslo de Samantha hasta la cadera y se detuvo en su —de momento—, vientre plano.

—Apuesto a que estarás preciosa con barriguita de embarazada.

—Ja, eso lo dices ahora. Seguro que más adelante te parece horrible.

Sus cálidos dedos le acariciaron la cintura y siguieron subiendo hasta las costillas. Cuando llegó a la curva del pecho de Samantha, le acarició el

pezón por encima de la tela.

—Esto se hinchará y a mí no me parecerá horrible.

—Su voz se había convertido en un susurro grave.

Samantha se mordió el labio.

—Tengo entendido que me dolerán y que no podrás ni acercarte a ellas. Eso sí será horrible.

Blake se inclinó sobre ella. El calor de su aliento se coló entre los labios de ella.

—Estoy dispuesto a aguantarlo todo si tú también lo estás.

—¿Me estás retando?

—Quizá —respondió él con un destello de picardía en la mirada.

—Que sepas cómo manipularme tan fácilmente es, sin lugar a dudas, lo más horrible de todo.

Los labios de él permanecieron inmóviles, sin llegar a rozar la boca de Samantha pero muy cerca.

—¿Ya te parezco horrible?

—Creo que podré soportarlo.

Un breve roce de sus labios no era suficiente.

Samantha se acercó a él en busca de más, pero él se apartó apenas unos centímetros.

—Me alegro de que la madre de mi hijo vayas a ser tú —le confesó—. Vas a ser una madre increíble.

—Eso no lo sabes.

—Te equivocas, lo sé.

La besó con tanta entrega que Samantha empezó a ver estrellitas flotando a su alrededor y se olvidó de que estaban al aire libre, donde cualquiera podía estar mirando.

Entre sus brazos,

mientras él le cubría de besos los labios, el cuello y el mentón, Samantha pensó que el mundo no era un sitio tan malo.

12

Los mareos matutinos, en lugar de mejorar, fueron a peor. Todos los días Blake le repetía, con la disciplina de un soldado, que sí, que los vómitos eran horribles, pero que él la ayudaría a llevarlos lo mejor posible hasta que desaparecieran. Decidieron

guardar en secreto el embarazo hasta el segundo trimestre básicamente por el riesgo de complicaciones y abortos espontáneos. El ginecólogo les aseguró que después del segundo mes no tendrían de qué preocuparse, pero aun así ellos prefirieron esperar antes de decírselo a nadie.

Samantha ni siquiera se lo contó a Eliza, lo cual fue cualquier cosa menos fácil, pero creía que era mejor que su amiga no lo supiera aún para evitar que se le escapara sin querer mientras

hablaba con alguien.

Blake estuvo a su lado, tal y como había prometido. De vez en cuando no tenía más remedio que volar a Europa, pero los viajes siempre eran cortos, de tres días como mucho. Samantha lo pasaba mal cuando se iba, pero tenerle de nuevo en casa siempre era maravilloso.

Las semanas se sucedían a una velocidad vertiginosa. Las noches eran una experiencia memorable en los brazos de Blake. Hasta que un día, tal y como

el ginecólogo había pronosticado, el hada de los mareos matutinos interrumpió sus visitas diarias.

Un día, Blake regresó a casa tras pasar el día en la oficina. Samantha había dedicado la jornada a retirar cuadros y a mover los muebles de la habitación que había frente al dormitorio. Estaba levantando una mesita de noche cuando oyó la voz alarmada de Blake gritando desde la puerta.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Samantha soltó la mesita y a punto estuvo de aplastarse un dedo del pie.

—Me has asustado —le dijo.

Blake se dirigió hacia ella con las manos en la cadera.

—No deberías estar levantando muebles. —Sus ojos recorrieron la estancia —. ¿Has sacado tú todo lo que había aquí?

Solo quedaba el armario, la cama y las mesitas.

—Sí, ¿por qué? Dijimos que este sería el

dormitorio del bebé —
respondió Samantha con un
hilo de voz para que Louise,
que estaba limpiando el
dormitorio principal, no
oyera nada.

—Esto no está bien —
susurró Blake, y dándose la
vuelta gritó—: ¿Louise?
¿Mary?

—¿Qué estás haciendo?
Louise apareció en la
habitación casi a la carrera,
visiblemente alarmada.

—¿Va todo bien?

—Ve a buscar a Neil —
le dijo Blake.

Samantha tomó el

brazo de su marido, debatiéndose entre la confusión y la alarma. Por mucho que insistió, no consiguió que le contara qué estaba pasando. Blake esperó a tener a sus tres empleados delante antes de decir una sola palabra.

Y cuando finalmente lo hizo, Samantha se quedó muda de la sorpresa.

—Samantha está embarazada.

No daba crédito a lo que estaba pasando. Ambos habían acordado no decir nada a nadie hasta la

próxima visita con el ginecólogo, aunque en cuestión de segundos comprendió sus motivaciones.

—Lo sabía —dijo Louise, mirando a Mary de soslayo.

Mary se encogió de hombros y recibió la noticia con una sonrisa maternal.

—Por supuesto que sí.

—¿Lo sabíais? —preguntó Samantha.

—Querida, vivimos aquí. Pues claro que lo sabíamos.

Blake miró a Neil.

—A mí no me mire. No tenía ni idea.

—Si sabéis que Samantha está embarazada, ¿por qué permitís que se dedique a mover muebles por toda la casa?

Neil miró a su alrededor.

—No quería que la ayudáramos.

—No necesito que me ayuden —se defendió Samantha, a ella misma y a sus empleados—. ¿Dónde está el problema?

Neil dio un paso al frente.

—Las embarazadas no pueden cargar peso.

Blake sonrió y le dio una palmadita en la espalda.

—Al fin alguien que me entiende.

—¿Por eso tanto revuelo? ¿No me crees capaz de vaciar un dormitorio? —Samantha empezaba a enfadarse por momentos, ella que aborrecía el machismo...

—A partir de ahora, no quiero que Samantha levante nada que pueda pesar más que un plato de comida o una bolsa llena de ropa. Y si

la bolsa pesa mucho, ni siquiera eso. —Blake habló mirándola a ella, pero en realidad se dirigía al personal.

—Espera un momento...

Mary retrocedió y le hizo una seña a Louise.

—Creo que deberíamos dejarlos a solas.

—Blake tiene razón —intervino la voz de Neil—. Permítame que la ayude con todo esto. Podría hacerse daño usted o al bebé.

Samantha levantó un brazo en alto cuando vio que

Neil pasaba junto a ella y se disponía a levantar la mesita de noche.

—Quieto ahí. Estoy embarazada, no enferma. El ginecólogo no dijo nada de restricciones.

—Neil —intervino Mary—, creo que deberíamos dejar solos a los señores para que lo solucionen sin nuestra ayuda.

Los tres se dirigieron hacia la puerta en silencio, mientras Samantha se mordía la lengua e intentaba controlar su ira y Blake

erguía la cabeza, decidido a no dar el brazo a torcer.

—Creí que habíamos decidido entre los dos no contarle a nadie lo del bebé.

Blake miró a su alrededor.

—Pues ese punto no lo hemos cumplido. Maldita sea, Samantha, podrías haberte hecho daño arrastrando cosas de un lado para otro.

—No son más que cosas.

—Cosas pesadas que tú no deberías levantar.

—Venga, por favor...

Blake puso una mano en alto para silenciar las protestas.

—¿Y si levantarás esta mesita —preguntó, dándole una patada a la madera— y notarás un dolor en el vientre?

Samantha sintió un escalofrío que la cogió desprevenida.

—Eso no tiene por qué pasar.

—Pero ¿y si pasara?

Miró a su alrededor y de repente fue consciente por primera vez del tamaño de la cama, de la masa

imponente del armario que estaba decidida a sacar de la habitación antes de que Blake la interrumpiera.

Quizá tenía razón.

—Puedo cargar las bolsas después de una tarde de compras —respondió finalmente con un hilo de VOZ.

Blake se acercó a su mujer y la abrazó. Podía notar la frialdad de sus manos acariciándole la espalda y el rápido latido de su corazón dentro del pecho. Estaba preocupado, genuinamente sorprendido

por sus acciones. La parte más emocional de Samantha suspiró aliviada al constatar cuánto se preocupaba por ella; la más independiente agitó el puño en alto.

—Por favor, prométeme que otra vez pedirás ayuda.

Samantha nunca prometía nada que no pensara cumplir, así que no se apresuró a responder lo que Blake necesitaba oír.

—Prométemelo — insistió él, dando un paso atrás y sujetándole la cabeza entre las manos.

—Esta mañana, cuando me he levantado, me sentía genial. Creo que se han acabado los mareos.

—Prométemelo. —

Blake no pensaba rendirse.

—Vale, está bien. No levantaré peso. ¿Satisfecho?

—La respuesta sonó más áspera de lo que Samantha pretendía, pero, a juzgar por su sonrisa, a Blake no parecía importarle.

—¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo! — exclamó ella, dándole un empujón en el pecho—. Santo Dios, ¿es que siempre

te sales con la tuya?

Blake asintió.

—Prometo

abalanzarme sobre cualquier cosa que necesites levantar. Cuando quieras que haga algo, no tendrás que repetírmelo dos veces.

—Vale, machote, más acción y menos palabrería. Quiero que me vacíes la habitación para empezar a preparar las paredes para pintarlas.

Blake abrió los ojos como platos y frunció los labios.

—¿Con el olor que

desprende la pintura? — preguntó.

Samantha supo al instante que tendría que hacer unas cuantas promesas más antes de que se hiciera de noche.

Al final, prometió dejarle el trabajo duro a Blake y a quienquiera que él contratase para ello. A cambio, ella tenía rienda suelta para señalar, gastar y ordenar tantos cambios como creyera necesarios.

En lugar de comunicar por carta a los abogados de

su padre la futura llegada de su heredero, Blake optó por una presentación mucho más espectacular. En cuanto Samantha se sintió lo suficientemente bien como para viajar, organizaron un viaje al hogar de sus ancestros para compartir la noticia con el resto de la familia.

La pequeña cena festiva bullía de excitación hasta que Blake pidió silencio y cogió a Samantha de la mano.

—Supongo que muchos de vosotros os debéis de

estar preguntando por qué os hemos reunido aquí esta noche.

—Ya sabes que me encantan las suposiciones — dijo su madre desde el otro extremo de la mesa. Todos a su alrededor rompieron a reír y esperaron a que Blake continuara.

—Samantha y yo esperamos nuestro primer hijo para finales de enero.

—Lo sabía. —Gwen se puso en pie de un salto y rodeó la mesa para abrazar a Samantha y luego a su hermano.

Los presentes se deshicieron en felicitaciones y buenas intenciones. Si alguien tenía dudas sobre cuándo se había quedado embarazada, no dijo ni una sola palabra al respecto.

Howard captó la mirada de Blake desde el otro extremo de la mesa, y sus labios dibujaron una fina línea recta. Blake siempre había culpado a su padre por la mala relación que existía entre los dos primos. Si no le hubiera nombrado su segundo heredero, tal vez Blake y Howard estarían

más unidos. Tristemente la realidad era bien distinta. Paul se acercó a su hijo y le susurró algo, y Blake centró la atención en su mujer.

Samantha irradiaba orgullo y ese brillo especial que tanta gente atribuía a las embarazadas. Llevaba un vestido de verano con las mangas cortas y un cinturón alrededor de su —por momento— minúscula cintura. Blake se había dado cuenta de que empezaba a tener los pechos ligeramente más grandes y también más sensibles cuando hacían el

amor. Cada mañana descubría una nueva maravilla. En la última visita al ginecólogo antes de volar a Gran Bretaña, habían escuchado el latido acelerado del corazón de su hijo. A Samantha se le habían llenado los ojos de lágrimas y a él se le había hecho un nudo en la garganta. De repente sintió un amor incondicional hacia su hijo, una emoción más sólida que cualquier otra que hubiese experimentado en toda su vida. Bueno, casi, musitó.

Buscó con la mirada a su mujer, engullida por una marea de personas que esperaban para poder abrazarla. Descubrir el amor que sentía por su hijo le había llevado a darse de bruces con otra realidad.

El amor que sentía por Samantha.

En lugar de huir de tantas emociones potencialmente devastadoras, Blake las sujetó contra su pecho como si fueran una buena mano en una partida de póker. Tendría tiempo suficiente

para descifrar los sentimientos de Samantha antes de confiarle los suyos. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a jugar sus cartas hasta asegurarse de ganar la partida.

Al final de la noche, Parker se acercó a hablar con él justo antes de abandonar la fiesta.

—Veo que se ha asegurado todos los puntos del testamento de su padre.

Dicho así, Blake no pudo evitar sentir que una fina capa de suciedad le nublabla la conciencia. No

había hecho nada malo para conseguir su objetivo, pero tampoco le había contado a Samantha la necesidad de asegurarse un heredero si quería cobrar la herencia.

—Eso parece —
respondió Blake.

Parker le ofreció la mano.

—Nos reuniremos tras el nacimiento y firmaremos los papeles del testamento. Felicidades de nuevo.

—Gracias.

Mientras seguía a Parker con la mirada mientras este salía de su

casa, Blake notó que alguien le observaba. Cuando se dio la vuelta, se encontró a Samantha en medio del recibidor.

—El abogado de tu padre, ¿verdad?

Blake asintió levemente con la cabeza.

—Eran amigos íntimos.

Samantha se acercó a Blake y colocó una mano en su cintura antes de apoyarse en él.

—Supongo que ahora ya no podrá dudar de tus intenciones —dijo, desviando la mirada hacia la

puerta.

—Me temo que seguirá dudando hasta que nazca el niño.

Samantha apoyó la cabeza en el hombro de su marido y disimuló un bostezo con la mano.

—Estás cansada. Deberíamos irnos a la cama.

—Pero aún queda mucha gente que ha venido a verte.

—Pues tendrán que arreglárselas sin nosotros.

Samantha no se resistió. Era evidente que estaba muy cansada, así que

Blake la cogió de la mano y desaparecieron escaleras arriba.

Blake y Samantha se quedaron un par de días en Nueva York de regreso a California. Mientras Blake se reunía con su abogado, Sam se enfrentó al calor sofocante de Manhattan y aprovechó para hacer un montón de compras totalmente innecesarias.

Por mucho que intentara concentrarse en la ropa premamá que le hacía falta, no podía evitar sentir

una atracción irresistible hacia la sección infantil de los centros comerciales. Quizá fuera porque todos los que tenían que saber que estaba embarazada ya lo sabían, pero Sam sentía la extraña necesidad de comprar de todo.

No saber el sexo del niño dificultaba las cosas, pero nada que no se pudiera salvar comprando un conjunto verde por aquí y otro amarillo por allá. Encontró un arrullo blanco tejido a mano para envolver al niño cuando salieran del

hospital camino de casa. Con los brazos cargados de bolsas, Samantha estaba rebuscando entre minúsculos calcetines y peluches varios cuando sintió una mano en el hombro.

Allí estaba la víbora con su melena rubia al viento.

—¿Por qué no me sorprende encontrarte aquí? —preguntó Vanessa con su lengua viperina asomando entre los labios pintados de rosa.

A Samantha poco le importaba lo que pensara

aquella mujer y no tenía la menor intención de entablar una conversación con ella. De todas formas, ¿qué probabilidades tenía de encontrarse accidentalmente con ella en una ciudad del tamaño de Nueva York? Sam sabía que vivía allí, pero ¿qué posibilidades había?

—Vanessa.

Vanessa señaló el sonajero con forma de elefante que Samantha sostenía en la mano.

—Qué monada. ¿Para cuándo esperas tu retoño?

—No es asunto tuyo.

—Samantha dejó el sonajero donde lo había encontrado y se dio la vuelta, dispuesta a alejarse.

—Déjame que haga mis cálculos. —Vanessa le bloqueó la salida, acorralándola entre una estantería llena de parafernalia para bebés y una serpiente venenosa—. ¿Antes del cumpleaños de Blake?

No era muy difícil de imaginar y tampoco tenía importancia.

—¿Tienes envidia,

Vanessa? ¿Tanto te ha afectado que Blake no te escogiera a ti?

Vanessa echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—Por favor. Ese cerdo manipulador. Es más fácil ver su verdadera naturaleza cuando no se está cerca de él. Lástima que tú no te hayas dado cuenta a tiempo... —Vanessa dejó las palabras en el aire y bajó la mirada hasta el vientre de Samantha.

Sam se cubrió la barriga con la mano como

para proteger a su hijo de la mirada de aquella horrible mujer.

—Blake es una de las personas más entregadas que he conocido.

—Blake solo se preocupa por sí mismo. Me pregunto si te pidió que tuvieras un hijo suyo o si una noche se olvidó de utilizar protección «por accidente» —dijo Vanessa, imitando la forma de unas comillas con los dedos.

La conversación había coronado la cima de lo extraño y ahora se

precipitaba ladera abajo hacia lo estrambótico.

—No tengo tiempo para estas cosas, Vanessa. Si me disculpas...

Samantha se apartó pero Vanessa la cogió del brazo.

—Dios mío, no lo sabes, ¿verdad?

Sam tiró del brazo pero la otra mujer se negaba a soltarla. De repente sintió un ataque de pánico inexplicable, parecido a la sensación que un perro debe de tener cuando hay un terremoto, que la dejó sin

habla.

—Sabes que Blake necesita un heredero para recibir la herencia, ¿no?

«¿Qué?»

Vanessa sonrió abiertamente y apartó la mano del brazo de Samantha.

—Pobrecita. Me pregunto cómo lo ha hecho. ¿Te ha escondido las píldoras? ¿O habrá agujereado los preservativos?

A Samantha empezaba a dolerle la mandíbula y tenía los músculos del cuello

tan tensos que en cualquier momento empezarían a partirse. ¿De qué demonios hablaba Vanessa?

De pronto recordó las palabras de Parker. «Veo que se ha asegurado todos los puntos del testamento de su padre.»

No estaba dispuesta a ser el hazmerreír de Vanessa durante más tiempo, de modo que dio media vuelta y salió de la tienda tan deprisa como pudo. Quería poner tierra de por medio a toda costa y el calor era tan intenso que enseguida

empezó a sudar.

«Blake necesita un heredero para poder cobrar la herencia.» Las palabras se repetían como un eco infinito dentro de su cabeza. ¿Sería verdad? Si lo era, tenía sentido que Blake hubiera recibido la noticia con tanta calma. Samantha creía que eso era precisamente lo único que él no quería de su matrimonio temporal con ella. No era de extrañar que no hubiera perdido la cabeza al saber que iba a ser padre. Ni siquiera se había encogido

de hombros. Es más, ¿le había sorprendido?

No, ahora que pensaba en ello, Samantha comprendió que no.

Ya no tenía por qué hacerle más promesas por el bien del bebé. Ni una más.

De todas formas, Blake se había comprometido a ser un buen padre y a estar disponible siempre que su hijo lo necesitara.

Sam se negaba a permitir que los sentimientos tomaran el control sobre su cerebro. Paró un taxi y se dirigió hacia el condominio

que Blake tenía en la costa este de Manhattan.

Ya había estado allí dos veces, siempre en viajes hacia o desde Europa. Cuando por fin entró en el edificio y sintió el frío aire climatizado del lugar, empezaba a caer la tarde sobre la ciudad.

Sin quitarse las gafas de sol, Samantha saludó al portero y se dirigió hacia los ascensores evitando cualquier tipo de conversación.

A diferencia de la casa de Malibú, allí no había

servientas ni cocineros con los que cruzarse.

Tiró las bolsas sobre el sofá y encendió el portátil de la habitación extra que Blake utilizaba como despacho. Necesitaba hacer unas comprobaciones antes de enfrentarse a Blake y pedirle explicaciones de lo que le había contado Vanessa.

El porcentaje de error de los preservativos era algo que le había parecido extraño desde el principio. Los hombres responsables como él utilizaban condones

toda su vida y se las arreglaban para que nunca nadie tuviera que llamarlos «papá». Entonces, ¿qué había cambiado? ¿Por qué con ella no había funcionado?

Sus dedos volaron sobre el teclado. En apenas unos minutos, había encontrado varias páginas de salud en las que se hablaba de los condones, de su uso y de su efectividad. Por un momento creyó que no encontraría nada útil, hasta que dio con una web que se titulaba «¿Por qué fallan los

preservativos?»).

La página estaba llena de información general y en ella se hablaba de condones y de por qué se rompían. Pero a ellos nunca les había pasado, al menos que Samantha supiera. También incluía algunas entrevistas a mujeres que habían acabado formando parte de esa estadística del dos por ciento. Muchas de ellas confesaban malos hábitos, roturas e incluso que el látex estaba caducado.

Aun así, Blake y ella solo habían mantenido

relaciones durante un mes antes de que ella descubriera que estaba embarazada. Era como si no hubieran utilizado protección desde el principio.

¿Cómo podía un hombre asegurarse de dejar embarazada a una mujer?

Incluso en sus momentos más tórridos, sus relaciones siempre habían sido seguras.

Samantha se levantó de la mesa y se dirigió hacia el lavabo. Habían utilizado el dormitorio de camino a la recepción, así que parecía

razonable que el condón de aquella noche hubiera salido de la caja que había en el cajón de la mesita.

La misma caja que aún seguía allí.

Samantha comprobó que faltaban meses para que caducaran. Apenas quedaban unos cuantos. Se llevó la caja al lavabo y sacó uno de los envoltorios. Con cuidado de no dañarlo, lo abrió y sacó el contenido. Todo parecía normal.

Por puro instinto, puso la boca del preservativo bajo el grifo y lo abrió. Al

principio no pasó nada.

Pero cuando cerró el grifo y observó de cerca la punta del condón, vio que empezaba a formarse una minúscula gota de agua.

Primero fue una, luego otra, hasta que al final el goteo fue constante. Samantha sintió que el corazón le daba un vuelco.

Le temblaban las manos, las rodillas, hasta el labio inferior. Dejó el preservativo dentro del lavamanos y cogió otro. El proceso fue exactamente el mismo.

Incapaz de creer lo que le decían sus ojos, o lo que le gritaba su cerebro, Samantha sacó un tercer condón de la caja y volvió al dormitorio. Apagó las luces del techo, puso el paquete sobre la bombilla de una lámpara y la encendió.

Un minúsculo rayó de luz atravesó el plástico como si fuese un faro.

A pesar de la sinceridad, a pesar de la intención de abrirse el uno al otro, Blake había ejecutado su plan para conseguir un heredero manipulándola a su

antojo para que creyera que no había sido más que un accidente.

¿Cómo había podido ser tan inocente? ¿Tan crédula? Recogió los condones y los escondió en el fondo de la papelera para que nadie los encontrara, mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

Guardó uno en el bolso y dejó dos más junto a la cama.

Si había algo que Samantha odiaba era que alguien la utilizara como un peón en su propio beneficio.

¿Cómo había podido hacerle algo así el hombre del que se había enamorado?

¿Cómo iba a sobrevivir a partir de entonces sin él?

—Samantha está embarazada —le dijo Blake a su abogado en la privacidad de su despacho.

—Así que por una vez las revistas dicen la verdad. —Jeff levantó una revistilla de mala muerte sujetándola con la punta de los dedos y la tiró sobre la mesa.

Blake no había visto la portada, pero leyó el titular

que ocupaba toda la parte superior de la página: «De duque a papá».

—He pensado que tenía que decírtelo yo mismo para que no hicieras suposiciones. Las cosas deberían calmarse a partir del año que viene.

—Le pediré a Parker que me envíe la documentación para la semana de tu cumpleaños y en unas semanas lo tendremos todo encarrilado.

—Jeff se acomodó en su silla y sonrió—. No me puedo creer que lo hayas

hecho.

—¿El qué? —preguntó Blake, cruzando las piernas y apoyando el tobillo en la rodilla opuesta.

—Convencerla para que se quedara embarazada. ¿Qué le has ofrecido a cambio? ¿Diez millones más?

Al oír las palabras de Jeff, Blake sintió que se le ponía el vello de punta.

—Nada de eso. Ha sido cosa del destino.

—¿En serio?

—No es el primer embarazo no buscado de la

historia.

—Eso dicen las ex esposas de mis clientes cuando les piden la pensión. En mi opinión, los accidentes no pasan porque sí.

Blake había imaginado que eso era lo que le diría Jeff.

—Olvidas que soy yo el que se beneficia de la llegada de este bebé, mucho más que Samantha. Estoy absolutamente seguro de que no ha sido a propósito.

Jeff se inclinó sobre la mesa.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

—En ese caso, felicidades. —Y le ofreció la mano por encima de la mesa.

Tras estrechar la mano de su abogado, Blake pasó a temas más urgentes.

—Sobre las cámaras en casa de Samantha, ¿sabemos algo?

Jeff abrió una carpeta y extendió su contenido sobre la mesa.

—Como recordarás, Vanessa se presentó en casa de Samantha, pero la hemos

estado siguiendo y no ha vuelto por allí y tampoco se ha puesto en contacto con ningún detective privado. Nuestro detective le ha sacado algunas fotos, pero la gente que aparece en ellas está limpia. Son hombres de negocios como tú o profesionales como yo.

Blake reconoció la consabida imagen de Vanessa en las fotos, con sus gafas de sol y sus rasgos de porcelana mientras tomaba café o hablaba por teléfono. Sin embargo, una de las estampas le resultaba muy

familiar. En ella, Vanessa hablaba con una mujer que Blake había visto antes, pero no conseguía recordar dónde.

—¿Sabes quién es esta mujer?

—Una estudiante de derecho... ¿O era secretaria en un despacho de abogados? —se preguntó Jeff—. Sí, creo que era secretaria.

Blake repasó el resto de las fotos. Solo en esa le parecía que había algo extraño.

—Creemos que el tipo

de la limpieza se ocupó de deshacerse de las cámaras. No nos llevó a ningún sitio. No encontramos nada que relacione a Parker o a tu primo con Estados Unidos. Es como una calle sin salida.

Blake suponía que, llegados a esas alturas de la película, el tema de las cámaras ya no era tan importante, pero aun así quería pillar al responsable de invadir la intimidad de Samantha.

—Sigue trabajando en ello.

Algunos creían que un

abogado solo servía para temas legales, pero uno de los refranes favoritos de Blake, y que le había sido muy útil a lo largo de la vida, era «hoy por ti, mañana por mí». Jeff conocía a gente que podía vigilar lo que fuera, cosa o persona.

—Lo haré.

Cogió la fotografía de Vanessa y la secretaria de encima de la mesa. Hasta que supiera el nombre de aquella mujer, no dejaría de mirarla.

No existía mensaje más directo que unas maletas junto a la puerta para saber que algo no iba bien. O al menos eso era lo que Samantha esperaba.

Blake le había mentido. En lugar de confiarle un problema que seguramente podrían haber solucionado entre los dos, había preferido manipular la situación para obtener un resultado que se adaptara a sus necesidades. De pronto los recuerdos del arresto de su padre o del dolor que Dan le había infligido al engañarla

parecían sacados de ayer.

Blake conocía todos sus secretos, sus inseguridades, y se había aprovechado de todo ello para conseguir sus objetivos.

Sí, ambos se habían embarcado en aquel pacto con el diablo de forma consciente. Casarse para cumplir la voluntad de un hombre muerto y salir de allí más ricos que antes, ese era el plan. Pero aquello cambió a medida que la atracción entre ellos se iba haciendo cada vez más fuerte, y el fruto de esa atracción fue la

concepción de un hijo.

Samantha se acarició la barriga, que había empezado a crecer y ya no le cabía en los pantalones. En la otra mano sostenía una copa de vino de la que solo había bebido una vez y que no tenía intención de acabarse. Por mucho que quisiera hacerle daño a Blake, su hijo no tenía la culpa.

Lo maldijo una y mil veces por hacer que se enamorara, que confiara en él para luego mandarlo todo al infierno.

De pronto, oyó el ruido

de la llave en la cerradura. Clavó la mirada en las maletas que esperaban junto a la puerta y levantó la copa de vino. Quién sabe, quizá debería haber sido actriz, pero Blake sin duda había dejado pasar su verdadera vocación.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Blake daba dos pasos antes de detenerse.

—¿Samantha?

Llevaba toda la tarde pensando en qué le iba a decir. Una opción era huir de allí cuanto antes, sin enfrentarse a él para que la

única certeza fuese que sencillamente se había ido. Sin embargo, al final había llegado a la conclusión de que no podía marcharse sin unas últimas palabras de reproche.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —preguntó Samantha cuando Blake entró en el dormitorio como quien atraviesa un campo de minas repleto de bombas listas para explotar.

—¿Contarte qué?

—Has estado en el despacho de tu abogado. Seguro que habéis hablado

del testamento.

Blake permaneció inmóvil.

Samantha volvió lentamente la cabeza hacia él, pero se tomó su tiempo antes de mirarle a los ojos. Cuando finalmente lo hizo, vio que su mirada se debatía entre la copa que sostenía en la mano y su cara. Incluso en aquel momento, pensó, se preocupaba más por el niño que por ella. Solo por provocarle, se llevó la copa a los labios y fingió que bebía un buen trago antes de volver a bajarla.

—¿Qué está pasando, Samantha? —Los ojos de Blake se desviaron hacia las maletas que ella había preparado con antelación para que su salida fuese lo más digna posible.

—Creí que íbamos a ser siempre sinceros el uno con el otro. ¿Qué ha pasado con eso, Blake?

—Sam, ¿de qué estás hablando?

Incapaz de permanecer sentada ni un segundo más, Samantha se puso en pie y dejó la copa sobre una mesa cercana, derramando parte

del contenido al hacerlo. Si fuera él, pensaría que había estado bebiendo demasiado. Mejor aún, se dijo Sam.

—El testamento de tu padre. ¿Qué ponía en realidad? ¿O pensabas que nunca lo descubriría?

Blake abrió los ojos como platos y su boca se convirtió en una delgada línea recta. Su cara decía todo lo que ella quería saber. Culpabilidad... Quizá un cierto remordimiento. Pero ¿por qué? ¿Remordimiento al saberse sorprendido en una mentira?

—No pensé que fuera importante.

—¿No te pareció importante explicarme que tu padre te exigía que engendraras un heredero?

Blake cerró los ojos, admitiendo sus palabras.

Y ese gesto lo decía todo.

Reprimiendo las lágrimas que amenazaban con nublarle la visión, Samantha enderezó los hombros y se dirigió hacia el duque como una exhalación.

—Lo que nos definía como pareja era la

sinceridad, pero tú no podías confiarme algo tan importante, ¿verdad?

Blake abrió los ojos y vio cómo se acercaba a él.

—No quería abrumarte con los detalles.

Samantha no pudo reprimir una carcajada de puro sarcasmo.

—¿Abrumarme? Dios, te crees tu propia historia. No eres mejor que tu padre. Le dices a la gente que te rodea cómo tiene que hacer las cosas, impones tu voluntad a quien sea y todos siguen tus órdenes.

Blake intentó tocarla, pero Samantha se apartó.

—No me toques. Eso ya es cosa del pasado.

—Samantha, por favor, sé que esto parece...

—No es que lo parezca, es que lo es, Blake. Me has mentido sobre el testamento de tu padre.

—Descubrí la segunda condición después de casarnos.

A Samantha se le hizo un nudo en el estómago. Tanto estrés no podía ser bueno para el niño. Se obligó a respirar

profundamente y luego fue soltando el aire poco a poco.

—Puede ser, pero eso no te detuvo, ¿verdad? Al final tú siempre tienes que ganar.

Blake negó con la cabeza.

—¿De qué estás hablando? Ambos sabíamos a qué nos arriesgábamos cuando nos acostamos.

—No te atrevas a mentirme. Da la cara, Blake. No eres el primero que me miente a la cara, y los otros eran más grandes que tú y aguantaron más tiempo.

Puede que en los últimos meses me haya dejado llevar demasiado por las emociones, pero no soy idiota. —Confiaba en que Blake tuviera el valor de confesarle que había agujereado los preservativos para conseguir lo que quería, y la decencia de pedirle perdón.

En vez de eso, lo que recibió fue una mirada vacía.

Sin mediar palabra, Samantha se dirigió hacia las maletas.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy. ¿O es que

las maletas te han confundido?

—Por Dios, Samantha, podemos arreglarlo. Tendría que haberte explicado lo del codicilo.

—Tienes toda la razón, deberías habérmelo explicado. Te habría dado lo que tú quisieras, Blake. —El corazón se le rompió en mil pedazos cuando las siguientes palabras salieron de su boca—: Solo tenías que pedírmelo.

Dio media vuelta y se alejó de la vida de Blake.

Una parte de Samantha

esperaba que saliera corriendo tras ella. Sin embargo, ese era su lado más romántico, la parte de ella que creía que había significado algo más para él que una yegua con la que reproducirse. Daba igual si se iba o no. Blake habría conseguido su heredero.

Y ella una vida de remordimientos.

13

Samantha se marchó. Maldita sea, y todo por

culpa de una simple omisión por su parte.

«Las mujeres son criaturas emocionales.» Sobre todo si estaban embarazadas. Samantha necesitaba tiempo para calmarse y él lo comprendía, pero sabía que acabaría volviendo.

Sin embargo, a medida que los minutos se convirtieron en una hora y luego en dos, Blake se dio cuenta de que lo que había evitado contarle pesaba mucho más en la vida de su esposa de lo que imaginaba.

Cuando una hora más tarde sonó el teléfono, se apresuró a contestar.

—¿Samantha?

—Soy Jeff. Perdona, te llamo más tarde si estás esperando una llamada.

La última persona con la que quería hablar era con su abogado. Cogió el vaso de whisky que se acababa de servir e hizo girar en su interior el líquido ambarino, un triple malta, antes de beberse de un solo trago.

—¿De qué se trata?

—¿Estás bien? Por tu voz diría que estás hecho

una mierda.

—Gracias.

—Vale, no estás de humor para hablar. Solo quería que supieras que el detective ha visto a Vanessa hoy acorralando a Samantha en unos grandes almacenes. Según él, Vanessa estaba un poco agresiva, pero ha sido Samantha la que se ha marchado de allí bastante afectada.

«¿Vanessa?»

—¿Ha escuchado la conversación?

—No. No se ha acercado tanto. ¿Va todo

bien?

Blake podía oír el engranaje de su cerebro funcionando. Entonces así era como Sam había descubierto lo del testamento, a través de Vanessa. Pero ¿cómo lo sabía ella?

De pronto recordó quién era la mujer de la fotografía.

—¡Mierda! La mujer...

—¿Qué?

—La de la fotografía, con Vanessa. Leona. No. Neo... Naomi. Naomi no sé qué. Trabaja como secretaria

en Parker y Parker. —Blake se llevó una mano a la frente —. Vanessa conoce a la secretaria de Parker, Jeff.

—¿Tu ex conoce a la mano derecha del abogado de tu padre?

—Lo que significa que Vanessa sabe lo del testamento de mi padre desde el principio. —No era de extrañar que estuviera deseando ser duquesa.

—¿Crees que también está detrás de lo de las cámaras?

—Me apuesto lo que quieras.

—¿Y qué le ha dicho a tu mujer?

—Lo suficiente como para que Samantha se vaya.

—No tenía sentido intentar disimular con Jeff. Al fin y al cabo, sería el primero en enterarse si hubiera algún tipo de problema legal.

—¿Que se ha ido? ¿Qué quieres decir?

—No importa. Te llamaré en unos días. Mientras tanto, redacta una carta para Parker recordándole que un incumplimiento del compromiso de

confidencialidad podría provocar la nulidad de cualquier cosa que salga de su despacho.

Maldita sea, no podía negar que era un tirano, y no mucho mejor que su padre. Incluso en un momento tan crucial para él, a punto de perder a su esposa y a su hijo, no podía dejar de pensar en el final de sus problemas.

—Mejor dicho, no hagas nada de momento. No, espera... Necesito que hagas otra cosa.

Blake dio las órdenes,

sin que quedara duda alguna acerca de cómo debían llevarse a cabo.

Una hora más tarde, estaba sentado delante de un ordenador, comprobando el navegador para saber si Samantha había estado buscando vuelos de regreso a California, pero al abrir el historial y encontrar páginas sobre preservativos y tasas de embarazo relacionadas, Blake se quedó mirando fijamente la pantalla.

Si Vanessa conocía el testamento, sabía que su padre le exigía un heredero...

Estaría dispuesta a hacer lo que fuera con tal de quedarse embarazada de él y que pareciera un accidente, eso si le hubiera dado tiempo. Gracias a Dios, Blake había conocido a Samantha, lo que había desencadenado el fin de su relación con Vanessa. Lo único que quedaba de ella eran las cajas de preservativos que había dejado tras ella.

—¡Maldita zorra!

Blake se puso en pie de un salto y corrió hacia el dormitorio. En la caja de

preservativos que había en el cajón solo quedaban dos. Levantó uno de los envoltorios en alto y no encontró nada raro, de modo que lo sujetó frente a la luz.

Cuando vio el pequeño agujero en el centro del envoltorio, sintió que una llamarada le abrasaba el pecho por dentro. Dios mío.

—Samantha.

Su mujer debía de haber descubierto la manipulación y pensado mal de él. ¿Y por qué no? Él tampoco se había molestado en explicarle que los

condones eran de una ex.

Maldición, ¿qué pensaría de él? Seguramente que era peor que Dan, otro hombre más que la decepcionaba, que le mentía para conseguir sus objetivos. Quería llamarla cuanto antes, obligarla a escuchar lo que tenía que contarle, pero ¿cómo podía probarlo?

Visualizó la imagen de Vanessa y sintió una ira tan intensa como jamás había experimentado. El odio que sentía por su padre era un paseo por el campo comparado con la sed de

venganza hacia su ex amante que sentía en aquel preciso instante.

Blake cogió el teléfono para pedir unos cuantos favores. Carter tenía bastantes amigos en el cuerpo de policía de Nueva York.

—Carter, necesito que hagas algo por mí.

Veinticuatro horas más tarde, Blake esperaba frente a un complejo residencial de alto standing, retorciéndose las manos con tanta fuerza que Samantha habría estado

orgullosa de él. No correr detrás de ella había sido lo peor, pero no quería enfrentarse a ella hasta que Vanessa hubiera pagado por lo que había hecho.

Olió el dulce perfume floral que siempre precedía a Vanessa, tan intenso que casi resultaba desagradable, antes incluso de verla. Se le aceleró el pulso, pero no porque todavía sintiera algo por ella, sino porque la odiaba profundamente. Si acababa con sus posibilidades de construir un futuro junto a su mujer,

encontraría la manera de arruinarla como fuera, y así se lo prometió a sí mismo mientras se alejaba del edificio y la cogía del brazo.

Vanessa se sorprendió, pero al darse la vuelta y ver que se trataba de Blake, se relajó al momento.

—¿Blake? Querido, ¿cómo estás?

Por el rabillo del ojo, Blake vio como Carter y un agente de paisano entraban en el enorme edificio sin que Vanessa se percatara de ello.

—¿Tienes un minuto?
—le preguntó, sintiendo que

se le ponía el vello de punta al pensar que tendría que ser agradable con ella al menos el tiempo que durase el registro de su piso.

La expresión del rostro de Vanessa cambió, como si no estuviera segura de sus intenciones. No en vano, su último encuentro había sido de todo menos agradable, pero Blake no quería arriesgarse a que se marchara.

—Creía que no teníamos nada más que decirnos.

—Quería darte las

gracias por avisarme. —La mentira había salido por su boca con tanta naturalidad que incluso él mismo se la creyó.

—¿Avisarte? ¿De qué?

—De que Samantha no sería feliz hasta que se apoderara incluso de mi alma. Pensé que podríamos acordar un matrimonio agradable y tranquilo, desprovisto de emociones o de lealtades... —Dejó que las palabras flotaran entre ellos para ver si Vanessa mordía el anzuelo.

—Oh, Blake. —Se

quitó las gafas de sol y le dedicó una mirada cargada de significado mientras todo su rostro componía una expresión de fingida compasión—. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro. Todo esto del embarazo... No me lo esperaba. No sé, siempre hemos tenido mucho cuidado. —Miró a su alrededor, la llevó hasta una zona más apartada lejos de miradas ajenas, y bajó la voz para darle más efecto a sus palabras—. ¿Cómo puede una mujer quedarse

embarazada utilizando preservativos? No es que dude de la paternidad, pero...

Vanessa agachó la cabeza.

—Vaya por Dios. Una vez oí hablar de una mujer que agujereaba los preservativos para quedarse embarazada. ¿Crees que ella sería capaz de hacer algo tan grave?

Blake cerró los ojos y se alegró de que las gafas de sol ocultaran casi todas sus expresiones. Podía sentir el sabor amargo de la bilis en la garganta. Menuda zorra

malvada y vengativa. Envió una señal mental a los hombres que estaban registrando el apartamento de Vanessa para que salieran de allí cuanto antes. Cada segundo que pasaba en presencia de aquella mujer era tiempo que no le dedicaba a su esposa.

—No puedo ni imaginármelo... —dijo él.

—Debería estar enfadada contigo. Después de todo, te casaste con ella en cuanto nosotros dos...

Blake suspiró.

—Yo... —De pronto el

móvil que llevaba en el pantalón vibró y al sacarlo pudo leer en la pantalla un mensaje de Carter: «¡La tenemos!»

La mentira que había estado a punto de soltar murió en su lengua. En su lugar, la verdad salió a la luz.

—Yo la quiero.

—¿Qué?

—Amor. Confianza.

Cosas que nunca sentí cuando estaba contigo.

Vanessa, que se había acercado a él más de lo que a Blake le hubiera gustado,

retrocedió. Estaba pálida como una aparición.

—Acabas de decir que...

Blake se quitó las gafas de sol y sus ojos se convirtieron en dos afiladas dagas. A juzgar por la expresión de Vanessa, había sentido cómo se le clavaban en lo más profundo de su ser.

—Entre nosotros nos referimos a ti como «la víbora». ¿Lo sabías, Vanessa?

—¿Qué?

—Tu veneno ya ha

envenenado a demasiada gente. ¿Realmente creías que te saldrías con la tuya? Mientras hablamos, la policía ha registrado tu piso y resulta que han encontrado todo lo que necesitan.

Vanessa empezó a retroceder de espaldas. Uno de sus tacones se hundió entre dos adoquines y a punto estuvo de caerse al suelo. Mientras intentaba recomponerse, sus ojos transmitían un profundo odio.

—No sé de qué me estás hablando.

—Claro que sí.

Blake vio que uno de los coches blancos y negros de la policía se detenía junto a la acera. Vanessa miró hacia la patrulla y luego de nuevo a él.

—No he hecho nada ilegal.

Había contratado a gente para que se encargara del trabajo sucio, como el hombre que se había hecho pasar por técnico de la compañía de teléfonos para instalar cámaras en casa de Samantha, y había tomado fotografías ilegales de la

pareja, un delito que iba contra la ley. De una forma u otra, encontraría la manera de hacérselo pagar ante un juez.

—Dejemos que sean los tribunales los que tomen la decisión.

Seguramente Vanessa no pasaría ni un solo día entre barrotes, pero Blake se conformaba con que cada hombre que se cruzara en el camino de la víbora supiera la clase de serpiente que era.

La primera noche tras su regreso a California,

Samantha pidió que le pusieran una cama supletoria junto a la de su hermana e intentó conciliar el sueño.

Lo había mandado todo al garete. Ciertamente, se había asegurado el dinero para poder cuidar de Jordan, pero también tendría que hacerse cargo de una nueva responsabilidad: un bebé nacido de la relación entre un padre dominante y egoísta y una madre con vocación de mercenaria. Una pareja de lo más patético.

¿Y todo para qué?

Samantha podría habérselas apañado sola, podría haber cuidado de Jordan sin los millones de Blake. Claro que el camino más sencillo era aceptar su oferta y librarse del peso de una vida tan difícil como la suya.

Eliza había echado a su novio de casa a patadas al descubrirle fisgoneando entre las fichas de las nuevas clientas con las que se había puesto en contacto en nombre de Alliance. Eso dejaba espacio más que suficiente en su apartamento

para que dos mujeres despechadas pudieran pasar el rato hablando sobre las cualidades de los hombres, o más bien sobre la ausencia de ellas.

A diferencia de otras veces, Samantha solo era capaz de comer, dormir y mirar por la ventana a la gente de la calle.

El intenso dolor que sentía en el pecho se negaba a desaparecer. En cierta ocasión, y creyendo que algo no iba bien, llegó a considerar muy seriamente la posibilidad de llamar a su

médica, pero luego se dio cuenta de que un corazón roto también era capaz de sentir dolor a escalas que no recordaba desde la muerte de su madre.

Tres días después de su regreso a casa, Eliza dejó sola a Samantha para que pudiera meditar en paz.

Alguien llamó a la puerta. Samantha no esperaba a nadie, así que continuó sentada en el sofá sin intención de moverse. Los golpes continuaron hasta que no le quedó más remedio que levantarse.

Aunque sabía que tarde o temprano volvería a ver a Blake, tenerle allí delante, con unos pantalones caqui, una camisa arrugada y barba de varios días, fue más que suficiente para abrir las heridas.

—¿Qué haces aquí, Blake?

—Tenemos que hablar.

Las lágrimas hacía tiempo que se habían secado y además se negaba a provocar en el bebé más estrés del que ya había sufrido.

—No tengo nada más

que decir.

Cuando se disponía a cerrar la puerta, Blake metió un pie en el vano y la detuvo.

—Te quiero.

Una de las manos de Samantha quedó suspendida en el aire. Cerró los ojos al sentir el dolor que aquellas palabras evocaban. Otro día, en otro momento, seguramente se habría lanzado a sus brazos al oír aquella confesión, pero ahora ya era demasiado tarde.

Aunque realmente la

quisiera, eso no cambiaba nada.

—¿Me has oído?

—¿Por qué me haces esto? —El dolor que le atenazaba el pecho empezaba a ser insoportable. Apenas podía respirar y estaba a punto de asfixiarse con el poco aire que entraba en sus pulmones.

—Cinco minutos, Samantha. Dame cinco minutos. Por favor.

¿Le había oído suplicar alguna vez?

Abrió la puerta del todo y le dejó pasar. Él le entregó

un periódico.

—Mira en la página tres.

—¿Qué es?

—Tú solo mira.

Samantha buscó la página tres y vio una fotografía de la víbora junto a una mujer a la que no conocía, en la que eran escoltadas hasta un coche de la policía.

—¿Qué es esto?

—Vanessa ha estado utilizando a una amiga suya que trabajaba en el bufet de los abogados de mi padre para conseguir información

confidencial relacionada con el testamento.

Lo cual explicaba por qué Vanessa lo sabía todo sobre el testamento y ella, en cambio, no tenía ni idea de nada.

—¿Y?

—Localicé los preservativos, Samantha. Todos.

Samantha sacudió la cabeza y levantó la mirada hasta encontrarse con la de Blake.

—¿Todos?

—Vanessa quería tenderme una trampa para

que me casara con ella. Sabía que necesitaría un heredero antes incluso que yo y por eso se inventó una supuesta alergia al látex, para encargarse ella de los preservativos. Yo no tenía ni idea de que los había manipulado. Llegó al extremo de abrir los envoltorios para luego volver a pegarlos.

Blake se acercó y cogió a Samantha de las manos. Su mujer no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar, y su mirada ausente se clavó en su pecho.

—¿Vanessa hizo agujeros en los preservativos?

—No fui yo.

Samantha dio un paso atrás, apartó las manos de las de Blake y se sentó en el sofá. La fotografía de Vanessa rodeada de policías no hacía más que confirmar sus sospechas de que aquella mujer era una auténtica víbora.

—La policía encontró unos archivos en su ordenador, archivos de vídeo, de nosotros dos juntos.

Vanessa estaba enferma. Blake había tenido suerte al escapar de sus garras, aunque sus acciones no le eximieran de culpa.

—¿Por qué no me contaste lo del testamento?

Blake se sentó en la mesa de café, mirándola cara a cara. Cuando apoyó las manos en sus rodillas, Sam no pudo evitar dar un brinco. Una expresión de dolor ensombreció el rostro de Blake antes de retirarlas.

—Al principio solo quería asegurarme de que no existiera algún resquicio

legal para invalidar la cláusula. Cuando mi abogado agotó todas las vías, me decidí a decírtelo. Al llegar a casa, te encontré en el lavabo declarándole la guerra a los condones. Luego un día llevó a otro y ya no me pareció tan importante.

—Eso no es excusa.

—Ahora lo sé, pero es la verdad, Samantha. La semana pasada, tras reunirme con el abogado de mi padre, pensé que tenía que contártelo todo, pero tenía tanto miedo a perderte

que fui incapaz de abrir la boca. —Blake intentó tocarla de nuevo y esta vez ella no se sorprendió—. Lo siento —le dijo mirándola con ojos suplicantes—. Tendría que haber hecho muchas cosas de otra manera. Y si me das otra oportunidad, prometo no volver a ocultarte nada.

Los labios de Samantha empezaron a temblar, de modo que se los mordió para controlarlos. La explicación de Blake, sus motivaciones, eran comprensibles, pero lo cierto era que el suyo seguía

siendo un matrimonio de conveniencia... destinado a terminar con al menos un corazón roto. Ocurriría ese mismo día o quizá más adelante, pero su unión tenía fecha de caducidad y Samantha ya no podía vivir más con semejante incertidumbre. No era justo para ninguno de los dos... ni para el bebé.

—¿Podrás perdonarme?

Samantha cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir, se clavaron en los de Blake.

—Te perdono.

Él empezó a sonreír, pero Samantha sacudió lentamente la cabeza.

—Blake, espera. No puedo seguir con esto. Creí que sería capaz de jugar a las casitas, de jugar a ser tu esposa e irme cuando el año terminara, pero no puedo.

—Pero...

—No, espera —lo interrumpió—. Ya sé que tú no querías que los sentimientos se inmiscuyeran en esto, pero no he podido evitar enamorarme de ti, como no puedo evitar respirar y

sobrevivir.

Esta vez Blake fue incapaz de contenerse y en sus labios asomó una sonrisa que rápidamente pasó también a sus hermosos ojos grises.

—¿Me quieres? —le susurró.

—Por eso tenemos que poner fin a esto cuanto antes —respondió ella.

Blake cerró los ojos y, sin dejar de negar con la cabeza, dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Qué?

—Ya es

suficientemente duro estar embarazada. Este dolor en el pecho, esta sensación de no saber si vas a dar por buena la fecha de finalización de nuestro contrato de matrimonio, es algo con lo que no puedo vivir. — Mirarle, incluso en aquellos momentos tan duros, era suficiente para que se le partiera el corazón. ¿Cómo podía pasar los ocho meses siguientes pensando que en cualquier momento podía pedirle que se marchara?

—¿Me has oído cuando te he dicho que te quiero?

—Sí, pero...

Blake le cubrió los labios con un dedo para hacerla callar.

—Te quiero, Samantha Harrison, y si estás esperando a que te pida que salgas de mi vida, será mejor que te pongas cómoda porque vas a esperar mucho tiempo. Le he pedido a Jeff que redacte mi testamento y que haga constar en él que, si algún día me pasa algo, todo lo que tengo sea para ti y para el niño.

—¿Qué?

En lugar de explicarse,

Blake hincó una rodilla en el suelo y se llevó una de las manos de Samantha a los labios para darle un tierno beso.

—Sé que lo estoy haciendo todo al revés, pero ¿quieres casarte conmigo? No por un contrato, ni por un testamento, ni siquiera por dinero, sino porque me amas y quieres ser mi mujer ahora y para siempre.

—¿Qué? —La voz de Samantha bajó una octava, un tono que para ella ya era muy grave.

—Has hecho de mí un

hombre mejor, Samantha.
Dime que te casarás
conmigo.

—Oh, Blake... —dijo
ella, arrodillándose junto a él
—. Si ya estamos casados.

Él sonrió y sujetó su
cara entre las manos.

—¿Eso es un sí?

Samantha lo amaba
tanto que no podía negarse.

—Para siempre es
mucho tiempo.

—Mucho, mucho
tiempo. Algunas veces el
matrimonio nos parecerá
horrible. —Y sus palabras le
recordaron a una

conversación que habían mantenido no hacía mucho.

—Solo que no podrás echarte atrás, por muy feas que se pongan las cosas.

Blake cubrió los labios de su esposa con un beso tierno y lleno de cariño.

—Di que sí.

—Creía que ya lo había dicho.

Blake la abrazó y selló el compromiso con un beso largo y profundo. El dolor de cabeza y de estómago de los últimos días empezó a desaparecer al instante y en su lugar Samantha sintió el

aleteo de mil mariposas.

La duquesa reprimió una exclamación de sorpresa e interrumpió el beso.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, alarmado.

—El bebé. He notado cómo se movía.

Esperó un momento, se llevó una mano al estómago y volvió a sentir un cosquilleo. Cogió la mano de Blake, pero sabía que el movimiento era demasiado imperceptible para que él lo notara.

—Creo que es su forma de decir que ella también

está de acuerdo —le susurró Blake al oído.

—¿Ella? ¿Crees que es una niña?

—Las mujeres son criaturas emocionales. Escoger este momento exacto para dar señales de vida por primera vez es su forma de decir que estemos juntos.

Sam no pudo contener la risa.

—¿Eso crees?

—Quizá, o puede que sea un niño y esté intentando hacernos entrar en razón con una buena patada.

—Niño o niña, con nosotros como padres, sabrá cómo hacerse oír para que nos ocupemos de todas sus necesidades.

—Te quiero, Samantha.

Cuando Blake acercó sus labios a los de ella para besarla de nuevo, Samantha solo podía pensar en cuánto quería a su marido, que ya no era tan pasajero.

EPÍLOGO

Llamaron a su hijo Samuel Edmund Harrison. Samuel por Samantha, porque a Blake se le había metido entre ceja y ceja llamar al niño Sam y no hubo forma de convencerlo de lo contrario. Y Edmund por su padre, a quien Blake ya no podía odiar porque él era la razón de su primer encuentro con Samantha.

—Eres un duque glotoncete, ¿verdad que sí?

Samantha miraba a su hijo mientras el pequeño Eddie apuraba una de las tomas de la tarde. El pediatra no había exagerado al decir que los niños que tomaban el pecho podían llegar a comer cada dos horas. A ella no le importaba. Bueno, para ser sinceros, dar el pecho de madrugada empezaba a afectarle, pero aun así se levantaba todas las noches y daba de comer a su hijo con una sonrisa en la cara. Blake, por su parte, la ayudaba en lo que podía y

siempre estaba preparado para el cambio de pañales. Al principio había intentado permanecer despierto durante las tomas, pero casi siempre se quedaba dormido y era ella quien se ocupaba de las necesidades del niño.

Samantha oyó pasos en el dormitorio principal en dirección al cuarto del bebé. Blake apareció en la puerta con una sonrisa bobalicona en los labios.

—Sabía que os encontraría aquí.

Eddie oyó la voz de su padre y sonrió, todavía con

el pezón de Sam en la boca.

—¿Has oído a papá?

Blake entró en la habitación y se arrodilló junto a la mecedora. Eddie abrió sus preciosos ojos azules y dejó de chupar.

—Justo a tiempo — dijo, mientras cogía la toallita del hombro de Sam que utilizaban para hacerle eructar y levantaba a su hijo en brazos.

Samantha se cubrió el pecho antes de darse cuenta de que su marido había cambiado su atuendo informal de sábado por la

tarde por un traje y una corbata.

—¿Tienes que ir a la oficina? —Era su aniversario y pensaban quedarse en casa y cenar tranquilamente.

—¿Qué marido iría a trabajar en su primer aniversario de boda?

Eddie eructó.

—Exacto —dijo Blake.

—Entonces, ¿por qué te has cambiado de ropa?

—Es una sorpresa.

Sam se levantó y entornó los ojos.

—¿Qué clase de

sorpresa?

—Ya lo verás.

La cogió de la mano y se dirigieron escaleras abajo hasta el salón principal.

Sam olió las flores antes de entrar en la estancia. Y luego los vio. La madre de Blake y Gwen, Jordan y la enfermera que habían contratado para cuidar de ella en casa, Carter, Eliza y el personal de la casa al completo.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Sorpresa! —
exclamó Jordan desde su

silla de ruedas.

—Pensaba que las fiestas sorpresa solo eran para los cumpleaños, no para los aniversarios de boda.

Linda se acercó a su hijo.

—¿Dónde está el nieto más bonito del mundo? — Cogió a Eddie de los brazos de Blake y le dio dos besos a Samantha a modo de saludo.

Blake rodeó a su esposa con un brazo.

—Están aquí para celebrar algo más que un aniversario.

—¿Ah, sí?

—Sí. Están aquí para una boda.

Sam no entendía nada. Miró a su alrededor y vio que nadie tenía pareja. Carter, Gwen y Eliza eran los únicos solteros de la sala y estaban cada uno en un extremo.

—¿Quién se casa?

—Nosotros.

—Vale, ya sé que mis neuronas no funcionan igual desde el embarazo, pero la última vez que lo comprobé ya estábamos casados.

Blake se inclinó hacia ella y ahuyentó la confusión

con un beso. Cuando sus labios se separaron, le explicó qué estaba pasando allí.

—El año pasado nuestra familia y amigos no pudieron estar presentes cuando nos fuimos. Ambos sabemos por qué... pero no quiero que nadie vuelva a poner en duda nuestro amor. A partir del día de hoy, en el que celebramos nuestro primer aniversario, cada año renovaremos los votos en un estado diferente.

Sam no salía de su asombro.

—¿Cada año?

—¿No te parece romántico? —preguntó Gwen.

—Y cuando nos quedemos sin estados, seguiremos con Europa.

Mientras miraba embelesada a su esposo, el hombre más increíble y cariñoso que jamás había conocido, Sam sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Estás loco. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo le dije lo mismo pero con otras palabras —

intervino Carter.

—Mejor no las repitas, que hay un bebé en la sala.

—Eliza agitó un dedo hacia Carter a modo de advertencia y él le guiñó un ojo.

—¿Una boda en cada aniversario?

Blake asintió una única vez.

—Tan sencilla o tan elaborada como tú quieras. Podemos turnarnos cada año para organizarlo todo o buscar a alguien que se ocupe de prepararla.

Gwen aplaudió

entusiasmada.

—¡Me pido el año que viene! Se me ha ocurrido la temática perfecta para Texas.

—¿Una boda temática?

—Yo me pido Hawai para el quinto aniversario — propuso Eliza.

Santo Dios, no tenían ni idea de dónde se estaban metiendo. Más o menos igual que ella cuando le dio el «Sí, quiero» a Blake por primera vez.

—Qué demonios, contad conmigo.

—Esa es mi chica —

dijo Blake, y la envolvió en un abrazo cálido y reconfortante.

—Le diré al cura que ya casi estamos listos —dijo Eliza marchándose.

—Yo iré a ver cómo va el catering —dijo Mary, dirigiéndose hacia la cocina.

—¿Cuándo has planeado todo esto? —preguntó Sam mientras los demás abandonaban la sala de estar.

—Eddie y tú dormís mucho.

Sam no pudo contener la risa y un segundo después

intentó disimular un bostezo con la mano.

—El pediatra dice que a partir de los tres meses Eddie debería dormir toda la noche de un tirón.

Blake la besó en la frente.

—Tú intenta no quedarte dormida antes del «Sí, quiero».

Samantha se puso de puntillas y acarició la mejilla de su marido.

—¡Sí, quiero! Una y mil veces, ¡sí, quiero! —Y selló sus votos con un beso capaz de hacer volar mil

mariposas.

Catherine Bybee es una enamorada de la literatura romántica. Desde que descubrió el género en sus años de instituto se prometió que algún día llegaría a la lista de los más vendidos con un libro escrito por ella misma, lo cual ha logrado con *El contrato*. Antes de dedicarse por completo a la escritura, Catherine trabajó como enfermera de urgencias en distintos

hospitales del sur de
California.

Table of Contents

CATHERINE BYBEE
AGRADECIMIENTOS

1

2

3

4

5

6

7

8

EPÍLOGO